



Universidad del Bío-Bío  
Facultad de Educación y Humanidades  
Escuela de Pedagogía en Historia y Geografía

# Los intelectuales y las transformaciones en la literatura francesa desde la Segunda República hasta el Caso Dreyfus (1848-1898)

Tesis para optar al título de Profesor de Educación Media en Historia y Geografía

Alumno: Pablo Yáñez Baeza

Profesor Guía: Dr. Félix Briones Quiroz

## Contenido

Dedicatoria .....	4
1. INTRODUCCIÓN .....	5
2. MARCO TEÓRICO.....	18
2.1 Breve trazado de la historia intelectual.....	18
2.2 Lo que entendemos por intelectual .....	23
2.2.1 Un acercamiento contemporáneo.....	24
2.2.2 El intelectual en la Edad Media .....	26
2.2.3 El Siglo de las Luces, un modelo a seguir .....	27
2.2.4 El Intelectual a finales del siglo XIX.....	29
2.3 Breve contextualización histórica .....	30
2.3.1 Los hechos de la Comuna de París: crisis del modelo imperial y la aparición de las clases medias. ....	30
2.3.2 ¿Quiénes conformaban entonces “La Burguesía”? .....	32
2.4 Literatura, como espejo de la sociedad, en constante evolución .....	33
2.5. ¿Literatura como fuente? .....	35
3. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA.....	36
4. OBJETIVOS .....	37
a. Objetivo general.....	37
b. Objetivo específico .....	38
5. HIPÓTESIS.....	38
6. METODOLOGÍA .....	38
Recopilación de fuentes y bibliografía .....	38
Selección del material pertinente a la investigación .....	39
Análisis del material seleccionado .....	40

I.	Un siglo marcado por el fantasma de la revolución.....	42
	La Revolución de 1848 y la II República .....	44
	El Siglo de Las Luces en contraste con el Siglo de las Revoluciones .....	47
	¿Quiénes componen la generación de 1830? .....	49
	Continuidad y cambio .....	50
II.	La estrecha relación entre literatura y periodismo .....	54
	¿Literatura Industrial o falta de conciencia política? .....	55
	Literatura y periodismo, nunca uno sin el otro .....	57
III.	L'Événement (1848-1851): Literatura como asociación fraterna, literatura como asociación política.....	66
IV.	La literatura y lo real, ¿literatura como fuente? La protesta de Zola desde la literatura hasta la prensa .....	80
	Émile Zola y el nacimiento del naturalismo .....	80
	La Comuna de París de 1871 y las cartas a Le Sémaphore .....	86
	J'Accuse: El caso Dreyfus y la configuración del intelectual contemporáneo. ....	90
	Conclusión .....	95
	Bibliografía .....	101
	Fuentes .....	101
	Bibliografía básica .....	102

## **Dedicatoria**

Dedico esta tesis a mi padre, que desde niño me contagió su pasión por la literatura y las ganas de entender sus transformaciones a través de la historia. Gracias por siempre estar presente.

A Gabriela, que nunca ha dejado de inspirarme ni de creer en mí.

## 1. INTRODUCCIÓN

El presente proyecto tiene como objetivo principal realizar un estudio exhaustivo sobre los intelectuales franceses que desarrollaron su labor durante las últimas décadas del siglo XIX, con el propósito de evaluar el impacto que tuvieron en la sociedad de aquel entonces y cómo éstos fueron transformando la escritura como expresión en general, volcándola hacia una especie de partidismo por ciertas causas sociales y reivindicaciones de los más desposeídos, reflejándose esto en la literatura y la prensa, que resultan ser los medios de expresión más populares de la época.

Se pretende analizar detalladamente la evolución que experimentó su papel dentro de la actividad sociopolítica, a fin de comprender las transformaciones que se produjeron en su relación con el poder y la sociedad en general. Con este propósito, se llevará a cabo una investigación rigurosa que permita profundizar en los aspectos más relevantes de la temática en cuestión y ofrecer un análisis crítico y fundamentado sobre la misma.

La segunda mitad del siglo XIX —considerada para nuestros efectos desde finales de la década del 40— en Europa está caracterizada por ser un periodo convulso debido a la multiplicidad de revoluciones que se dieron en distintos Estados, bajo el alero de las ideologías liberales. *“Nunca se estuvo más cerca de la revolución mundial soñada por los rebeldes de la época que con ocasión de aquella conflagración espontánea y general, que puso fin a la época estudiada en este volumen. [1798-1848] Lo que en 1789 fue el alzamiento de una sola nación era ahora, al parecer, «la primavera de los pueblos» de todo un continente”* (Hobsbawm, 2015,119), escribía Hobsbawm en su Era de la Revolución. Y es que estas líneas escritas por el célebre historiador británico no pueden darnos una vista panorámica mejor sobre lo que acontecía en Europa en dicho periodo.

Francia, obviamente, no era la excepción. Es más, fue la precursora de esta serie de revoluciones político-sociales, cuyos efectos podemos nombrar a grandes rasgos en cinco puntos diferentes:

- a) En primer lugar, podemos nombrar la propagación de ideas liberales bajo los principios de la Revolución francesa, “igualdad, libertad y fraternidad”, y que promocionaron los derechos individuales, inspirando así a muchos pensadores y activistas por toda Europa, quienes tuvieron como objetivo establecer sistemas republicanos en sus respectivos países, siendo algunos ejemplos Italia, Bélgica,

Irlanda, Grecia o España. De esta forma, la inspiración de estas ideas liberales llegó incluso a Latinoamérica durante el siglo XIX, promocionando las revoluciones que provocaron las múltiples independencias en dicho continente.

- b) En segundo lugar, Francia también fue precursora del nacionalismo. En su territorio, tales ideas afloraron alrededor de la concepción de un estado centralizado y la soberanía popular. Esto promocionará no sólo la demanda del voto universal como ley, sino también el derecho al autogobierno y participar en el destino político de la nación. El resto de Europa también vería con ojos aspiracionales tal movimiento político.
- c) En tercer lugar, la caída del Antiguo Régimen, provocada directamente por la Revolución Francesa y que implicó la aceptación de la monarquía como un sistema de gobierno injusto, por ser absolutista, y retrógrado, inspiró otros movimientos revolucionarios en países que también se regían por monarquías con el propósito de poner fin al poder despótico.
- d) En cuarto lugar, y de forma complementaria al primer punto, la Revolución Francesa trajo consigo un periodo de inestabilidad social y política marcado por una profunda politización encabezada también por una violencia sin precedentes. El periodo conocido como El Terror, provocado por los jacobinos, que correspondían al alero más radical de la Revolución, tuvo como efecto directo que, a principios de siglo XIX el poder estuviera en manos de un caudillo: Napoleón Bonaparte. Su idea de establecer un “Imperio Francés”, trajo consigo una sucesión de llamadas “Guerras Napoleónicas” que, en algunos casos, debilitó el control colonial de las potencias europeas en América Latina, avivando así los movimientos independentistas de la región.
- e) En último lugar, la Revolución Francesa validó la lucha como medio para conseguir la libertad y la igualdad. Es así como en Europa se validó moralmente llegar a derrocar gobiernos absolutistas y autoritarios a través de la vía armada, algo que no se había concebido previamente.

Y, sin embargo, la discontinuidad de sistemas políticos en Francia y la pugna por el poder entre los monarcas-constitucionales, los conservadores, los bonapartistas, los republicanos, los socialistas y los liberales no dejarían indiferente a nadie. Sumado a ello, los problemas sociales derivados de una desigualdad producida por una industrialización sin precedentes en el país galo reflejarían en la sociedad francesa —y principalmente parisina debido a la centralización de la nación— una polarización que, llevada al marco de las artes y la cultura, transformaría también las diversas formas de expresión. Es decir, crearía intelectuales notablemente diferentes a los que el mundo estaba acostumbrado a ver hasta El Siglo de las Luces.

Este periodo está también caracterizado, por una incipiente clase burguesa que busca su consolidación, ya no sólo como clase social, sino también como clase política, al mismo tiempo que las problemáticas sociales —englobadas en el término cuestión social— se agudizaban junto a la consolidación del sistema económico capitalista, estirando la brecha entre las clases sociales.

Durante el siglo XIX, la burguesía experimentó un notable ascenso económico gracias al florecimiento del capitalismo industrial. Con el surgimiento de nuevas industrias y oportunidades comerciales, la burguesía adquirió una creciente riqueza y poder económico. Como resultado, esta clase emergente buscaba firmemente consolidarse como clase política para proteger y promover sus intereses comerciales e industriales en un contexto de rápida transformación social y económica.

Una de las principales motivaciones de la burguesía era obtener derechos y libertades civiles. Anhelaban la libertad de empresa, la propiedad privada, la libertad de expresión y participación política, aspectos que les permitirían desenvolverse en el ambiente empresarial de manera más efectiva y garantizar su prosperidad económica.

Además, la burguesía buscaba activamente participar en el gobierno para influir en las políticas económicas y sociales que afectaban sus negocios y su estatus social. A medida que las sociedades evolucionaban desde sistemas absolutistas y monárquicos hacia formas más representativas de gobierno, la burguesía buscaba asegurar su lugar en la toma de decisiones políticas y tener voz en la creación de leyes que fueran favorables a sus intereses.

La estabilidad política y la seguridad eran también prioridades para la burguesía. Buscaban un entorno político y social estable que les proporcionara la seguridad necesaria para invertir y

desarrollar sus negocios sin temor a revueltas sociales o conflictos que pudieran poner en peligro su posición y propiedad.

Además de proteger sus intereses internos, la consolidación como clase política permitiría a la burguesía protegerse de las posibles amenazas que provenían de otras clases sociales. La aristocracia y otras élites conservadoras podían resistirse al cambio económico y social que la burguesía representaba, lo que requería una posición política sólida para defender sus avances y evitar retrocesos.

Otro aspecto relevante era la influencia en la política exterior y la expansión colonial. Al consolidarse como clase política, la burguesía podía influir en las decisiones de gobierno relacionadas con la apertura de nuevos mercados en el extranjero y la adquisición de colonias. Controlar colonias y tener acceso a nuevos mercados internacionales era esencial para el crecimiento económico de la burguesía y la acumulación de capital.

Esta clase burguesa, configurada definitivamente a finales del siglo estudiado como Gran Burguesía y que llega a reemplazar la posición de la aristocracia en el Antiguo Régimen, tuvo también una pequeña burguesía, considerada, más bien, como una clase media. Esto se explica debido a que el desarrollo del incipiente capitalismo fue más bien heterogéneo y, con ello, la misma burguesía también tendría un desarrollo similar, pudiendo diferenciar a los pequeños y medianos artesanos y terratenientes de aquellos poseedores de los medios de producción.

Con respecto a la Pequeña Burguesía, también existía un interés por consolidarse dentro del plano sociocultural. Compuesta por pequeños comerciantes, artesanos, profesionales y propietarios de pequeñas empresas, esta clase social mostró un creciente interés en la educación y las aspiraciones culturales. A medida que lograban una mayor estabilidad económica y social, buscaban mejorar su estatus y prestigio mediante la educación y el acceso a la cultura.

Surgen academias y sociedades culturales que fomentaban la literatura, las artes, la música y la ciencia, enriqueciendo el panorama cultural de la época. Al tener un papel activo en la vida económica y social de sus comunidades locales, la pequeña burguesía también se convirtió en un medio importante para la difusión de ideas y conocimiento. A través de sus negocios, interacciones sociales y participación en la vida política, esta clase social contribuyó a la transmisión y

propagación de ideas filosóficas, políticas y culturales, influyendo en la conciencia colectiva y la identidad cultural de la sociedad.

Además de difundir conocimientos y cultura, la pequeña burguesía impulsó el consumo cultural y el ocio. Con un poder adquisitivo relativamente mayor que las clases más bajas, contribuyeron al crecimiento de teatros, cafés, salones literarios y exposiciones artísticas que reflejaban sus preferencias e intereses culturales.

No obstante, a pesar de su interés en la cultura y la educación, la pequeña burguesía también mostró tendencias conservadoras en algunos aspectos culturales. Al tener un estatus socioeconómico que buscaba proteger y mantener, esta clase social a menudo valoraba tradiciones culturales y sociales establecidas, resistiendo cambios radicales que podrían amenazar su estabilidad o valores arraigados. Este modelo conservador lo podemos ver en la postura política de Victor Hugo en la primera mitad del siglo XIX, pues, a pesar de democratizarse progresivamente, luego de la revolución de febrero de 1838 no dudó en apoyar la restauración borbónica en su momento, o, posteriormente, tomar partido por la dinastía Orleans en la Monarquía de Julio.

Mientras la Gran Burguesía estaría a la cabeza de las decisiones políticas, la pequeña burguesía, que provendría directamente de las clases medias, dominaría el campo intelectual, y con ello, la forma de concebir las artes, transmutada por todo este proceso coyuntural de transformaciones sucediendo así dos cambios en áreas principales que se desarrollaron en conjunto y que, por ende, hay que considerar complementariamente para estudiar este contexto debido a la estrechez en su relación:

- La literatura, que pasó desde el paradigma del romanticismo hasta la ambición por retratar las realidades de todos los sectores sociales como un objeto de estudio, dándole densidad a sus personajes basados en hechos o situaciones crudas y reales, barriendo por completo la idea de la estética.
- El periodismo —y el desarrollo de la prensa—, que sufrió una masificación sin precedentes a partir de la década del 40, en primer lugar, gracias a poder rebajar a la mitad del precio promedio la suscripción a los diarios mediante la puesta de publicidad en sus páginas, y, en segundo, gracias a la novedosa apuesta de poner en sus páginas novelas en formato de folletín.

Estas dos formas de expresión no se pueden desentender para dar cuenta de su desarrollo. El consumo de una favoreció al de la otra y viceversa. Cuando en la prensa se publicaron novelas en folletines de forma periódica, la accesibilidad a la literatura aumentó considerablemente, al mismo tiempo que mayores índices de escolarización en Francia permitían ir disminuyendo el porcentaje de población analfabeta. De la misma forma, mientras más novelas en folletines se publicaban en la prensa, mayor era la cantidad de gente suscrita a un diario en particular.

El genio detrás de esta idea fue Emile de Girardin, quien fundó el periódico *La Presse*, en 1836, y que pronto se replicaría en otros periódicos como el *Siècle*, fundado por Armand Dutacq ese mismo año. Aunque hay que destacar que no es una idea original. Arnold Hauser hace un breve trazado de su origen en su *Historia social de la literatura y el arte*, donde identifica que en 1829 ya se publicaban novelas por entregas en la *Revue de Paris*, fundada por Louis Verón. De cualquier forma, el éxito es rotundo sólo en la década del cuarenta. Claramente este aumento del interés por la prensa generó también una competencia por la capacidad de captar a más suscriptores interesados en el contenido, diversificando la cantidad de elementos a ofrecer en sus páginas. *La Presse*, por ejemplo, apostó por contratar a Alejandro Dumas para que publicara sus novelas en folletines y así lograr hacer frente al éxito que Balzac trajo al *Siècle* entre 1837 y 1847. Así, *Los Tres Mosqueteros* se transformaría pronto en un fenómeno literario y, con ello también la fama de su creador.

Esto no sólo trajo una mayor accesibilidad a la lectura, como ya se dijo antes, sino también el desenvolvimiento de una “literatura industrial”, como la llamó Sainte-Beuve, cuyo objetivo era producir novelas en serie para abastecer a los periódicos de la época, trayendo con ello el origen de verdaderos talleres con empleados que publicaban bajo la firma de un autor popular. Se dice que Alejandro Dumas nunca hubiese podido publicar toda esa cantidad de novelas a su nombre, aun escribiendo de día y noche durante todos los días de su vida. Esta llamada “literatura industrial” generó un interés enorme entre la población joven por convertirse o en escritores, o en periodistas. De esta forma, la idea de publicar no sólo novelas, sino también comentarios, se volvió atractiva entre la juventud. Estaba naciendo una carrera periodística.

Las coyunturas históricas que atravesaba Francia modelaron los periódicos y los artículos; cómo se escribía y sobre qué se escribía. Para entender esto, debemos adentrarnos de lleno en el Naturalismo literario. Su precursor para la historiografía fue Émile Zola —aunque tomando como

base el trabajo de escritores anteriores a él—, quien deseaba plasmar en los personajes de sus novelas un análisis “physiologique” dándoles una complejidad derivada del efecto del entorno en su psicología. Esta profundidad psicológica fue una cuestión poco antes vista para la época, o incluso podemos considerarla pionera, puesto que los entornos físicos y sociales que Zola construyó en su obra eran más bien reales, alejados de la estética que alimentaba la fantasía en el Romanticismo. Su obra fue criticada duramente debido a la “vulgaridad” de su contenido. Trataba temas como el adulterio, la traición, el asesinato y la miseria.

Con todo, el nacimiento del Naturalismo, que se da a finales del siglo XIX, está muy relacionado con obras de otros literatos precedentes, quienes fundaron otra corriente literaria considerada como primitiva del naturalismo: el realismo, de la mano de Balzac y Stendhal. Otros literatos también aportaron su granito de arena al producto final, que vendría siendo el naturalismo, incluso a través de otras corrientes literarias como el romanticismo. Victor Hugo es el mejor ejemplo de ello, pues, a pesar de ser un escritor romántico, le podemos considerar como el padre de la novela histórica, que comparte elementos con el realismo literario. Asimismo, debemos considerar la prensa debido por las causas mencionadas anteriormente. Victor Hugo también sería clave en este campo de expresión.

Victor Hugo fue un destacado escritor, poeta y dramaturgo francés del siglo XIX, nacido en 1802 y fallecido en 1885. Es considerado uno de los grandes exponentes de la literatura francesa, conocido por su estilo romántico y su compromiso con temas sociales y políticos. Entre sus obras más destacadas se encuentran "Los miserables", una novela épica histórica situada alrededor de la insurrección republicana de junio de 1832 que tuvo lugar en París con la cual se intentó deponer a la Monarquía de Julio. En su obra, Hugo hace una crítica a la injusticia social y destaca la redención y el amor; "Nuestra Señora de París", una obra gótica ambientada en la Edad Media; y "Las contemplaciones", una colección de poemas líricos. Además de su legado literario, Hugo también fue un activista político, defensor de la democracia y los derechos humanos. Su influencia en la cultura y la política perdura hasta hoy, y su obra sigue siendo ampliamente leída y estudiada en todo el mundo.

Victor Hugo, junto a sus hijos, François-Victor y Charles Hugo, y cercanos del mundo intelectual, Auguste Vacquerie y Paul Meurice crean en 1848, en julio, cinco meses después de la revolución liberal de ese año que derrocó a la Monarquía de Julio y con ello a Luis Felipe de

Orleans, un diario llamado L'Événement. Traducido al español se llamaría El Evento, y la razón de tal nombre es justamente porque, en una serie de artículos publicados a forma de manifiesto en los primeros números, declaran la idea de hacer un cambio en la prensa pues, a su modo de ver las cosas, la política siempre estaba en una primera plana, aun siendo hechos pequeñamente relevantes, lo que ocasionaba que la información más relevante en otras áreas quedaba en segundo plano. Es, en efecto, un cambio de paradigma en la prensa y sugiere y realiza de facto la idea de dejar en las primeras planas y los titulares los eventos más relevantes en cualquier materia, asignándole así la misma relevancia tanto a hechos políticos como a hechos culturales dentro y fuera de Francia. Con ello se crea otro cambio de paradigma: un periódico que propone que los hechos internacionales también deben ser parte de la cabecera porque en el contexto se está comenzando a desarrollar un mundo globalizado.

Junto a estas ideas, no podía faltar la publicación de novelas en folletines de los editores. Esto resulta interesante por cuanto se considera entonces a la literatura como un hecho en sí, y al ser considerada un hecho, también se considera un reflejo del mundo real. ¿Habría partido con esta percepción la corriente literaria realista-naturalista?

A raíz de esto, debemos preguntarnos entonces ¿Por qué cambia la forma de escribir literatura en la segunda mitad del siglo XIX? ¿Qué produce ese efecto de apartarse de la estética romántica para retratar situaciones cada vez más reales, con personajes cada vez más reales? Estas preguntas no pueden plantearse sin también tomar en cuenta, por las razones previamente especificadas, a la prensa. ¿Qué rol tiene la prensa en esta transformación de paradigma?

Creemos que esto se da debido a que el contexto histórico desde 1848 en Francia transformó el pensamiento sociopolítico al punto de generar un cambio profundo en la forma de hacer literatura y, por las mismas causas, de hacer periodismo ligándolas a la difusión de ideas políticas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

En suma, dicho contexto histórico para 1848 estuvo compuesto por la agitación política y las revoluciones. El país atravesaba una serie de desafíos socioeconómicos y políticos que desembocaron en una crisis generalizada. La Monarquía de Julio, bajo el reinado de Luis Felipe I, se enfrentaba a una creciente insatisfacción entre la población debido a la falta de reformas y el empeoramiento de las condiciones de vida de las clases trabajadoras.

El contexto económico también fue significativo en 1848. La industrialización estaba en pleno auge, pero la mayoría de los beneficios se concentraban en manos de la burguesía y las élites, mientras que las clases trabajadoras enfrentaban salarios bajos, largas jornadas y condiciones laborales precarias. El desempleo y la pobreza afectaban a amplios sectores de la sociedad, lo que generaba un fuerte descontento.

La falta de libertades políticas y el crecimiento del autoritarismo bajo el reinado de Luis Felipe I también contribuyeron a la agitación social. La censura y la represión de la oposición política generaron tensiones y alimentaron la lucha por reformas democráticas y la participación ciudadana en el gobierno.

En febrero de 1848, el descontento alcanzó su punto máximo y estallaron protestas masivas en París. El 24 de febrero, una serie de manifestaciones y barricadas llevaron a la caída de Luis Felipe I y el fin de la Monarquía de Julio. Esto dio lugar a la creación de la Segunda República Francesa y el establecimiento de un gobierno provisional.

Bajo la Segunda República, se promulgaron una serie de reformas, como la abolición de la esclavitud en las colonias francesas, la extensión del sufragio masculino y la introducción de reformas laborales. Sin embargo, las luchas internas y la división política dificultaron la estabilidad de la república.

El malestar social y las tensiones políticas continuaron aumentando a lo largo del año. En junio, estalló una insurrección obrera en París, conocida como las Jornadas de Junio, que fue brutalmente reprimida por el gobierno republicano.

Finalmente, en diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón Bonaparte, fue elegido presidente de la República, sentando las bases para su posterior golpe de Estado en 1851 y el establecimiento del Segundo Imperio Francés.

Nuestro objetivo general de la presente investigación es analizar el discurso de los principales literatos de la época sobre el acontecer político-social y el uso de la prensa y la literatura para plasmar y difundir ideas. Específicamente, buscaremos comprender el contexto histórico y los efectos de la revolución de 1848 en el pensamiento político y la opinión pública, así como también determinar la relevancia de los intelectuales en la difusión de ideas durante la II República Francesa.

Para el desarrollo de nuestra investigación, recurriremos al análisis de archivos de prensa del diario *L'Événement*, cuya circulación se dio desde el 30 de julio de 1848 hasta septiembre de 1851. Es decir que comprendió casi la totalidad del periodo de la II República Francesa. Cronológicamente nos ubicaremos en este periodo. Si bien la investigación estará centrada en las transformaciones de la literatura, estudiar artículos de prensa será fundamental y la columna vertebral de esta investigación por cuanto a su rol en la sociedad y el hecho de que los gestores de este periódico fueron, en efecto, figuras importantes del campo literario; también debido al hecho de que estos periódicos publicaron novelas relevantes a modo de folletines.

Aunque se considerará el diario en su totalidad, la sección principal que se analizará corresponde al *Bulletin Parlementaire*, sección que reunía lo que acontecía diariamente en la Cámara del Senado debido a que, en primer lugar, nos da información directa sobre los debates y las decisiones del poder legislativo; en segundo debido a que Victor Hugo era miembro del Senado en aquella época, por lo que, además, veremos los aportes políticos directos hechos por este literato, pudiendo realizar un panorama general sobre la relación entre política y literatura.

De la misma forma, se analizará el quehacer de Émile Zola y sus aportes al mundo intelectual a través del prólogo a su obra “*Thérèse Raquin*”, donde deja de manifiesto las bases del movimiento literario que más tarde se le atribuirá: el naturalismo, así como también su labor en la prensa durante la Comuna de París de 1871 con el análisis de la primera carta escrita a *Le Sémaphore*, periódico marsellés al cual mantuvo al tanto durante los dos meses que duró la Comuna; y durante el Caso Dreyfus, con su famosa carta abierta “*J’Accuse*” (Yo acuso), donde denunciará los vicios del poder y con ello, sentar la bases del intelectual contemporáneo.

Nuestra investigación se desarrolla —aunque sea medianamente— en la discusión teórica del campo de la historia intelectual. Ésta tuvo un surgimiento relativamente reciente como una especie de “reemplazo” o “mejora” de la historia de las mentalidades de la Escuela de los Annales luego de haber experimentado un cambio de paradigma en conjunto a las ciencias sociales en general en la década de los 70, a partir del cuestionamiento de los trabajos basados en el positivismo.

En Francia, existen historiadores que han contribuido a la historia intelectual a partir del análisis de elementos culturales. Nosotros hemos usado de apoyo la obra de François Dosse, historiador francés de la cuarta generación de la Escuela de los Annales que ha dedicado su labor

principalmente al estudio de las ideas y su desarrollo, aportando a la historia intelectual. En su obra, *La marcha de las ideas*, problematiza, primero, el concepto de intelectual y su desarrollo desde la época clásica hasta la época contemporánea, porque identifica que no puede reducirse el concepto sólo a un periodo contemporáneo —siempre han existido intelectuales en todas las sociedades, aunque todos con una función diferente según la época—, y segundo, describe el trabajo de la historia intelectual y cómo éste se ha centrado en el modelo del intelectual francés nacido a partir de la segunda mitad del siglo XIX, siendo éstos, en su mayoría, literatos.

Por ende, la historia intelectual está ligada a la historia de la literatura, o también a la historia cultural. Para comprender a los literatos del siglo XIX y las características de su obra, recurrimos a Arnold Hauser, importante historiador del arte húngaro cuya obra “*Magnánime*” en su quehacer es su *Historia social de la literatura y el arte*. Allí, nos da a entender cómo la generación de 1830 se alejó del romanticismo para plasmar en sus novelas situaciones más reales y complejas. Es decir, ideas.

Entendemos por intelectuales a aquellos personajes dedicados a la literatura en general, en donde, debido al contexto, acusaban o demostraban indignación hacia los problemas sociales de la época, y que, con su literatura, se proponían retratar la realidad de las clases sociales más desposeídas en un nuevo género literario denominado realismo —o naturalismo en el caso de Zola— intentando, con ello, denunciar las injusticias. Por ende, el estudio de la literatura emanada por los intelectuales de la generación de 1830 nos dará un indicio de cómo percibían éstos los problemas de su sociedad.

También ocurre, por estos motivos, que en este periodo el rol del intelectual pasa de estar definido desde los siglos anteriores, y sobre todo desde el siglo de las Luces, por una parsimonia que le otorgan a éste una imagen de persona cauta, de saberes profundos, dotados de entendimiento para con las cuestiones que atañen a la experiencia humana, a una totalmente contraria: la de un ser humano crítico de todo aquello de lo cual posee conocimiento, comprometido con las luchas sociales, con el quehacer político, la búsqueda de la verdad y la justicia, condenando a su contraparte; un intelectual que pone en práctica como modo de vida el distanciamiento de las instituciones y las esferas de poder para conservar su autonomía y ser objetivamente crítico (Dosse, 2007:19-34).

Teniendo esta contextualización presente, se intentará dimensionar las labores políticas de los hombres de letras y su nivel de compromiso con las problemáticas de la época utilizando su posición en la escala social, dimensionando su participación en la consolidación de la burguesía como clase, así como también intentar rastrear el origen del término intelectual y porqué el Caso Dreyfus es un hecho importante para su significación moderna.

Para esta investigación se ha decidido limitar el periodo estudiado entre los años 1870 y 1898. Esta delimitación temporal se ha elegido con el propósito de establecer un marco cronológico que permita contextualizar adecuadamente los eventos y procesos que se analizarán. En primer lugar, se ha considerado el año 1870 como punto de partida debido a que este año precede a los acontecimientos de la Comuna de París, un acontecimiento histórico que se considera un símbolo de la unión y la colaboración de las clases proletarias frente a la adversidad que representaba un Estado enemigo invasor y una clase política inconsecuente. Por otro lado, se ha seleccionado el año 1898 como año de finalización del periodo estudiado debido a que este año coincide con la publicación de la carta abierta “J’Accuse”, escrita por Émile Zola y que dará un aporte importante para la posterior resolución del Caso Dreyfus, un evento que tuvo un fuerte impacto en la sociedad francesa y que polarizó el panorama político de la época. Este caso también tuvo importantes repercusiones en el ámbito intelectual y cultural, cambiando las propiedades del quehacer intelectual y generando nuevas formas de pensamiento y acción en la sociedad francesa.

Por tanto, el periodo comprendido entre 1848 y 1871 se considera fundamental para comprender los cambios políticos, sociales y culturales que tuvieron lugar en Francia y que influyeron en la configuración de la sociedad y la cultura francesas de la época. Estos cambios a los que se hacen referencia son, en suma, una serie de cambios sociopolíticos significativos que marcaron un periodo turbulento su historia. En 1848, la Revolución de febrero condujo a la caída de la Monarquía de Julio y al establecimiento de la Segunda República Francesa. Esta república democrática experimentó luchas internas y enfrentó desafíos sociales y económicos, lo que condujo a una serie de cambios políticos y reformas. Sin embargo, la Segunda República tuvo una existencia breve y se vio envuelta en agitaciones políticas y disturbios, especialmente durante las Jornadas de junio de 1848, cuando la república reprimió violentamente una insurrección obrera. En diciembre de 1851, el presidente Luis Napoleón Bonaparte llevó a cabo un golpe de Estado y estableció el Segundo Imperio Francés, poniendo fin a la Segunda República.

Durante el Segundo Imperio, que duró hasta 1870, Francia experimentó un periodo de autoritarismo bajo el reinado de Napoleón III. El emperador buscó modernizar el país mediante la inversión en infraestructuras, el desarrollo económico y la expansión colonial. Sin embargo, el gobierno imperial también restringió las libertades civiles y políticas y controló estrictamente la oposición.

En 1870, Francia se vio envuelta en una guerra contra Prusia, conocida como la Guerra Franco-Prusiana. La guerra resultó en una aplastante derrota para Francia y condujo a la caída del Segundo Imperio. En septiembre de 1870, el gobierno republicano fue restaurado y se proclamó la Tercera República Francesa.

La Tercera República se enfrentó a una serie de desafíos, incluida la Comuna de París de 1871, un movimiento revolucionario de carácter socialista que buscaba la autonomía de la ciudad de París y una mayor participación política para las clases trabajadoras. La Comuna fue duramente reprimida por el gobierno republicano, lo que llevó a una sangrienta represión y a la ejecución de miles de comuneros.

El caso fue un escándalo político y judicial que involucró a Alfred Dreyfus, un oficial del ejército francés. En un contexto marcado por el creciente antisemitismo y nacionalismo extremo, Francia enfrentaba una crisis diplomática con Alemania. En 1894, se encontró una carta en la papelería de la oficina militar alemana en París, lo que llevó a la detención de Dreyfus bajo la acusación de traición y filtración de información militar. El juicio de Dreyfus fue injusto, con pruebas fabricadas y testimonios falsos, influido por el ambiente antisemita. Fue declarado culpable en enero de 1895 y sentenciado a cadena perpetua en la Isla del Diablo. Sin embargo, el comandante Picquart descubrió pruebas que apuntaban a otro oficial como el verdadero traidor, pero sus intentos de presentarlas fueron ignorados. La publicación de "J'accuse" por Émile Zola desencadenó un apoyo a la revisión del caso y la defensa de la inocencia de Dreyfus. En 1899, se llevó a cabo un segundo juicio donde fue condenado nuevamente, pero perdonado por el presidente Loubet. En 1906, finalmente, fue exonerado y su inocencia reconocida oficialmente, dejando un profundo impacto en la sociedad francesa y en la lucha por los derechos civiles y la igualdad.

Todo esto no podría entenderse sin estudiar el contexto histórico de Francia y Europa. Para ello, hemos utilizado dos manuales: la obra del historiador británico Eric Hobsbawm, historiador británico considerado uno de los historiadores más influyentes del siglo XX, *La Era de la*

Revolución (1789-1848), donde nos ofrece una perspectiva panorámica sobre los procesos históricos de Europa. El trabajo de Hobsbawm destacó por su profunda comprensión de la historia social y política, así como por su análisis del desarrollo del capitalismo y las transformaciones del mundo moderno. Su enfoque marxista y su perspectiva crítica sobre el desarrollo de la sociedad lo convierten en una figura destacada en el campo de la historia social y económica. La Era de la Revolución es importante para nosotros no sólo por las características del trabajo del historiador, sino también porque se suma el hecho de que en la época que nos dedicamos a estudiar surgen los movimientos políticos de la clase obrera y que cobra gran protagonismo, haciendo imprescindible su enfoque marxista.

Para situar toda esta noción amplia en Francia específicamente, empleamos el libro *Historia de Francia*, del profesor emérito de la Aberystwyth University, Roger Price, quien ha escrito numerosas obras sobre la historia de Francia y quien, en la obra trabajada en esta investigación, hace un breve recuento de la historia de país galo desde sus orígenes hasta la época contemporánea, haciendo énfasis en temas sociales y políticos, así como también en el desarrollo económico del país.

## **2. MARCO TEÓRICO**

### **2.1 Breve trazado de la historia intelectual**

El término intelectual tiene su origen en la palabra francesa "intellectuel", la cual apareció por primera vez en el siglo XIX en Francia. Sin embargo, su significado ha experimentado una evolución constante que ha estado influenciada por las concepciones y las ideas propias de cada época, aún antes de que existiera el sustantivo, cosa que nos detendremos a analizar.

Hablar de historia de los intelectuales es, en efecto, hacer historia de las ideas, basándose en los paradigmas actuales de las ciencias sociales. El panorama de tal rama de la historia es de un desarrollo reciente, y, sin embargo, mientras en el resto del mundo se desarrolla de manera fluida, en Francia, la historia de los intelectuales es un proceso reciente, cuyo auge empieza en la década de los ochentas con la creación del Grupo de Investigación sobre la Historia de los Intelectuales bajo la dirección de Jean François Sirinelli —y que países como España replicaron años más tarde, con el Grupo de Estudios de Historia de la Cultura y los Intelectuales de la Universitat de

Barcelona—. Sin embargo, definir la historia intelectual es algo complejo, sobre todo porque es un campo que aún no está bien definido.

Existen diversas corrientes historiográficas que plantean un objeto similar de estudio: la historia literaria, por ejemplo, o la historia de las mentalidades, ideada por los Annales. Y bajo este mismo alero, podemos encontrar aún semejanzas en la historia literaria, en la historia del arte o la historia de la cultura. Esto, porque, según se va a ir definiendo luego la noción de intelectual, cada rama de la historia mencionada anteriormente estudia a personajes y obras que comparten el quehacer del intelectual contemporáneo. Por lo que definir bien tal disciplina resulta complejo.

Roger Chartier plantea, además, otra problemática, relacionada a la lingüística, pues, aunque en la historiografía norteamericana existan dos categorías de historia intelectual —la intellectual history, vinculada a la new history, y la history of ideas— traducir tales conceptos a otros idiomas involucra corrientes historiográficas de escaso desarrollo, pues, “cada historiografía nacional posee su propia conceptualización”(Chartier, 2005:14). Dada esta particularidad en las conceptualizaciones, hablar de histoire des idées, o de Geistesgeschichte va a variar según las nociones historiográficas de cada sociedad, puesto que cada una ha planteado una concepción y una metodología diferente para la historia de los intelectuales. Incluso el objeto de estudio va a variar según la historiografía de cada nación. Esto se debe a que, con la afloración de la historia de los intelectuales, y con el cuestionamiento gnoseológico de la historia de las mentalidades y la historia de las ideas, cada historiografía nacional le va a dotar a la historia intelectual su propia conceptualización. Un ejemplo de esto es la obra “Birth of the Intellectuals (1880-1900)” de Christophe Charle, quien en su trabajo hace una diferenciación del concepto intellectuel, manteniendo el término en el francés original para mantener su sentido particular adquirido a finales del siglo XIX en Francia y diferenciarlo del término en inglés “intellectuals”, entendido en el sentido sociológico y aludiendo a más de un tipo de intelectual dentro del espectro social francés

Algunos concebirán el objeto de estudio de la historia intelectual como la cultura de lo popular, otros se enfocarán sólo en la producción de una élite, que define lo que es el intelectualismo, como bien plantea Foucault al estudiar en sus obras la vinculación entre cultura y poder, argumentando en “La voluntad del saber” que el poder no se ejerce solamente a través de la represión, sino que también se ejerce a través del control y la regulación de los discursos, las normas y las prácticas culturales.

Para Chartier, lo fundamental de la historia de los intelectuales —más allá de los problemas de conceptualización y la influencia del léxico de cada idioma en su significancia— está en la manera en la que los historiadores descubren la inmensidad de un campo de estudio; que para el análisis de éste, se necesita de elementos interdisciplinarios, y que, cada etapa de su estudio en un momento determinado, está profundamente influenciado de su contexto, lo que dota a la historia intelectual de un dinamismo único en cada una de sus facetas y fluye así según la idiosincrasia de cada sociedad, de cada léxico, influida también, entonces y en cierto grado, por la filología (Chartier, 2005:13-33).

Y, sin embargo, con la influencia de los *Annales*, la historia intelectual contemporánea —al menos en el caso francés, que nos compete— ha seguido más o menos los pasos que Lucien Febvre planteaba al incluir el trazado de la historia cultural, abordando no sólo las obras de los grandes pensadores en sí, sino también el estudio de su difusión y su recepción, así como las condiciones sociales, culturales y políticas que han influido en su desarrollo. Febvre creía que la historia no debía limitarse al estudio de los acontecimientos políticos y militares, sino que debía abarcar todos los aspectos de la vida humana, incluyendo la cultura, la economía, la sociedad y las mentalidades.

Para otros autores, trazar lo que vendría siendo la historia de los intelectuales resulta menos complicado. François Dosse, guiado por los estudios de Carl Schorske, hace en su obra, “La marcha de las ideas”, una definición bastante amplia de lo que podría ser la historia intelectual. Para Schorske, al hacer historia intelectual, se debía realizar un estudio sincrónico y diacrónico —lo que, a nuestro parecer, profundiza las ideas de Lucien Febvre—. El sincrónico es lo más simple, pues trata de estudiar cómo el objeto de estudio —en nuestro caso, las obras literarias y los discursos políticos de los intelectuales franceses de finales de siglo XIX— se relaciona con otros quehaceres de la época, es decir, cómo influye en su contexto. El diacrónico, por otro lado, vincula tal objeto de estudio y el pensamiento del cual está imbuido con aquello que le antecede. En otras palabras, qué cosas influyeron en la elaboración de aquella obra. Para Dosse, “La voluntad de mantener juntas estas dos dimensiones sería el objeto preciso de la historia intelectual”(Dosse, 2007:15).

Por hacer un ejemplo, de forma diacrónica, podríamos conectar las ideas de la ilustración y del siglo de las Luces, con la corriente literaria del naturalismo, cuyo precursor fue Émile Zola.

Específicamente podemos inferir la influencia de Rousseau en la preocupación de Zola por la naturaleza humana y su relación con la sociedad, la denuncia de las injusticias sociales que perjudicaban la formación de un ser humano integral. Zola defendía que la literatura naturalista debía tener una función social, y que debía denunciar las injusticias y las desigualdades de la sociedad. De esta forma, podemos llegar a comparar la realidad retratada en la novela *Germinal*, viéndolo como una crítica social, con *El contrato social* y la defensa de la igualdad de derechos, así como también las garantías que el Estado debe dar a la población para garantizar el bien común. De forma sincrónica, podemos estudiar La obra *germinal* de Emile Zola, producida en un contexto social que aún digería el impacto y los efectos de los hechos de La Comuna de París, que refleja la preocupación colectiva por las condiciones laborales de los mineros de la época, así como también la urgencia de poner en la política derechos laborales. Al mismo tiempo, en el campo de la sociología, se debería tomar en cuenta los aportes de Karl Marx al hacer un análisis socialista de la forma de gobierno adoptada tras La Comuna de París, donde veía en ellos una forma de autogobierno y el primer suceso de gobierno obrero, de participación democrática directa.

En síntesis, la historia intelectual, de desarrollo reciente, ha recibido influencias de la escuela de los *Annales* y la historiografía norteamericana. Nacida de la disputa de una disputa — entre la historia del pensamiento y la historia de la filosofía, primero, y entre *history of ideas* y la *histoire des mentalités*, después—. Podemos ver en la idea de diacronicidad, propuesta por Schorske, influencia de la *history of Ideas*, desarrollada por Arthur Lovejoy al concebir que las ideas tenían una dimensión dinámica ya que cada idea tiene un recorrido trazado; que se traslada de una cultura a otra, de época en época. Sin embargo, esta influencia se da, a la vez, criticando los modelos de los que se influencia:

“De alguna manera, intenta reconstruir un objeto de estudio puesto en jaque, estableciendo modelos teóricos que se proyectan hacia distintos niveles de análisis en las construcciones, sentidos y condiciones del pensamiento del hombre.”(Di Pasquale, 2011:79-92)

En efecto, la historia intelectual surge en un contexto de crisis de las ciencias sociales porque éstas intentaban siempre dotar de racionalidad incluso a los objetos de estudio tan abstractos como las ideas o las *mentalités*. El estructuralismo estaba puesto en duda y la necesidad de “abrazar la abstracción” para proponer análisis más convincentes y explicativos se intentó suplir

con nuevas perspectivas. Entre ellas: la crítica literaria, la lingüística, la antropología... lo que, en el fondo, produjo enfoques interdisciplinarios.

Según Mariano Di Pasquale, el estudio del lenguaje debe ser el centro de la nueva historia intelectual. Esto es debido a que en el lenguaje ya tenemos un campo simbólico preexistente, por lo que pensamos en un orden dado por elementos lingüísticos (Di Pasquale, 2011:79-92). Esta es la razón por la que la historia intelectual se centra tanto en la literatura, pues, intenta decodificar los elementos del lenguaje presentes en las obras y vincularlo al contexto histórico, a la antropología, a la sociología y otras ciencias auxiliares, que, en nuestra opinión, dejan de ser, entonces, ciencias auxiliares, porque verlas así sería trabajar dichas ciencias de forma aislada, como si el desarrollo de las mismas ciencias auxiliares no dependiera de otras, sino de sí mismas, por ende, no se deben concebir de otra forma sino complementos del desarrollo de la historia, lo que es parte de los enfoques interdisciplinarios.

La tendencia última de las ciencias sociales y de la “nueva historia intelectual” es abarcar lo que se conoce como Giros Lingüísticos. Di Pasquale se plantea el siguiente cuestionamiento: “¿cuáles son los lineamientos o los rasgos principales del Giro Lingüístico y qué impacto produce en esta área específica de la ciencia histórica?” (Di Pasquale, 2011:79-92). El giro lingüístico es, en resumen, dar relevancia principal a cómo influye la lengua en la construcción de la cultura y cómo conducen las vivencias del sujeto al interior de una vida en sociedad:

“La inmersión del sujeto en la historia se encuentra lingüísticamente mediada y sólo deviene como inteligible cuando se produce una operación de decodificación del lenguaje. En consecuencia, el desarrollo de los estudios textuales y literarios cobra un rol fundamental, tanto en las metodologías de la investigación histórica como en las maneras de presentar -narrar- los tiempos de la historia” (Di Pasquale, 2011:79-92).

Esta idea transforma las obras literarias como discursos, que son capaces de reflejar los efectos de su cultura en los autores y, con ello, una intencionalidad. Más aún, según nuestro punto de vista, en las corrientes literarias del naturalismo, cuyo padre fue Emile Zola, y el realismo, ya que existe explícitamente narrar una realidad llena de lo que, para los autores, eran injusticias, que, a su vez, fueron influenciados por ideas de pensadores anteriores. Con ello, deducir que el hecho de que nosotros también veamos aquellas injusticias como injusticias, es a través del hecho

de que las ideas y las mentalités, se trasladan de época en época; de cultura en cultura, como planteó Lovejoy. La literatura gana más relevancia en la historia tomando aquello en cuenta.

Profundizando aún más en la relación entre literatura e historia intelectual, debemos tomar en cuenta el desarrollo que Jean-François Sirinelli, uno de los fundadores del Grupo de Investigación sobre la Historia de los Intelectuales, ha dado sobre ésta. Sirinelli plantea que la historia intelectual se ocupa de cómo los individuos y los grupos sociales han interpretado y dado sentido al mundo en que vivían, así como de cómo las ideas y las teorías han influido en la política, la cultura y la sociedad en general. Propone que la literatura es un reflejo de las ideas y que incluso, las obras literarias pueden ser consideradas como una forma de pensamiento en sí misma, contribuyendo a la formación y desarrollo de las ideas en una época determinada. Destaca también la importancia de analizar las diferentes corrientes intelectuales y los debates ideológicos que han surgido en el pasado, así como la relación entre la cultura y la política y esto lo hace a través de un estudio de los itinerarios, la puesta en evidencia de las generaciones y la observación de estructuras de sociabilidad. (Dosse, 2007:28-34)

Por último, Luis Beltrán Almería plantea que la crítica y la teoría literarias es, en efecto, hacer historia de la literatura (Romero, 2004:13-31). Y la literatura la escriben los intelectuales, por lo que, en este proyecto de investigación, nos enfocaremos en intentar hacer historia de los intelectuales, y, al mismo tiempo, historia de la literatura. Pero para hacer historia de los intelectuales, es preciso definir qué es un intelectual.

## 2.2 Lo que entendemos por intelectual

Antes de la aparición del sustantivo, cada cultura ha contado ya con sus propios intelectuales. Figuras elementales en el esparcimiento de la cultura y el intercambio de técnicas y conocimiento; en el desarrollo del espíritu a través de la expresión, los intelectuales son parte inherente de cada sociedad y, en un comienzo, la piedra angular que figuraba en la sobrevivencia del grupo humano. Como concepto en sí, cada sociedad ha sabido darle su propia definición a raíz de su forma de concebir el mundo, y es por esto por lo que, en cada historiografía existe una problemática en torno a su definición. Podemos encontrar un estudio de los intelectuales en cualquier etapa de la historia y, para ello, nos enfocaremos en los postulados que más nos pueden dar una noción útil para los efectos de esta investigación.

### 2.2.1 Un acercamiento contemporáneo

François Dosse nos dice que “la noción de intelectual es polisémica, que reviste concepciones diferentes según los periodos y las áreas de civilización” (Dosse, 2007:20), lo que nos indica que cada contemporaneidad dota a la labor del intelectual de un propósito diferente, según requiera su propio contexto. La noción que tenemos hoy en día del intelectual, del sujeto crítico y politizado, obedece a nuestro propio contexto globalizado.

Dosse, nos explica también que estos modelos de la intelectualidad en su evolución se van complementando desde los primeros intelectuales, “son contemporáneos unos de otros y coexisten más que se suceden según configuraciones siempre en movimiento” (Dosse, 2007:20). Esto quiere decir que, en cada época, los intelectuales se han nutrido de su cultura intelectual antecesora. Por lo tanto, la labor del intelectual más antiguo —pensador o artista, para no caer en anacronismos—, comparte características con el intelectual de nuestros días. El ejemplo más básico sería el poeta épico de la antigüedad que era considerado una figura importante en el sentido de ser un personaje que replicaba y esparcía la cultura en sus andanzas, así como también la estética en sus obras; poseía el don de la palabra: la oratoria. En nuestra época, tenemos una gran variedad de poetas que han compuesto poemas de características épicas, por nombrar un ejemplo local, Vicente Huidobro en *Altazor*, obra que rompió los cánones de la poesía y de la estética en la primera mitad del siglo XX en su movimiento literario llamado creacionismo. Siguiendo con la idea, como las figuras a las que llamamos intelectuales hoy en día comparten características con los personajes antiguos a los que podríamos llamarles intelectuales, hacer un mapeo del concepto no es sino pertinente.

Según los postulados de Dosse, la historia de los intelectuales en occidente bien puede empezar con Homero o Sócrates. En un inicio, al intelectual se le llamaba “maestro de la palabra”; aquel que dominaba la oratoria y tenía los dotes para hacerlo. Se estudiaba para desarrollar tal habilidad con el fin de poder dar grandes discursos en público. Aquí nace la noción de que el intelectual es capaz de evocar a las masas y ese va a ser el rol principal de la vida de los intelectuales a lo largo de la historia: ser un Maestro; una persona de cuya influencia se puede aprender.

Por ende, en nuestras concepciones más actuales, y que parten desde el siglo XVIII, el intelectual tiene un fuerte componente político. “La entrada del intelectual en política es originalmente un acto de protesta” (Dosse, 2007:24), aunque el intelectual no posee un

componente exclusivamente político, sino que alcanza todo lo que atañe a la vida urbana. Esto ya lo ponía en tela de juicio Le Goff en “Los intelectuales de la Edad Media”, caso que revisaremos a continuación, pues Le Goff ya inducía que la vida urbana tenía una influencia principal en la vida de los intelectuales. Sin embargo, se sabe que el intelectual medieval, como le llamaría Le Goff, tiene un componente casi esencialmente religioso. Entonces ¿Qué diferencia al intelectual de hoy con otros hombres de conocimiento —sacerdotes, científicos, filósofos, sofistas, estudiosos o ilustrados—? Arthur M. Melzer, en “The Public Intellectual” plantea esta y otras preguntas bastante interesantes que se dispone a responder para definir qué es un intelectual. Para él, esta pregunta se resuelve según la fuente de conocimiento, que puede ser divina o humana, según la materia del conocimiento y según la base de su valoración y búsqueda del conocimiento. Del sacerdote se diferencia de que su conocimiento proviene del ejercicio no asistido del intelecto, —cosa que problematizaremos más adelante—, del científico se diferencia porque su conocimiento “concierna al mundo humano, la esfera de la política y la cultura”(Melzer, Weinberger, y Zinman 2003:3-14); del experto o el especialista se diferencia debido a que su conocimiento no es técnico o especializado, sino que es una “persona de ideas”, una persona que desarrolla largamente ideas por su propio interés; del académico se diferencia porque ese mismo gusto por las ideas le hace desarrollar éstas con una aplicación práctica para un bien común en la sociedad. No busca sacar provecho alguno de su conocimiento, sino expandirlo y difundirlo con el bienestar como fin. Estas ideas parecen ser bastante idealistas, más aún el último postulado, y Melzer es consciente de ello. Es por eso por lo que, en seguida, problematiza la paradoja de que, aunque el intelectual no busca sacar provecho propio de su conocimiento, ¿Por qué le es esencial una posición pública? Sabemos que los intelectuales —más aquellos del siglo XVIII que del XIX— tienen cierta posición en la sociedad, que no es precisamente la más baja. ¿Entonces esta necesidad de tener una posición pública obedece a una idea de justicia social para denunciar la injusticia y las malas prácticas o es mero capricho?

Para Melzer, bien puede obedecer a ambas. El intelectual ayuda a la sociedad a la vez que trata de escapar de ella. Su posición característica es estar con la sociedad y, a la vez, ser hostil a ella. Entonces existe una contradicción que Melzer se propone explicar. Sabemos que desde los tiempos de Platón los filósofos ponían en la palestra los problemas de la sociedad para “abrir los ojos” a la población, pero entonces ¿Por qué Dosse plantea que los intelectuales desarrollaron un espíritu combativo recién a finales de siglo XIX con el Caso Dreyfus? Melzer dice que el filósofo

político clásico se esfuerza por trascender. Si el filósofo llegaba a la política, era más bien por una necesidad inevitable:

“el filósofo clásico se esfuerza por encontrar su bien en el reino fuera de la política y la práctica, fuera de la “caverna”, en la contemplación desapegada del cosmos.

Sin duda, toma en serio las esperanzas y los anhelos políticos de los hombres, pero principalmente para fundamentar y ascender dialécticamente a la vida teórica transpolítica”(Melzer et al. 2003:3-14).

La diferencia, entonces, con el intelectual moderno es clara. El intelectual que denunciaba las injusticias del Caso Dreyfus y los vicios del sistema judicial por causas discriminatorias no buscaba alienación alguna con el sistema político. No le interesaba hacer carrera política ni trascender de alguna forma entre sus contemporáneos, sino simplemente defender lo que les parecía justo.

### 2.2.2 El intelectual en la Edad Media

La convicción de que un intelectual es un maestro es la misma con la que Jacques Le Goff denomina a su obra “Los intelectuales de la Edad Media”. A pesar de ser consciente de la existencia de toda una terminología que sería mucho más correcta situándose en el contexto adecuado, es decir, reconociendo el anacronismo que acusa François Dosse en “La marcha de las ideas”, para Le Goff, el intelectual surge a partir del siglo XII, con el desarrollo de las ciudades. La relación entre este desarrollo y la aparición del intelectual está estrechamente relacionada a las funciones comerciales e industriales que las ciudades comenzaban a cumplir, vinculando al intelectual con la división del trabajo. Las nuevas funciones que vienen a aparecer en la ciudad dan lugar a que el hombre se especialice, y “*Hacer algo nuevo, ser hombres nuevos, ése es el vivo sentimiento de los intelectuales del siglo XII*”(Le Goff 2008:29). Sin embargo, si bien tiene sentido el desarrollo de la figura intelectual y el desarrollo de las ciudades, se puede diferir del intelectual que plantea Le Goff en la Edad Media según las ideas de Melzer que nombramos anteriormente: Como se le denominaba intelectual en la Edad Media principalmente a los monjes y a aquellos que guardaban cierto grado de relación con el cristianismo —salvo, más adelante, a los intelectuales del humanismo—, éstos defendían que su conocimiento provenía de Dios, por lo que era un

conocimiento que provenía de una fuente divina. Esto genera una problematización si seguimos la idea del intelectual moderno (Melzer et al. 2003:3-14), en cuanto a concebir como intelectual al pensador de la Edad Media, porque admitir cierta asistencia en el origen del conocimiento implica que el ejercicio de pensar no se hace propio. Posterior a la Edad Media, los intelectuales de las Luces, los “hombres de letra” que presentaremos a continuación, incluso guardan cierto recelo con la figura del sacerdote y la religiosidad, lo que aumenta esta problemática.

### 2.2.3 El Siglo de las Luces, un modelo a seguir

El intelectual francés por mucho tiempo fue considerado un modelo a seguir. Las ideas del racionalismo y empirismo derivadas de la Ilustración y la igualdad de derechos del hombre, cuya procedencia se debe al slogan de la Revolución Francesa —Liberté, Égalité, Fraternité— fueron un modelo a seguir de la mayoría —por no decir todos— de los pueblos de Europa. Hablar del siglo de las Luces es hablar de una “Europa Francesa”. Aún a pesar de que existe la posibilidad de hablar de un “Siglo de Inglaterra” debido a los avances industriales, tecnológicos y el dominio económico de Gran Bretaña —cosa bien fundamentada—, también es válido hablar de una hegemonía francesa en cuanto a que todo el desarrollo cultural y del pensamiento durante la época italiana del Renacimiento hasta el ocaso del Barroco, dieron a parar a Francia a modo de herencia, dando con ello una Francia que dominó sin discusión el plano cultural durante el siglo XVIII (Réau, 1961:6-18). Esto nos indica, ya de primeras, que las figuras intelectuales previas a las que nos compete estudiar ya tuvieron una relevancia única en su contexto, incluyendo el plano internacional; por lo que dar cuenta de éstos antes de analizar las influencias propias de los del siglo XIX, entender la relevancia de la nacionalidad francesa permitirá dar cuenta de que éstos ya estuvieron en una posición de peso a la hora de participar en un primer “gobierno obrero” (como le llamó Karl Marx a la forma de organización del pueblo de París una vez concluidos los hechos de La Comuna), o hacer acusaciones contra los vicios del sistema político con la controversia del Caso Dreyfus.

Para Louis Réau, las razones fundamentales por las que se dio este “afrancesamiento” de Europa son, en primer lugar, el desarrollo del francés como la nueva “lengua universal”. Esto se condice con la muerte del latín. Para el siglo XVI, el latín seguía subsistiendo prácticamente en su modelo de lengua eclesiástica y de difusión del cristianismo, sin embargo, en este siglo ocurre la Reforma Protestante, que irá haciendo decaer de forma vertiginosa el poderío

de la Iglesia Católica. Ya en el siglo de las Luces, y con el desarrollo de las ideas de la ilustración, el latín se empezó a considerar más o menos una lengua muerta; sostenida apenas por la epigrafía y las universidades, y el apogeo del francés tuvo su lugar, de la mano con el Imperio Napoleónico.

La primera vez que se menciona una “Europa francesa” ocurrió en el siglo XVIII por parte de un diplomático italiano, el marqués de Caraccioli. Francia intentaba por entonces una aristocracia intelectual, favorecida por la victoria del francés sobre el latín. Tal fue su expansión, que el francés se usaba en las Cortes a lo largo de toda Europa. Incluso, aunque Réau mencione que los únicos países que más o menos se salvaron de la permeabilidad del idioma hayan sido España e Italia, el caso español es fácilmente debatible si tomamos en cuenta que en el siglo siguiente, el XIX, las virtudes cosmopolitas de Francia hayan perdurado, provocando que España sí se haya imbuído de la hegemonía cultural francesa, con la literatura como principal vehículo, con destacados escritores que eran lectores de Zola y llevaron el naturalismo a su país, como Benito Pérez Galdós o Leopoldo Alas; y que, al mismo tiempo, escritores españoles —José Lázaro Galdiano, por mencionar uno—, hayan hecho publicaciones en una de las revistas más prestigiosas del mundo intelectual: *La Revue des deux mondes*.

Esta hegemonía de Francia durante el siglo de las Luces, cuyo conductor fue, principalmente, la instauración de la lengua como idioma universal, se sustenta también con la literatura. “Entre la expansión del francés y de la literatura francesa, hay una estrecha conexión de causalidad y de interdependencia” (Réau, 1961:14). El inglés no se hablaba mucho fuera en el continente y las obras de personajes como Voltaire destacaron de forma excepcional. Réau afirma que incluso en la Europa del siglo XVIII, se aprendía francés para poder leer a Voltaire en su idioma original. Sus conclusiones sobre la difusión del francés y la literatura las fomenta en su estudio basado en la indagación de los catálogos de bibliotecas públicas y privadas. Para éste, “La difusión de una lengua va íntimamente unida al prestigio y popularidad de su literatura”. (Réau, 1961:15).

Los intelectuales franceses fueron clave a la hora de impulsar a Francia como una “cuna” de la cultura y, esto es, tiene estrecha relación con la calidad de los autores. Curiosamente, los intelectuales en esta época ya eran críticos con su patria, e incluso llegaban a rechazarla; a preferir otras naciones por sobre la propia. Es más, Voltaire tenía mucho que decir sobre los intelectuales de su tiempo. Los “hombres de letras”, como se les refería, eran, en su tiempo mucho menos que

el intelectual de su contexto. Para él, aquellos hombres de letras que le antecedieron tenían un sentido mucho más amplio de ver las cosas. Además, el campo de las letras incluía a filósofos y científicos. Éste, no estaba atado a la clase burguesa, sino que, resultaban ser, para Voltaire, marginados sociales.

Resulta clave entender que, los intelectuales del renacimiento fueron los que le dieron “más forma” a los intelectuales que en este proyecto nos proponemos abordar. Esto es debido a la notoriedad que alcanzó Francia durante el siglo de las Luces y las obras que se difundieron a lo largo de Europa. No es que Francia haya ganado una notoriedad de la nada, sino que el humanismo, antecesor a Las Luces, llegó hasta el angosto campo intelectual francés con la idea de poner al ser humano en el centro de toda obra. Los intelectuales franceses abordaron esta perspectiva en todos sus trabajos y sus ideales prontamente dirigieron un propósito principal: derribar la monarquía bajo el ideal de la igualdad de derechos. Cada periodo, desde el siglo XVIII al menos, tuvo su ideal de productor cultural (Charle 2015:11-46).

#### 2.2.4 El Intelectual a finales del siglo XIX

A diferencia de lo que propone Le Goff en cuanto a que el intelectual se desarrolla en la Edad Media con el desarrollo de las ciudades, Christophe Charle plantea que éste surge directamente en el siglo XIX cuyos antecesores directos de fueron los “hombres de letras” del siglo anterior. Hasta este periodo, el intelectual estaba muy ligado a las élites y el campo de conocimiento del intelectual era más bien angosto y limitado —probablemente por el paradigma de las ciencias empíricas—. Sin embargo, con una nueva fase en la vida cultural europea, la figura de intelectual supo imponerse gracias a la expansión de las profesiones intelectuales (Charle, 2015:12). Nuevamente, Voltaire tenía cierta razón al vincular a aquellos lejos de la burguesía privilegiada de la sociedad. Esta transformación se dio en las últimas tres décadas del siglo XIX y obedece al ascenso de las clases medias gracias a la expansión de la educación. Esta misma expansión de la educación nos da una expansión del campo intelectual, por lo que es gracias a este desarrollo que entendemos a la figura del intelectual tal y como lo hacemos hoy en día. El principal aporte que se da en esta época al mundo intelectual es involucrar su figura a una protesta contra elementos que causan desconcierto en la sociedad, venga del campo que venga. Esto guarda relación con la conciencia que tiene el intelectual dentro de su escala social, o lo que los franceses, a finales del siglo XVII denominaban como “proletarios intelectuales”(Dosse, 2007:23).

Determinar los cambios sustanciales en el intelectual durante esta época y entrar en detalles será la materia de esta investigación.

## 2.3 Breve contextualización histórica

2.3.1 Los hechos de la Comuna de París: crisis del modelo imperial y la aparición de las clases medias.

La Comuna de París fue el reflejo del cuestionamiento al modelo imperialista de Napoleón III. Tras perder la guerra franco-prusiana, el emperador firmó un tratado que avalaba la ocupación de París por parte del ejército enemigo. A ello se le sumaba el pago de una indemnización ridículamente elevada, la cual debía ser financiada por la población. Tras ello, el pueblo fue el que se organizó para expulsar a las tropas prusianas de París.

En la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad francesa va a ser testigo de numerosos cambios en todas sus aristas que tuvieron un impacto significativo en la vida de las personas. Hacia 1850, Francia venía saliendo de una revolución que, dos años después, establecería el Segundo Imperio de Napoleón hasta 1870: un año antes de los hechos de La Comuna de París. Hasta entonces, la sociedad francesa estuvo acostumbrada a la figura de un emperador y, durante tal gobierno, una modernización significativa tuvo lugar. Las redes del sistema ferroviario se expandieron y se crearon nuevas instituciones. Hacia la década del 70, una crisis económica y militar hizo caer el imperio, cuyo punto culmine significó la invasión de Bismark a París durante la guerra Franco-Prusiana. Era el fracaso del modelo de gobierno napoleónico.

Aunque económicamente, Francia tuvo un auge importante gracias a la industrialización, la expansión del comercio y la apertura al mercado internacional no podía compararse con su vecina Gran Bretaña. La producción de acero y hierro en su apogeo, así como el sector textil en nada podían competir con la poderosa industrialización británica y, en cambio, sólo hacía crecer la brecha social e invisibilizar la precariedad de las condiciones de trabajo. Para la segunda mitad del siglo XIX, las clases sociales estaban tremendamente marcadas y la aristocracia, que concentraba el poder político y social, cual modelo a seguir para el resto de las clases subalternas, vería en las próximas décadas cómo se erosionaría su influencia debido a la emergencia de los sectores medios gracias a una leve mejoría en el acceso a educación.

A esto se le suma una fuerte depresión económica que afectaría de manera global a las naciones desde 1873 pues, aunque se admite en este tiempo cierto auge del capitalismo también es cierto que sí ocasionó diferentes crisis agudas en cuanto a la producción de acero y el desarrollo del comercio internacional (Hobsbawm, 2015:34-44). En Europa, aún existía un gran sector agrícola, sólo con excepción de Gran Bretaña cuyo desarrollo industrial fue sin igual, y en el caso francés, el sector más golpeado fue el vitivinícola ¿El resultado? Una drástica disminución del sector agrícola impulsada por un éxodo rural masivo: “entre 1851 y 1891, las ciudades acogen a 5 millones de nuevos habitantes, en su mayoría a la búsqueda de un empleo”(Urteaga, 2010:143)

Y aunque la gran mayoría de la población seguía siendo pobre, con una vida difícil apenas suplida con el trabajo duro, la cultura se desarrolló con fuerza en esta época. Las nuevas corrientes artísticas dotaron a Francia como la capital de la vida bohemia, destacada por exportar estas nuevas perspectivas artísticas y ser un modelo para las otras regiones del globo. El impresionismo en las artes visuales, el naturalismo en la literatura, el teatro social, entre otras... todas ellas situaron a Francia en un lugar céntrico para el desarrollo cultural y del pensamiento. Además, la educación y la cultura se fueron transformando en una parte esencial de la vida pública, lo que prontamente se tradujo en el nacimiento masivo de museos y bibliotecas.

La vida política estuvo marcada por lo que Hobsbawm llama una “crisis de histeria internacional” debido a los hechos de La Comuna de París. El temor a una revolución social se extendió por toda Europa, más aún, tomando en cuenta la difusión de las ideas marxistas entre el campesinado y que —recién— en 1861 llevaron a la abolición de la servidumbre en la Rusia zarista. Estos hechos fueron el primer antecedente de una soberanía popular, y sus efectos fueron tales que, desde 1870, los procesos de democratización a lo largo de Europa se fueron dando de forma paulatina y heterogénea. La democratización era entonces inevitable, y la soberanía fue una cuestión que no estuvo exenta de polémicas: el liberalismo sufría un de sus dilemas más importantes, pues, las asambleas soberanas y las constituciones, así como también el universo electoral aún eran controlados por una aristocracia que, liberal o no, veía amenazados sus intereses, por lo que las trabas hacia un proceso democrático fueron ideadas a través de excluir el derecho a voto y dificultar a las clases medias y bajas el poder de postularse a las asambleas, puesto que en Francia las ideas políticas de Luis Felipe, de la diferenciación entre “país real” (*le pays légal*, *le pays réel*), aún estaban vigentes. Estas ideas validaron a la aristocracia en cuanto a su dominio

político, dado que eran, simplemente, los más aptos para gobernar, para dominar el ámbito de las leyes. Con los procesos de democratización, el país real, es decir, todo el espectro social, incluyendo a las masas populares —o ignorantes según la aristocracia—, podían acceder al mundo político, lo que era inconcebible para la alta sociedad. Con estos nuevos espacios de democratización y los desarrollos culturales, se comenzó a dar un fenómeno vinculado a la movilidad social y al derrumbe de las jerarquías tradicionales, difuminando de a poco la línea que separaba cada estamento (Hobsbawm, 2005:116-127).

Como la democratización fue un evento que abarcó toda Europa, cada vez más, los discursos políticos debían orientarse efectivamente a un electorado masivo. Estas masas entrantes en la vida política estaban conformadas por diferentes estratos sociales, con un profundo perfil heterogéneo. En este contexto, y por estas razones, nacen también los frentes populares: organizaciones sociales que, más bien, se mantenían al margen de un sistema político y las ideas socialistas, con claros tintes de clase, comienzan a ganar cada vez más protagonismo. Debido a esta cultura de masas en la política electoral, los discursos nacionalistas se hicieron cada vez más frecuentes, cargados de xenofobia y un fuerte componente anticapitalista. Más aún en las ideas izquierdistas, las cuales, al ser de claro corte anticapitalista, apuntaban sus dardos contra la población símbolo del capitalismo: el pueblo semita. En efecto, en Europa del Este, el desarrollo de ideologías antisemitas se incrementó hasta el punto de dar a parar a Francia, afectada profundamente por la división que ocasionó el Caso Dreyfus.

### 2.3.2 ¿Quiénes conformaban entonces “La Burguesía”?

Si bien el aumento del alcance de la educación permitió el afianzamiento de las clases medias y su desarrollo, así como también una movilidad social, ésta también fue un elemento diferenciador de clase. Así, el elemento que diferenciaba a la burguesía de las clases medias pasó a ser el nivel de inversión económica detrás de la educación de los individuos. Para Hobsbawm, este elemento cobraba más relevancia que el contenido mismo de la educación y el “cultivo del saber” en sí en cuanto que aprender cuestiones como la filosofía, la historia, entre otras materias humanistas no poseía un peso relevante. Se podría interpretar de esto que tanto la filosofía como el aprendizaje de latín o el griego —materias históricamente vinculadas al aprendizaje de la clase alta— eran más bien un recurso de ocio si tomamos en cuenta el paradigma positivista y el valor

de las ciencias empíricas, junto con los valores de peso que sí tenían la economía o el aprendizaje técnico según el alcance de la industrialización en los países desarrollados.

Si la educación permitió el desarrollo de las clases medias, y, en consecuencia, aparece la burguesía, es precisamente porque la burguesía proviene, en definitiva, de las clases medias. Es verdad que se afianzaron económicamente hasta convertirse en una élite dirigente cuyo poder económico pesó en la política, pero, sin embargo, tal desarrollo no se dio de manera uniforme, esto les diferencia de la aristocracia, cuyo poder político y económico estuvo marcado por el sistema de castas. La burguesía claramente tenía el respaldo de tradicionalismo en cuanto a su poder económico, ni mucho menos en la política, pues el burgués tuvo que luchar por un ascenso y consideración. Sin la burguesía no hubiese habido una revolución que cambiara el sistema político del antiguo régimen.

A mitad de siglo XIX, entonces, el término burguesía es, más bien, sinónimo de clase media, que se siente distinta de una clase superior como sería la nobleza; y de una clase inferior, que sería la clase trabajadora (Agulhon, 2009,48).

#### 2.4 Literatura, como espejo de la sociedad, en constante evolución

La evolución de la literatura francesa en la segunda mitad del siglo XIX está estrechamente ligada al contexto sociopolítico y económico de la época, marcado por inestabilidad política, revoluciones y golpes de estado, así como por el desarrollo del mercantilismo y los problemas sociales que surgieron como resultado. Esta relación entre la literatura y el contexto histórico-social es conocida como "literatura comprometida", ya que los escritores reflejaron y respondieron a los desafíos y las transformaciones de su tiempo a través de sus obras.

La inestabilidad política y las sucesivas revoluciones moldearon el pensamiento social de la población francesa. Ésta experimentó una serie de cambios políticos y revueltas, incluido el golpe de Estado que llevó al poder a Napoleón III en 1851, quien estableció el Segundo Imperio. Esta inestabilidad política y las luchas sociales influyeron en la mentalidad y las preocupaciones de los escritores de la época debido a que, al declararse Luis Napoleón como “Emperador de los Franceses”, su posición pasó a ser la de un líder autoritario que comprometió completamente todos los avances sociopolíticos que Francia había logrado a costa de movimientos subversivos, enfrentamientos directos con las fuerzas de orden y el poder ejecutivo de la Monarquía de Julio,

así como también a través de organismos institucionales, siendo que la medida que más polémica causó fue la derogación de la ley de voto universal.

Es así como, debido a la convulsión sociopolítica, la literatura evolucionó desde el romanticismo, que se caracterizaba por su enfoque en la emoción y la imaginación y que había sido dominante en la primera mitad del siglo XIX, hacia el realismo y el naturalismo en la segunda mitad de este siglo debido a las motivaciones de los escritores por incluir en la literatura un mensaje de protesta y de crítica social.

En 1830, surge el Realismo como corriente literaria, que pasa a ser entonces, un espejo de la "cuestión social": El realismo literario buscaba reflejar la realidad tal como era, y muchos escritores adoptaron una mirada crítica hacia la sociedad, enfocándose en los problemas sociales y las desigualdades. Autores como Stendhal y Balzac fueron precursores de esta corriente, y, al mismo tiempo, con su obra sentaron las bases de la evolución o "perfeccionamiento" del realismo y que, a finales del siglo XIX, se desarrollará a partir de la noción del determinismo geográfico. De esta forma, el realismo evoluciona para convertirse en el "naturalismo". Si ya se exploraron, en la década de 1840, temas relacionados con la "cuestión social", que se refería a los problemas derivados de la industrialización, el crecimiento urbano y la desigualdad económica, con el naturalismo a partir de 1860 aproximadamente, se retratará fundamentalmente los efectos de los problemas sociales no sólo en el entorno, sino en el comportamiento del ser humano a través de los personajes.

Si bien Stendhal y Balzac son los pioneros del realismo y gestaron con ello un producto que se considera antecedente del Naturalismo, la influencia de Émile Zola en este último será clave en cuanto a poner de manifiesto las características de su literatura, dándole a la corriente personalidad y elementos propios: El naturalismo, como movimiento literario, llevó aún más lejos el enfoque en la realidad objetiva y científica. Émile Zola es, en suma, considerado uno de los padres del naturalismo porque aplicó el método científico a la escritura para analizar cómo el ambiente social y hereditario influye en el comportamiento humano. Sus novelas, como "Germinal" y "Nana", abordaron temas controvertidos y mostraron las condiciones de vida difíciles de los trabajadores y las clases más desfavorecidas.

Todo esto surge en el contexto del desarrollo del mercantilismo y problemas sociales: La expansión del mercantilismo en el siglo XIX trajo consigo desafíos económicos y sociales. Debido

al rápido crecimiento industrial y las desigualdades resultantes, como la explotación laboral y la pobreza, es que en la literatura fueron temas recurrentes en la literatura realista y naturalista.

La "cuestión social" se convirtió en una preocupación central en la literatura de la época, y los escritores intentaron retratar las condiciones difíciles de la clase trabajadora y las luchas por la justicia social. La literatura se convirtió en una herramienta para expresar críticas y denuncias de las injusticias sociales y para concienciar a la sociedad sobre los problemas que enfrentaban.

En resumen, la evolución de la literatura francesa en la segunda mitad del siglo XIX, desde el romanticismo hasta el realismo y el naturalismo, estuvo fuertemente influenciada por el contexto sociopolítico de la época, caracterizado por la inestabilidad política, las revoluciones y el desarrollo del mercantilismo. Los problemas sociales y la "cuestión social" desempeñaron un papel crucial en la elección de temas por parte de los escritores, lo que llevó a un enfoque más realista y comprometido en la representación de la realidad en la literatura.

## 2.5. ¿Literatura como fuente?

La corriente literaria del naturalismo propuso con su manifiesto la idea de una literatura social, que se encargara de retratar la realidad de la sociedad. Como se ha dicho, su máximo exponente es Émile Zola. Surgió a finales del siglo XIX con la idea de que la literatura sea el fiel reflejo de una sociedad desigual, llena de problemáticas por causas distintas. Sus personajes comenzaron a ser cada vez más reales, alejados de las clases aristocráticas con problemáticas comunes y corrientes. Por estas nociones es que una de sus principales características son las descripciones largas, cargadas de detalles que describen hasta los elementos más mínimos. Para esto es vital describir los escenarios. Los personajes se desenvuelven solos. Sus detalles teóricos los describe Zola en su obra *Teresa Raquin*.

Por este motivo, usar la literatura como fuente, más allá de ser una problemática por sus elementos ficticios, se transforma en una alternativa viable a la hora de tomar en cuenta que poseen un discurso y reflejan de forma fiel una realidad de la época. En España, Benito Pérez Galdós, uno de los escritores referentes del naturalismo en aquel país, al ser elegido miembro de la Real Academia Española en 1897, proclamó su discurso llamado "La sociedad presente como materia novelable". En él reflejaba también los fundamentos teóricos del naturalismo y ponía en la palestra

la idea de que la novela debía reflejar los problemas sociales con fidelidad; retratar lo material, lo que estéticamente se consideraba desagradable:

“Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción. Se puede tratar de la Novela de dos maneras: o estudiando la imagen representada por el artista, que es lo mismo que examinar cuantas novelas enriquecen la literatura de uno y otro país, o estudiar la vida misma, de donde el artista saca las ficciones que nos instruyen y embelesan” (Pérez, 2013)

Para Pérez Galdós, y probablemente para todos los escritores del naturalismo, la belleza estética estaba en la reproducción fiel de una sociedad con contrastes marcados. Para ellos, estudiar la novela en su representación o al artista que la escribe corresponde a estudiar la sociedad en todo su esplendor. Para el presente estudio resulta fundamental entender estas ideas para hacer un aporte historiográfico. Concebir a la novela tal como Benito Pérez Galdós es parte esencial de hacer historia.

### **3. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA**

Este estudio surge en un afán personal por vincular la historia con la literatura, con el fin de descubrir el rol de las obras literarias no sólo en la masificación y la puesta en evidencia de los problemas sociales del contexto en el que la obra está inserta, sino también para dimensionar el conocimiento del autor con tales problemas sociales y trazar su compromiso para con la búsqueda de justicia social, siendo éstos pertenecientes a una incipiente clase burguesa, cuyo poder político era más bien escaso.

Como punto de partida, se ha decidido enfocar el presente estudio en la historia de los intelectuales franceses y su cambio conceptual sobre el quehacer del intelectual a lo largo del siglo XIX con las principales coyunturas: La Revolución de 1848, La Comuna de París y el Caso Dreyfus.

Con el contexto de la cuestión social de fondo, y con la literatura y la prensa como elementos esenciales a estudiar, puesto que la literatura cobra un sentido diferente a la hora de retratar con fidelidad la sociedad, los literatos cobraron una relevancia que debe ser analizada para dar más amplitud historiográfica al conocimiento relacionado a los fenómenos sociales, al estudio mismo de la historia cultural y la historia intelectual. Muchos otros autores aportaron o siguieron la línea de creación literaria de Émile Zola. Algunos nombres a mencionar son Stendhal, Balzac, Gustave Flaubert, Arthur Rimbaud, Victor Hugo o incluso Oscar Wilde, que, siendo inglés y por causas políticas, desarrolló la mayoría de su carrera—si no su totalidad— en suelo parisino. De esta forma, es necesario conocer el espectro completo de los intelectuales; conocer quiénes eran los intelectuales de la época, y con ello, plantear la siguiente pregunta: ¿Cómo influyó la literatura y la figura del literato en la política francesa de la segunda mitad del siglo XIX?

Conocer las obras literarias de los autores más influyentes de la época permitirá conocer cómo percibían los autores su entorno e inferir la intencionalidad de reflejar tales problemas sociales, puesto que muchos literatos de la época, influenciados aún por el romanticismo, escribieron novelas que se orientaban a un público juvenil aristocrático, con personajes que se enfrentaban a problemáticas de la clase alta europea o problemas amorosos. También, autores como Alejandro Dumas gozaron de un gran éxito comercial gracias a la publicación de fragmentos de novelas en folletines, vinculando la literatura con el periodismo y dando origen a lo que Sainte-Beuve denominó literatura industrial (Sainte-Beuve, 1839:676-691).

De la misma forma, se cree que estos nuevos intelectuales, comprometidos con los movimientos sociales y la política, consagraron a la clase burguesa para ayudar a consolidarla como clase política. La burguesía, de corte liberal, adquirió rápidamente los recursos económicos gracias a sus negocios, pero la aristocracia celosa les negaba la participación política al desprestigiarlos. El estudio de la “intrusión” de los intelectuales en la política y las acciones que éstos hicieron fuera del mundo literario, permitirá concluir tal creencia.

## **4. OBJETIVOS**

### **a. Objetivo general**

- Analizar el discurso de los principales literatos de la época sobre el acontecer político-social y el uso de la prensa y la literatura para plasmar y difundir ideas.

b. Objetivo específico

- Comprender el contexto histórico y los efectos de las diferentes coyunturas que atravesó Francia en la segunda mitad del siglo XIX —Revolución de 1848, la Comuna de París y el Caso Dreyfus— en el pensamiento político y la opinión pública.
- Determinar la relevancia de los intelectuales en la difusión de ideas durante los diversos

## **5. HIPÓTESIS**

Creemos que esto se da debido a que el contexto histórico desde 1848 en Francia transformó el pensamiento sociopolítico al punto de generar un cambio profundo en la forma de hacer literatura y, por las mismas causas, de hacer periodismo ligándolas a la difusión de ideas políticas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

## **6. METODOLOGÍA**

### Recopilación de fuentes y bibliografía

La recopilación de fuentes para el presente proyecto se dio gracias al portal “Retro News”, dominio perteneciente a “Gallica”, que es el sitio web donde se almacenan los documentos digitalizados de la Bibliothèque Nationale de France. De allí proviene el periódico francés “L’Événement”, publicado entre 1848 y 1851. Así como también la obra “Thérèse Raquin”, de Émile Zola, de la cual trabajaremos principalmente su prólogo escrito por el autor en 1868, aunque la edición disponible en Gallica corresponde a una edición ilustrada publicada en 1883. Sin embargo, el prólogo sigue siendo el mismo de 1868. Por último, las cartas de Émile Zola sobre la Comuna de París de 1871, publicadas en el diario marsellés “Le Sémaphore”.

El estudio crítico de Marx sobre la Comuna de París de 1871, llamado “La guerra civil en Francia”, se encuentra como dominio público en internet. La edición en español corresponde a la “Edición Homenaje” publicada por un conjunto de editoriales a nivel internacional con motivo del 150° aniversario de la Comuna.

El artículo “J’Accuse”, publicado por Émile Zola donde denuncia los vicios del proceso judicial del capitán Dreyfus en el marco del Caso Dreyfus, es de dominio público y puede ser

encontrado a libre disposición en internet. La edición trabajada corresponde a publicación hecha por el Consejo de la Judicatura de Ecuador el año 2014.

Para la bibliografía, nos serviremos de “La Era de la Revolución 1789 -1848”, de Eric Hobsbawm, publicada en español bajo el sello editorial Booket, así como también del volumen “Historia de Francia”, escrito por Roger Price; todo esto para estudiar el contexto histórico. Para cuestiones de teoría, utilizaremos principalmente el estudio de François Dosse, “La marcha de las ideas”.

### Selección del material pertinente a la investigación

Para el desarrollo de nuestra investigación, recurriremos al análisis de archivos de prensa del diario *L'Événement*, cuya circulación se dio desde el 30 de julio de 1848 hasta septiembre de 1851. Es decir, comprendió casi la totalidad del periodo de la II República Francesa. Cronológicamente nos ubicaremos en este periodo. Si bien la investigación estará centrada en las transformaciones de la literatura, estudiar artículos de prensa será fundamental y la columna vertebral de esta investigación por cuanto a su rol en la sociedad y el hecho de que los gestores de este periódico fueron, en efecto, figuras importantes del campo literario; también debido al hecho de que estos periódicos publicaron novelas relevantes a modo de folletines.

Aunque se considerará el diario en su totalidad, la sección principal que se analizará corresponde al *Bulletin Parlementaire*, sección que reunía lo que acontecía diariamente en la Cámara del Senado debido a que, en primer lugar, nos da información directa sobre los debates y las decisiones del poder legislativo; en segundo debido a que Víctor Hugo era miembro del Senado en aquella época, por lo que, además, veremos los aportes políticos directos hechos por este literato, pudiendo realizar un panorama general sobre la relación entre política y literatura.

De la misma forma, se analizará el quehacer de Émile Zola y sus aportes al mundo intelectual a través del prólogo a su obra “*Thérèse Raquin*”, donde deja de manifiesto las bases del movimiento literario que más tarde se le atribuirá: el naturalismo, así como también su labor en la prensa durante la Comuna de París de 1871 con el análisis de la primera carta escrita a *Le Sémaphore*, periódico marsellés al cual mantuvo al tanto durante los dos meses que duró la Comuna; y durante el Caso Dreyfus, con su famosa carta abierta “*J’Accuse*” (Yo acuso), donde denunciará los vicios del poder y con ello, sentar la bases del intelectual contemporáneo.

## Análisis del material seleccionado

Si bien nuestro trabajo constituye el análisis de la literatura, la espina dorsal de la investigación es la prensa, pues los literatos participaron activamente en la redacción de artículos periodísticos. En este sentido, nuestro método heurístico de la investigación se basa en el diario *L'Événement*, creado por Victor Hugo, figura literaria primordial a estudiar debido a la importancia de su obra en la literatura realista desde el romanticismo —creando, por ejemplo, la novela histórica— y debido a su participación en el sistema político. En *L'Événement* se publicaba una sección titulada *Bulletin Parlementaire* en la cual se daba cuenta de los debates y propuestas hechas en la Cámara del Senado. De la misma forma, se analizará también la participación de Émile Zola en *Le Sémaphore*, con sus cartas desde París que daban cuenta de la situación durante La Comuna. Zola también constituye otra personalidad clave para construir, a través del mismo método heurístico, la evolución de pensamiento de estos principales intelectuales de la época y, con ello, comprender cómo se reflejaba éste en la forma en que concebían y escribían la literatura, produciendo con ello corrientes literarias que transformaron el “método lírico” del siglo XIX. Para concebir tales transformaciones, hemos recurrido al análisis del discurso de Émile Zola en su prólogo a su novela “Thérèse Raquin”, elaborado en 1868, un año después de la publicación original de tal novela en formato de folletín. Las razones que motivaron al autor a crear este prólogo dan cuenta sobre la evolución del pensamiento literario.

Denominamos método lírico a la forma en que se concibe un argumento literario según en qué se basa éste, así como también la construcción de los personajes a través de su psicología. Por ejemplo, el romanticismo acuñaba novelas fantásticas, con énfasis en la introspección en los personajes. Una obra cumbre de este movimiento puede ser *Drácula*, de Bram Stoker. Sin embargo, con los literatos franceses en la segunda mitad del siglo XIX, ocurre una orientación a escribir novelas basándose en elementos cotidianos y la desdicha de los más desposeídos, así como también plasmar la forma de vida de la burguesía, elementos claramente realistas. Los personajes, en cambio, estaban contruidos con una densidad psicológica determinada por el entorno y las vivencias personales que los afectaban, dando cuenta también de los efectos de un posible determinismo geográfico: el medio físico determina al hombre y su comportamiento.

Finalmente, se procederá a la elaboración del texto cuyo primer capítulo será una breve contextualización histórica de la situación socioeconómica y política en Francia, así como también

las razones de la masificación de la prensa durante la década de 1830 en adelante, teniendo su principal auge en la década siguiente gracias a un proceso que se dio de la mano con la literatura. Esto explica su relación y por qué no deben entenderse por separado.

El segundo capítulo detallará de mejor forma la idea anterior relacionada a la estrecha relación entre la literatura y el periodismo, su evolución en su conjunto y también pondrá en la palestra a diferentes figuras del ámbito literario que colaboraron en el mundo periodístico, llevando a profesionalizar la labor y fundir aún más el discurso literario con el discurso periodístico, justificando así los mensajes que dieron tanto en sus novelas como en sus artículos al recurrir al análisis del discurso.

El tercer capítulo se centrará en *L'Événement*, periódico creado por Victor Hugo y sus cercanos, también perteneciente al mundo intelectual y literario, y analizará los quehaceres del grupo para con su contexto político y sus formas de sociabilidad entre los mismos artistas de la época, demostrando que, en realidad, toda la esfera intelectual estaba interconectada de alguna forma y colaboraban para fines comunes.

El cuarto y último capítulo tendrá como objetivo analizar la evolución de la literatura a finales del siglo XIX en una comparativa con respecto a los literatos de la generación de 1830, enfocándose para tales efectos en la obra de escritor Émile Zola, así como también sus aportes a lo que llamaremos “método lírico” y sus participaciones en la prensa, destacando el artículo “J’Accuse”, publicado en 1898 en el contexto del Caso Dreyfus.

## **I. Un siglo marcado por el fantasma de la revolución.**

Muchas revoluciones se dieron en Europa desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, aunque, claro está, debemos tener en cuenta a las dos más grandes. Una, de efecto socioeconómico, la otra de efecto sociopolítico. Estamos hablando indudablemente de la Revolución Industrial y la Revolución Francesa respectivamente. Una transformó la economía; la segunda, el pensamiento político. De la primera surgieron las industrias masivas, liberadas de las largas cadenas de producción humana gracias a la máquina a vapor y generadoras de una división del trabajo. Su impacto socioeconómico llegó tarde al continente europeo, aproximadamente en la década de 1840, cuando en el territorio británico las transformaciones ya estaban consolidadas. En realidad, la Revolución Industrial obedece netamente a la preocupación de los gobiernos europeos por el desarrollo económico (Hobsbawm, 2015, 36). Obviamente, la economía es una de las preocupaciones prioritarias de cualquier gobierno, pero de alguna forma, Gran Bretaña siempre se adelantó en esta especie de carrera económica, por lo que, innegablemente, la Revolución Industrial comienza en su territorio.

La Revolución Industrial significó el ascenso definitivo del capitalismo, y su desarrollo impactó también a las letras y las artes. Para 1840 ya existían trabajos de Engels sobre la clase obrera de Inglaterra y el comunismo empezaba a tomar forma con el Manifiesto, generando así movimientos políticos nacidos en el seno de la clase obrera con un trabajo intelectual cada vez más complejo. La literatura se tornaba cada vez más realista con el objetivo de dejar atrás el egocentrismo del autor y la fantasía literaria para buscar retratar la miseria del ser humano. Desde el Imperio Francés hasta la Monarquía de Julio, aparece la serie de novelas de Balzac bajo el título de “La Comedia Humana”, de fuertes componentes realistas y que concibió como sucesora a su obra anterior, “Escenas de la vida privada”. El ser humano y su sufrimiento eran la temática principal. Sería el principio de un cambio en la literatura

De la segunda se inspirarían, a lo largo del siglo XIX, una seguidilla de revoluciones más que transformarían el escenario político de Europa, instalando modelos de gobierno representativos, aunque sea medianamente y hayan obedecido más bien a una clase oligárquica. Aunque existieron revoluciones antes de esta, ninguna tuvo la envergadura del Revolución Francesa y, por ende, quedan relegadas a ser categorizadas como revueltas pequeñas. ¿Un ejemplo?

La revolución norteamericana: la historiografía nos tiene acostumbrados a verla como una causa indirecta de las revoluciones latinoamericanas debido a que, en cierto aspecto, las inspiraron. Pero más allá de su esfera de influencia en dicho continente, no involucró modelos a seguir en levantamientos próximos o transformó la semántica de la palabra “libertad” como sí lo hizo la Revolución Francesa. Es más, en estricto rigor, la Revolución Francesa inspiró directamente las revoluciones libertadoras de Latinoamérica con sus ideas liberales y la norteamericana fue el punto de quiebre que dio el “vamos” a sucesos de similares características en Latinoamérica. Sin embargo, debemos comprender que, en general, las revoluciones que antecedieron y sucedieron a la francesa, son, en suma, el colapso del sistema monárquico; el impacto de ésta se ejemplifica con que sólo tras la Revolución Francesa se comienza a denominar al sistema monárquico como Ancien Régime.

Podemos sacar importantes lecciones del estudio de la Revolución Francesa hecho por Hobsbawm:

1. El impacto que genera tiene que ver indiscutiblemente con la población. Demográficamente, hacia finales del siglo XVIII, Francia era el país más poblado de Europa exceptuando Rusia. Esto incide directamente en el alcance de sus efectos.

2. Fue la única revolución de masas y significativamente más radical que otras revueltas que le antecedieron. Los políticos ingleses más radicales que llegaban a Francia a apoyar el movimiento revolucionario eran considerados, más bien, moderados.

3. Es una revolución que provoca un quiebre social: “El resultado de la revolución francesa fue que la época de Balzac sustituyera a la de Madame Dubarry” (Hobsbawm, 2015, 62).

Esta última nos llama la atención profundamente. Podríamos preguntarnos, ¿Qué relación tiene una cortesana de origen pobre, última amante del rey Luis XV, con el célebre novelista, representante del movimiento realista literario del siglo XIX? Claramente involucra la caída de la aristocracia, no sólo por una pérdida de credibilidad, sino también porque la frase de Hobsbawm tiene una carga simbólica: en efecto, al estallar la Revolución Francesa, Madame Dubarry fue guillotinado debido a su conexión con la realeza, pero también involucra una democratización del arte y, por, sobre todo, de la literatura. La época de Madame Dubarry la conocemos. Es toda esa amalgama de representaciones que provienen incluso del imaginario colectivo a la hora de dirigir

nuestra imaginación hacia la monarquía: los salones suntuosos de los palacios, los bailes con trajes de gala de sedas lujosas llenos de brillos o personas con pelucas enormes disfrutando de lujos.

La época de Balzac, sin embargo, es una época también convulsa y poco estudiada en relación con la historia cultural. Existió el Imperio Francés, sostenido bajo el mando de Napoleón quien ascendió al poder a través de un golpe de Estado; existió un intento por devolverle la vida a la Monarquía con la ascensión de los Borbones. En 1830 hubo una nueva Revolución que depondría a los Borbones para instalar la llamada Monarquía de Julio con Luis Felipe de Orleans a la cabeza; una nueva revolución en 1848 lo sacaría del poder, dando paso a la II República ese mismo año, y donde también se dio paso al voto universal. Se llamó a unas elecciones para diciembre de ese año donde se elegiría por las urnas a Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del caudillo ambicioso que buscaría convertir a Francia en un Imperio a principios de siglo, y que, más tarde reclamaría el título de Emperador de los Franceses haciendo un golpe de Estado, tal como su tío.

## La Revolución de 1848 y la II República

A partir de la década de 1830, durante la Monarquía de Julio, las revueltas obreras tuvieron un auge significativo. En 1831 ocurrió una revuelta obrera en Lyon bajo el lema “vivir trabajando o morir luchando”. Era el comienzo de la politización de la clase obrera, la que se dio con el apoyo de grupos de activistas republicanos que buscaban politizar a la masa descontenta con las condiciones laborales a través de organizaciones clandestinas como la Société des Droits de l’Homme y hacer frente al gobierno que, mientras tanto, ponía sus esfuerzos en “moralizar” a los sectores bajos con una Ley de Instrucción Primaria y así sofocar las revueltas populares desde su seno. Así nacería la formación intelectual de los movimientos republicanos y proletarios (Price, 1998, 154).

Este movimiento obrero que adquiriría consciencia de su posición en la escala social y su relevancia como base de la economía era una amenaza para la estabilidad de la Monarquía de Luis Felipe de Orleans, con lo que sus esfuerzos pasaron a enfocarse en la prohibición de las asociaciones creando una ley para tales efectos en 1834, dos años después de una insurrección en París en la que participarían unos tres mil insurgentes que buscarían derrocar al gobierno y que sería sofocado violentamente por unos treinta mil soldados de la Guardia Nacional. Esta rebelión quedaría immortalizada en la obra “Los Miserables”, de Victor Hugo, escrita en 1862 —treinta

años después—. De aquello podemos concluir que existió una constante inclinación por retratar los álgidos sociopolíticos que darían forma a la república francesa en la segunda mitad del siglo XIX. Curiosamente, en 1832, Hugo escribiría una carta a Sainte-Beuve contándole su malestar frente a la revuelta:

“Pero no debemos permitir que unos granujas ensucien de rojo nuestra bandera. (...) Estas personas hacen retroceder la idea política que avanzaría sin ellos. Asustan al honrado comerciante que se vuelve feroz por el efecto secundario. Hacen de la república un espantapájaros. (...) Hablemos un poco menos de Robespierre y un poco más de Washington” (Hugo, junio de 1832:18).

Hacia 1840, los movimientos obreros se refugiarían bajo el alero del socialismo, adoptando la idea de crear una sociedad más igualitaria, pero desde 1834, con la creación de la ley que prohibía las asociaciones, la búsqueda del orden mediante el establecimiento de un Estado Policial —conocido también como Estado Gendarme— que recrudecería las represiones aumentaría el descontento de la población contra la Monarquía que ya tenía como base, por cierto, un rechazo tajante hacia la aristocracia desde la Revolución Francesa.

La situación empeoró cuando los intentos de la monarquía y los gobiernos representativos estuvieron orientados a perpetuar a Luis Felipe I en el poder mediante el “patronazgo” o la fidelización de las clases medias hacia su figura. Esto debilitó la oposición que le hacía frente en el Parlamento, así como también la exclusión de algunos partidos a optar a escaños en el poder legislativo. La manipulación de las reglas del sufragio durante su reinado terminó por nutrir protestas populares aún más grandes con el deseo de establecer en el país un sufragio universal y pronto la “amenaza de la anarquía y el comunismo” hacían temblar a los sectores conservadores.

Finalmente, en febrero de 1848, estudiantes y trabajadores comenzaron una protesta en el centro de París que sería fuertemente reprimida. La violencia escalaría rápidamente por parte de ambos grupos hasta que sectores de la misma Guardia Nacional se unirían al movimiento debido al descontento con la gestión del poder ejecutivo, argumentando que éste sólo estaba en favor de la Gran Burguesía. Dos días después el 24 de febrero, París contaba con unas 1.500 barricadas y el temor a que se repitiera una escena similar al asalto al Palacio de Las Tullerías haría que el gobierno provisional titubeara en continuar su administración. Al día siguiente se reconocerían las

demandas populares y el llamado a elecciones a una Asamblea Constituyente cuya elección estaría marcada por la aprobación del sufragio universal. En abril de 1848 votaría el 84% del electorado y con ello se conformaría un gobierno provisional. El 4 de noviembre de 1848 se promulgaría una nueva Constitución que llamaría a elecciones presidenciales en un mes (Price, 1998,154-64).

La candidatura de Luis Napoleón Bonaparte fue apoyada ampliamente por algunos intelectuales. El más destacado fue, sin duda, Victor Hugo. En aquel momento, el señor Hugo era miembro del Senado y su influencia política era importante. Para dar paso a plasmar sus ideas y difundirlas entre la población, creó un diario ese mismo año de 1848, en el mes de julio. Le ayudarían sus hijos, Charles Hugo y François-Victor Hugo, junto a otras importantes figuras del mundo intelectual, como Auguste Vacquerie, Paul Meurice, Alejandro Dumas y Dumas hijo y Champfleury, entre otros. Todos formarían parte del periódico como editores y que — irónicamente— confiarían sus ideales democráticos a un Bonaparte.

Esto último se explicaría porque estos literatos, y por sobre todo Victor Hugo, eran más bien conservadores. Creían en el orden y ponían su confianza en la institucionalidad para llegar a los cambios democráticos que ellos creían necesarios para avanzar como sociedad. En este sentido, podríamos clasificarles como democráticos, porque un apoyo al sufragio universal, a la creación de una educación pública y gratuita, su denuncia a la injusticia social en *Los Miserables*, la defensa a la libertad de prensa o sus ideas contra la pena de muerte son elementos indudablemente liberales. Lo cierto es que su faceta más reformista comienza durante la II República. En 1850 proclamaba en su discurso sobre el proyecto de ley de la educación:

“Ni una comuna sin escuela, ni un pueblo sin colegio, ni una ciudad del condado sin facultad. (Bravos prolongados.) Un vasto conjunto o, mejor dicho, una vasta red de talleres intelectuales, colegios, gimnasios, púlpitos, cátedras, bibliotecas, mezclando su influencia sobre la superficie del país, despertando aptitudes por doquier y calentando vocaciones por doquier; en una palabra, la escalera del conocimiento humano erigida de cerca por la mano del Estado” (Hugo, 1850)

No podemos tachar de Victor Hugo como conservador a raíz de estas líneas, aún a pesar de haberse unido a las filas del Parti de l’Ordre (Partido del Orden), de corte conservador, sino más bien un demócrata o progresista. Otras personalidades contemporáneas siguen un camino similar: Flaubert, por ejemplo, criticará a la sociedad del periodo de la Monarquía de Julio y la II

República en “La educación sentimental”, publicada en 1869. Sus personajes son el retrato del socialismo autoritario (Sénécal y Deslauriers. Éste último revolucionario por interés económico) con los cuales se burla de ello irónicamente, a pesar de que en 1848 participó en la revolución de febrero que depondría a Luis Felipe I.

A raíz de esta evolución en el pensamiento político ¿Existió entonces un cambio de la concepción del quehacer del intelectual? François Dosse dice que “el tiempo clave de cristalización de la figura del intelectual que le planta cara a lo arbitrario del poder se sitúa en el siglo de Las Luces” (Dosse, 2007, 23). Por lo que, en la segunda mitad del siglo XIX ya existía una tradición de la figura del intelectual que hacía política entendiéndola como la relación de poder entre la figura del productor cultural contra la autoridad. El nacimiento del intelectual moderno, que cumple con la característica previamente descrita, nace de la mano de Voltaire y de Rousseau.

### El Siglo de Las Luces en contraste con el Siglo de las Revoluciones

Pero el intelectual que nos disponemos a estudiar en este trabajo tiene una diferencia esencial con respecto al de Las Luces. Su nacimiento proviene de un proceso complejo de democratización del conocimiento, tanto gracias a las perspectivas de igualdad provenientes de la misma Revolución Francesa, como por el desarrollo de las clases medias con leyes como la de escolaridad primaria obligatoria, la aparición e incremento de las bibliotecas públicas o el compromiso estatal por crear un mayor número de escuela públicas y crear una ley de instrucción primaria obligatoria.

Previamente, en el siglo XVIII existían mecanismos de sociabilización en torno al libro, en donde se desenvolvían las ideas y existía un propósito de saltarse las decisiones arbitrarias del poder a la hora censurar algunos títulos. El intelectual era poseedor de bibliotecas privadas, lo que facilitaba en cierto modo el poder evitar dichas barreras y, al mismo tiempo, mejoraba la reputación de los intelectuales entre la sociedad. Estas formas de sociabilización estaban apegadas a las formas de asociación de la aristocracia, por lo tanto, obedecían a los salones de la Alta Sociedad y a la Academia, comprendiendo que, en estos tiempos, la educación estaba regulada por instituciones privadas.

En el siglo XIX, la sociabilización se da a través de los círculos, o grupos de intelectuales que se reunían a leer literatura publicada en los periódicos, pues éstos se publicaban como

folletines en sus páginas; mecanismo que surgió como un pensamiento lucrativo que alcanzó el éxito rápidamente. A raíz de esto, surgió sin dudas un aumento en la demanda de literatura que, como hemos dicho, involucró también a la prensa. No solo aumento de suscripciones a los diarios lo demuestra (véase p. 4), sino también el aumento de la producción de estos. A esto se le suma, según Christophe Charle, debido a que el periodo de la II República (1848-1850) es un año cargado de elecciones. Solo en 1848 hubo cinco sufragios: el 23 de abril ocurrieron las elecciones de la Asamblea Constituyente; el 31 de julio, elecciones municipales; 27 de agosto y 3 de septiembre, elecciones cantonales y finalmente el 10 de diciembre fueron las elecciones presidenciales donde saldría electo Luis Napoleón (Charle, 2004:64).

Todos estos procesos dieron paso a la democratización de la literatura y las artes. Debido a esto, poco a poco la población se fue interesando por los procesos políticos del país, exigiendo también su participación en ellos. Así se generó el perfil del intelectual de la segunda mitad del siglo XIX basado en el pequeño y mediano burgués que pertenecía más bien a la clase media por haber recibido al menos una instrucción primaria surgida a partir de una configuración de un Estado que sería el antecedente de un Estado de bienestar, por lo que lo convierte en un intelectual mucho más conectado con su entorno, con su realidad socioeconómica y los problemas sociales que aquejan tanto a su sector como a los más desposeídos —esto último también se dio debido al auge de los movimientos obreros y las ideologías proletarias—. El intelectual “moderno” que Dosse reconoce en Voltaire, Rousseau o Montesquieu es, en cambio, aristocrático, privilegiado por pertenecer a cierta casta social donde el acceso a la cultura y la educación eran elementos netamente pertenecientes a las esferas más altas de la población y que, incluso, podríamos ligar con el Antiguo Régimen.

Es por esto por lo que diferimos de la noción del intelectual moderno que presenta François Dosse aparecido con el siglo de Las Luces, puesto que se debe crear la categoría del intelectual contemporáneo y otorgarle a los pertenecientes a esta última el crédito necesario por cuanto a que son ellos quienes conformaron la figura del intelectual que realmente le hace frente a lo arbitrario del poder. No cabe dudas de que en Las Luces también ocurrió: el poder estaba necesariamente en manos de La Iglesia y la religión, y Voltaire pensó de forma antagonista a ello, pero no dejaba de tener lazos con el poder: su padre, François Arouet fue consejero del rey y trabajó como tesorero

de la Cámara de Cuentas de París entre 1650 y 1722, por lo que cabe aclarar que enfrentaban al poder desde otra posición de poder.

Los intelectuales que son nuestro objeto de estudio hicieron frente al poder desde posiciones desfavorecidas hasta comprender que debían ser parte del poder para hacer los cambios que creían necesarios. Esto significa que la posición social del productor cultural también se fue diversificando y democratizando. Un ejemplo es la figura de Victor Hugo, que finalmente fue elegido para formar parte de la Asamblea Constituyente de 1848. Esta es, en esencia, el perfil del intelectual contemporáneo y que sigue vigente hasta nuestros días. Viéndolo bajo una perspectiva estrictamente marxista, durante el siglo XIX, los intelectuales adquirieron conciencia de clase y la materializaron difundiendo ideas tanto en prensa como en literatura sobre formas de equilibrar la balanza entre el pueblo y las clases antagónicas, siendo ésta última la alta burguesía.

Estos intelectuales que describimos son, principalmente, literatos, entendiendo el concepto como hombres de letras. Nuestro estudio se basa en estudiar prensa y literatura y, por ello, nos dirigimos a conocidos novelistas cuyas obras representaron un quiebre en la forma en que se hacía literatura. Este cambio de paradigma literario surge con lo que Arnold Hauser denomina Generación de 1830 (Hauser, 1993:5).

### ¿Quiénes componen la generación de 1830?

La generación de 1830 está marcada por dos movimientos literarios que son complementarios, pero difieren en ciertas cosas: el naturalismo y el realismo. En simples palabras, el primero es más voraz que el segundo debido a que se enfoca en hacer una crítica profunda a las injusticias que el autor entiende a través de los personajes, a quienes se les hace un perfil psicológico complejo afectado por el medio, es decir, existe influencia del determinismo, y que nosotros llamaremos determinismo literario. El segundo es más sencillo, puesto que se enfoca en retratar la realidad como se ve, no como se percibe y, por lo tanto, no se busca hacer un análisis profundo de las relaciones entre personajes o su entorno, sino darle a la cotidianeidad la causalidad del pesimismo que rodea al género.

Si bien en la historiografía literaria se admite que el precursor del naturalismo es Émile Zola y surge en la década de 1860, Arnold Hauser comenta en su trabajo “Historia social de la literatura y el arte”, que las bases de tal movimiento surgen con esta generación, siendo claves

en ella Honoré de Balzac y Stendhal: *“Las novelas de Stendhal y Balzac son los primeros libros que tratan de nuestra propia vida, de nuestros propios problemas vitales, de dificultades y conflictos morales desconocidos para las generaciones anteriores”* (Hauser, 1993,6). En definitiva, tal aseveración proviene del hecho de que el realismo, movimiento procurado por Balzac y Stendhal, es la antesala del naturalismo.

En efecto, las primeras novelas que tratan sobre problemas sociales y/o que retratan sin el embellecimiento sentimental típico del romanticismo a los personajes tomando en cuenta la realidad del mundo francés de la época son *“Rojo y Negro”*, de Stendhal, y la serie de novelas que conforman a *“La Comedia Humana”*, de Balzac. Si nos adentramos en el perfil psicológico de Julien Sorel, protagonista de *Rojo y Negro*, tenemos a un personaje ambicioso y orgulloso que busca salir de la miseria de su entorno para ascender en la escala social a como dé lugar. Las formas para lograr su cometido involucran convertirse en maestro de los hijos del alcalde, seducir mujeres e incluso ejercer como criado.

Lo interesante del personaje gestado por Stendhal es que éste intentó plasmarle las características de la pequeña y mediana burguesía de su tiempo: la ambición por ascender en la escala social, marcada siempre por el desarrollo voluptuoso del capitalismo que fue el resultado directo de la Revolución Industrial en la sociedad. Para ello, justifica el actuar de su personaje en un elemento clave de la realidad de su tiempo: lo convierte en admirador y partidario de Napoleón y su carrera político-militar. Aquella característica la relaciona con el color rojo, proveniente de los uniformes militares de la época y que asocia a la ambición de poder de su personaje. Por otro lado, el negro representa la túnica del hábito sacerdotal, elemento que Stendhal asocia como una representación de la riqueza que tenía la clase eclesiástica del Antiguo Régimen, pero que en sus tiempos seguía presente como un elemento de continuidad con respecto al siglo anterior.

La Comedia Humana, por su parte, se gesta con una idea en mente: La sociedad imita a la naturaleza, al comportamiento salvaje de los animales. Es el precedente del determinismo literario que desarrollaría más adelante Zola en *“Thérèse Raquin”*.

## Continuidad y cambio

En resumidas cuentas, para comprender el siglo XIX francés, es importante dar cuenta de elementos de continuidad y cambio que se dieron en las estructuras sociopolíticas y económicas.

Si bien es cierto que este nuevo siglo significó transformaciones importantes en el ámbito cultural —el desarrollo de nuevas corrientes literarias como el romanticismo y, más innovadora aún, el realismo y posterior naturalismo—, en el sistema económico —la consolidación del capitalismo y el ascenso de la burguesía— y en lo político —una ampliación del universo electoral e inestabilidad en el sistema— también existen continuidades en comparación con el siglo predecesor. Muchos elementos del antiguo régimen siguieron vigentes durante este nuevo siglo e incluso se perpetuaron, como la estratificación social en manos de una burguesía dominante que reemplazó a la aristocracia aún a pesar de los ideales de la Revolución, que, si bien se eliminaron los privilegios hereditarios, las desigualdades económicas y sociales persistieron, por lo que los desafíos de cada intento de gobierno en la primera mitad del siglo XIX tuvieron que enfrentar lo que hoy se conoce como cuestión social: problemas que venían arrastrándose hace ya siglos de un sistema monárquico incompetente no obstante el retraso que la Revolución significó para el sistema capitalista (Price, 1998:145).

Entrado el siglo XIX, el sistema político basado en la República estaba ya desacreditado debido a hechos como el Terror y la violencia inusitada que sacudió las calles de París; esto explica el apoyo a Napoleón Bonaparte y la confianza que las clases medias dieron a sus sucesores hasta la Segunda República. Por lo tanto, el siglo XIX se caracterizó por estar en una búsqueda constante de estabilidad (Price, 1998:145) y debido a esto, podríamos considerar, hasta 1871 donde surge la III República —y definitiva—, que los gobiernos fueron, más bien, experimentales.

Cabe destacar también que la Revolución Francesa sentó modelos de levantamientos populares que las revoluciones del siglo XIX replicarían. En este sentido, todos los movimientos subversivos de la época posterior a Napoleón fueron previamente planeados (Hobsbawm, 2015, 119).

Jacques Bainville en “Historia de Francia”, nos comenta que, el tiempo previo a estallar la revolución estuvo lleno de dificultades, desde lo político, en donde Luis XVI porfiadamente restaura el parlamento luego de los conflictos que llevaron a su predecesor a cerrarlo, y que le traería nuevamente conflictos a la corona, motivando el llamado a Estados Generales después de más de un siglo y medio, hasta lo social, por los periodos de hambruna y los crudos inviernos que golpearían fuertemente a las cosechas. En lo cultural, *“Que a esto se agregue el estado de ánimo público, nutrido de utopías por la literatura, y de una sociedad que, de arriba abajo quería*

*cambiar las cosas o aspiraba vagamente a cambiar algo*” (Bainville, 1984:254). Nos hace dar cuenta aún más sobre la importancia de la literatura. Si la literatura pudo “nutrir de utopías” al pueblo francés en el tiempo previo a la revolución, tomando en cuenta posibles ideas esparcidas por Voltaire, por Diderot... ¿Cómo habrá sido entonces en los tiempos previos a la Comuna de París las novelas de Flaubert, de Víctor Hugo, de Zola o de Stendhal?

El siglo XIX tuvo la mayor cantidad de escritores, con la mayor cantidad de novelas difundidas masivamente gracias al desarrollo de la prensa y las novelas publicadas en folletines en periódicos de popularidad flagrante: Journal des Débats, La Presse, Le Siècle, Le Constitutionnel, entre otros, así como también revistas de prestigio, tal como la Revue des deux Mondes, por lo que también debemos tomar en cuenta que estamos entrando en una masificación de la información que al mismo tiempo la divulgaba con una rapidez nunca antes vista. Es decir, estamos entrando en una especie de globalización primitiva.

Ciertamente, hasta la Comuna de París de 1871, los elementos que representaron una continuidad con respecto a los tiempos del antiguo régimen recién comienzan a transformarse radicalmente. El tiempo anterior a la Comuna se puede interpretar bajo la mirada de una sociedad constantemente asediada por las dudas y el miedo que significó la Revolución, pero más aún, a nuestro parecer, el Terror que pregonaron los jacobinos. En lo cultural, tal radicalización se manifestó en el pesimismo de las generaciones literarias que sucedieron el escandaloso periodo revolucionario.

Si bien la Revolución significó el ascenso de un romanticismo en la literatura y un existencialismo que se plasmaba en las obras de tal corriente literaria, el auge de la generación de 1830 significaría todo lo contrario: la búsqueda de plasmar realmente los hechos, los problemas de una sociedad asustada y amenazada por el radicalismo político. Stendhal y Balzac retratan en sus obras tales angustias y, Arnold Hauser en 1994 los consideraba pioneros, dando las directrices a toda una generación de literatos. Esto proviene de la desesperación que rodeó a la sociedad con la cuestión social como protagonista. El auge económico que tuvo Francia a finales de 1830 gracias a la llegada de la Revolución Industrial pronto trajo un retroceso que, junto con una seguidilla de malas cosechas —el país, fuertemente centralizado, seguía sumido en un modelo económico profundamente agrario fuera de París— agravó la situación de las clases más desprotegidas.

Este contexto es el que finalmente nutre a la literatura y le da un carácter único, nunca visto antes y que nos dispondremos a analizar desde los mismos escritores a través de las ideas políticas que plasmaron en la prensa y, al mismo tiempo, en sus obras.

## **II. La estrecha relación entre literatura y periodismo**

En la primera mitad del siglo XIX, la literatura no sólo estaba imbuida del sentimiento romántico a florado posteriormente a la Revolución Francesa, sino también, de alguna forma u otra, con el mercantilismo y las industrias provenientes de la Revolución Industrial producida en el país vecino, al punto de convertir la actividad literaria en un negocio rentable del cual nacerían talleres dedicados a la producción literaria en masa, y publicada bajo el nombre de un autor determinado, aun existiendo un equipo de trabajo detrás.

Emile de Girardin tuvo la idea de comenzar a publicar un periódico cuya aparición cambió el paradigma de la prensa. No sólo innovaba al reducir a la mitad el precio de su informativo haciendo esto posible gracias a la puesta en sus hojas de anunciantes, sino que publicó trozos de novelas, cuya publicación se diera en conjunto con éste, y con la misma periodicidad. Para ello, existía un convenio con el escritor que lo ligaba a escribir cada semana un capítulo de una obra para ser publicado exclusivamente en éste y recibiendo un salario predeterminado. Así nació en 1836, *La Presse*. La ocurrencia fue una brillantez. En poco tiempo, el éxito de su diario fue en notable aumento, al mismo tiempo que la carrera de los escritores que publicaban en él. Según cifras estimadas por Arnold Hauser, la cifra de personas suscritas a la prensa aumentó de 70.000 en 1836, a 200.000 en 1846 (Hauser, 1993:20).

Esto es la evidencia de cómo la industrialización afectó también al plano cultural. Muy pronto, otros periódicos surgieron con la misma idea: *El Siècle*, fundado por Armand Dutacq también en 1836 —y que, según algunos, es la mente detrás de la idea de las novelas en folletines o *El Constitutionnel*— (Hauser, 1993:20), que, a pesar de haber sido fundado en 1819, copiaría la idea en la misma década. Así se dio origen a la creación de talleres, cuyos empleados estuvieran dedicados por completo a la elaboración de capítulos de novelas. Sainte-Beuve denominó a esto “Literatura Industrial”, en un análisis que realizó solo tres años después del nacimiento de *La Presse*, y que explica como un desorden; un desplome de las ideas morales y políticas (Sainte-Beuve, 1839); porque, por supuesto, el éxito de ventas de los periódicos se ligaba a los folletines de novelas, y para seguir captando la atención de los lectores, la literatura debía obedecer a un patrón de consumo ligado a un género literario. Es decir, el tipo de novelas que más causaba furor en el público: la novela fantástica. Esto convirtió al romanticismo característico de la literatura de

inicios de siglo XIX en un movimiento comercial. Con ello también se popularizó un recurso narrativo: el cliffhanger, que corresponde a escribir dejando un final abierto, en suspenso. Los autores lo utilizaron frecuentemente para incentivar a los lectores a comprar la edición próxima del diario.

### ¿Literatura Industrial o falta de conciencia política?

Sainte-Beuve fue tajante contra este tipo de literatura. Más que nada porque fue consciente de que esta forma de divulgar la literatura ocasionaba a una competencia entre escritores protagonizada por el capitalismo en vez del “desarrollo de la pluma” y porque, a pesar de que los procesos sociopolíticos que se vivían en la Francia de primera mitad del siglo XIX eran de suma importancia, la prensa se masificaba no por un asunto de interés de los consumidores a conocer el contexto político, sino más bien por obras literarias y artículos de prensa netamente comerciales y que iban en detrimento tanto del conocimiento como de la expresión artística. Las personas se habituaban a un tipo de prensa rosa y novelas ligeras, no a la culturización. Esto lo deja entrever en las siguientes líneas:

*“Durante la Restauración, sin duda se escribía mucho y, de todas formas. Junto a algunos verdaderos monumentos, se producía una multitud de obras más o menos secundarias, especialmente políticas e históricas. La imaginación apenas despertaba en los talentos de élite. A esta cantidad de escritos circunstanciales y de combate, una idea moral, una apariencia de patriotismo, una bandera, conferían cierta nobleza y ocultaban ante los ojos del público, de los propios autores y compiladores, el motivo más secreto. Desde la Restauración y en el momento en que se derrumbó, estas ideas morales y políticas se desplomaron repentinamente en la mayoría; la bandera dejó de ondear sobre una carga de obras que honraba y cubría, como se dice, la mercancía. La gran masa de la literatura, todo ese fondo libre y fluctuante que se designa un tanto vagamente con ese nombre, ya no sentía en su interior ni acusaba en el exterior más que los motivos reales, a saber, una desenfrenada rivalidad de vanidades y una urgente necesidad de subsistir: la literatura industrial se ha desenmascarado cada vez más”*  
(Sainte-Beuve, 1839: 676).

Sainte-Beuve destacaba que, con anterioridad a la aparición de los folletines, la literatura que se escribía era “surtout politiques, historiques” (sobre todo política, histórica). Es decir, tal

como Voltaire hacía alusión a que los intelectuales anteriores a los de su tiempo eran moralmente superiores y con mayor amplitud de visión, Sainte-Beuve también criticaba a los de su tiempo, creyendo que sus antecesores tenían un sentido patriótico que no dudaban en plasmar en sus obras. Estamos ante un intelectual que da a entender que, post Revolución Francesa, y hasta el periodo de la Restauración, la literatura era esencialmente política y rupturista en cierto modo.

Ahora bien, analizando el pensamiento de Sainte-Beuve podríamos llegar a pensar que la producción literaria esencialmente política está directamente relacionada con los periodos coyunturales y que durante los periodos monárquicos esto no es tan así debido a que dicho sistema controla la producción literaria a través de la censura para no difundir ideologías ni pensamiento crítico. Es decir, la politización durante estos periodos coyunturales convierte a la sociedad en un producto de su propia militancia y se refleja en lo que se escribe, y que, durante los regímenes monárquicos, tal politización es más complicada que se produzca a través de la literatura. Sin embargo, pensar esto nos llevaría a negar la producción intelectual durante el siglo de Las Luces, ya que, en el siglo XVIII, el Estado francés estaba bajo un régimen monárquico, siendo que, durante este periodo, Europa se afrancesó (Réau, 1961), pero, ¿no fueron las grandes obras de Voltaire escritas en el periodo coyuntural que significó la muerte de Luis XIV y el desarrollo del despotismo ilustrado, y las de Rousseau en la Guerra de los Siete Años y el crecimiento del descontento social que darían paso a la Revolución?

Asimismo, la Ilustración como tal es un periodo coyuntural: significó la caída del sistema monárquico a tal escala que, popularmente se le comenzó a llamar Antiguo Régimen. Esto significa que se comenzó a ver como un sistema retrógrado, algo del pasado. Los intelectuales de esa época cuestionaron el sentido del monarca y su posición en la escala social, así como también el de la Iglesia, y pusieron sobre la mesa la idea de la igualdad del hombre. Por lo tanto, claro que la literatura se vuelve esencialmente política a raíz de quiebres sociopolíticos que dan paso a cambios de estructuras que están profundamente arraigadas en la sociedad. Y esto son las coyunturas.

Tales preguntas se deben plantear y cuestionarlas para dar a nuestra mirada una mayor perspectiva apuntando hacia lo que implicó la producción literaria durante los convulsos procesos que atravesó Francia en la primera mitad del siglo XIX: Un sistema político inestable, que degeneró en diversas autocracias e intentos de los diferentes estamentos por alcanzar una concordancia en el poder político. Porque si el movimiento romanticista implicó en la literatura un

cuestionamiento del ser desde su estructura interna hasta toda su amplitud, los movimientos literarios que se originarían más adelante cuestionarían el sistema bajo el que la sociedad francesa se erigía en su propia amplitud. Pasamos del individualismo a una idea de colectivismo: la vida en sociedad.

Es evidente que para Sainte-Beuve, en su época, existió un retroceso en este último sentido al masificarse las novelas por folletines, aunque también podríamos decir que tal visión es más bien elitista. Si las novelas por folletines, que contenían casi en su totalidad el género de aventuras y acción, se masificaron, fue por su facilidad a la hora de digerirlas. No todo el mundo tenía acceso a una comprensión de una literatura que cuestionaba los paradigmas sociales. Se podría decir que Émile Zola fue víctima de aquello con las críticas negativas que recibió por su novela *Thérèse Raquin*.

Aun así, el éxito por el que el formato de publicación de las novelas por folletines se debe entender no sólo como un triunfo literario, sino también como un triunfo estatal debido a su compromiso para con la educación pública, pues nos arroja, a su vez, índices del aumento del alfabetismo y del interés por la literatura en la población. Creemos que el triunfo de las novelas por folletines es también un triunfo político.

### Literatura y periodismo, nunca uno sin el otro

La relación entre literatura y periodismo se agudiza también por el mismo efecto del desarrollo de la literatura industrial. El surgimiento de los talleres literarios donde una multitud trabajaba escribiendo bajo la firma de un escritor importante implicó también el interés de los jóvenes por la redacción y la aspiración de éstos por formar parte de un equipo editorial o publicar novelas bajo su propio nombre.

De hecho, los periódicos de la época que replicaron el modelo de *La Presse* —esto es, disminuir el costo de suscripción al incluir publicidad y publicar novelas en folletines— hizo que las aspiraciones de la juventud estuvieran puestas en desarrollar una carrera literaria y, para ello, la puerta de entrada era o la redacción de artículos periodísticos o trabajar para un novelista de renombre. ¿Hubiéramos tenido un, un Stendhal, un Paul Verlaine o un Flaubert sin esta masificación? Al mismo tiempo, la consolidación de las carreras de estas primeras generaciones de escritores dio paso a que éstos pusieran su semilla en generaciones posteriores: probablemente

Sin Verlaine no hubiésemos tenido un Rimbaud, sin Stendhal no hubiésemos tenido un Zola y sin Flaubert no hubiésemos tenido siquiera un Jean-Paul Sartre.

De la misma forma, grandes literatos estaban vinculados al mundo periodístico. Tanto Balzac como Stendhal, o Maupassant y Victor Hugo fueron literatos de renombre, cuya fama labraron gracias a las novelas por folletines y que, al mismo tiempo, cumplían labores de redacción de artículos periodísticos. Victor Hugo, por ejemplo, fundó su propio periódico, *L'Événement*, en 1848, con el fin de apoyar la candidatura de Napoleón III. La influencia política de Victor Hugo se dejaba decantar entre sus páginas. Entre sus colaboradores estaban también sus hijos y destacados personajes del mundo literario y dramático: Alejandro Dumas (padre e hijo), Auguste Vacquerie, Gerard de Nerval, Alphonse Karr y Paul Meurice, entre otros. Para entonces, Victor Hugo ya había desarrollado una carrera política, a lo menos, interesante. Para 1850 ya había pronunciado varios discursos, entre los que destacan la defensa de la educación primaria obligatoria, que para él debía estar “donné et réglé par l'État” (Hugo, 1850) (dada y pagada por el Estado) y otro sobre la libertad de prensa, cuyo detonante fue la discusión de un proyecto de decreto que proponía dar facilidades al poder ejecutivo y judicial para censurar periódicos durante un posible estado de sitio. En un contexto donde las revueltas eran comunes, el estado de sitio era una herramienta usada seguidamente para sofocar movimientos de subversivos. Para tales medidas, su postura era tajante:

“Suspende los periódicos, suspenderlos por la autoridad directa, arbitraria, violenta del poder ejecutivo, eso se llamó golpes de estado bajo la monarquía, no puede haber cambiado de nombre bajo la República” (Hugo, 1848)

La historia de *L'Événement* es corta y convulsa. Su nacimiento surgió como una forma de “reemplazar” momentáneamente o tomar en cuenta las funciones que tenía el diario *La Presse* en la sociedad parisina de la época, ya que este último fue suspendido tras el golpe de Estado de 1848, y como un medio para apoyar la candidatura de Luis Napoleón en las elecciones de diciembre de ese año, proclamando así la II República.

Con el tiempo, el mandato de Luis Napoleón adoptaría un corte conservador y autoritario. Incluso derogaría la ley del voto universal para convertirlo nuevamente en un voto censitario. Ante esta traición a la democracia, el periódico se radicalizaría en contra de la figura de Luis Napoleón.

L'Événement sobrevivió hasta 1851 a la censura que el autoritarismo intentaría aplicar, y, aunque sus editores también estuvieron libres de la ley por un tiempo, acumulando un buen número de juicios, terminó con ellos encarcelados. Ese mismo año ocurre el autogolpe que Luis Napoleón gestó para perpetuarse en el poder y proclamarse Napoleón III, emperador de los franceses. La postura detractora de Victor Hugo le obligaría a autoexiliarse a Bélgica para evitar consecuencias mayores.

En suma, L'Événement siguió de cerca la evolución política de Victor Hugo, cuyo pensamiento y publicaciones eran objeto de burlas para sus detractores que no se molestaban en hacerle mofas públicas. Uno de los ejemplos más populares es la caricatura que le dedicó Honoré Daumier, en 1848, en donde se puede ver al autor de Los Miserables junto a Émile de Girardin alzando en una plataforma tambaleante a Luis Napoleón.

Su significado es evidente: entre los dos intentan hacer algo que parecía complejo de lograr para la elite parisina, puesto que la popularidad de Louis-Eugène Cavaignac para las elecciones presidenciales en 1848 se debía a sus méritos como orquestador de las represiones a las sublevaciones campesinas. Sin embargo, entre el pueblo campesino, siendo la gran mayoría, el apellido Napoleón tenía peso. Daumier no tuvo en cuenta el peso del apellido a la hora de crear su caricatura.

Así, desde la segunda mitad del siglo XIX aproximadamente, la relación entre el periodismo y la literatura se fue estrechando cada vez más, pero ahora se debe tomar en cuenta que los procesos políticos en Francia motivaron el desarrollo de la prensa, la cual fue gestada, en gran parte, gracias a los literatos, o, más bien, a los intelectuales como tal. Por supuesto, Victor Hugo y su grupo cercano no fueron los únicos que se inmiscuyeron en los asuntos de la prensa. Todos los literatos más destacados de la segunda mitad del siglo XIX lo hicieron. Émile Zola, por ejemplo, enviaría seguidamente cartas a Le Sémaphore, periódico marsellés, para mantener a la región informada sobre los hechos de La Comuna de París de 1871. Más tarde, en 1885, publicaría por entregas en el "Gil Blas", su novela, "Germinal", un drama de mineros que retrataba la cuestión social en cuanto a la precariedad de las condiciones laborales del rubro.



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Figura 1: Caricatura de Honoré de Daumier (1848) Su leyenda reza "El señor Victor Hugo y Emile de Girardin intentan ensalzar al príncipe Louis en un pedestal, ¡pero no es muy sólido!" Fuente: Gallica.

El Gil Blas, fundado por Augustin-Alexandre Dumont en 1879, fue uno de los periódicos parisinos más notables en el área literaria, debido a que colaboraron y publicaron sus novelas numerosos intelectuales destacados en el área artística, además de Zola. Ese año se publicó un afiche promocional del diario: una ilustración de lo que aparentemente es una especie de mosquetero —o similar— con una pluma y una hoja de papel que alude al diario. En la parte inferior figura en grande el nombre del director, A. Dumont, y, justo debajo, podemos ver a algunos de los colaboradores del periódico. Entre ellos, los más notables son Théodore de Bainville, poeta y dramaturgo precursor del parnasianismo y cercano a Rimbaud y a Baudelaire (de hecho, editaría la tercera edición de *Las Flores del Mal*); Louis Ulbach, quien comenzó su carrera literaria por sugerencia de Victor Hugo. Fue uno de los críticos más duros de Zola y su novela *Thérèse Raquin*; Alphonse Daudet, autor de *Las aventuras prodigiosas de Tartarin de Tarascon* (*Les aventures prodigieuses de Tartarin de Tarascon*) y Paul Armand Sylvestre.

# GIL-BLAS

## JOURNAL QUOTIDIEN

*Littéraire · Politique*

SPORT · FINANCES & ^

**10**  
*Boul. des Capucines*  
**PARIS**

### ABONNEMENTS

**PARIS**  
Un Mois 5<sup>f</sup> - 3 Mois 13<sup>f</sup>  
Un An 50<sup>f</sup>

**DÉPARTEMENTS**  
Un Mois 6<sup>f</sup> - 3 Mois 16<sup>f</sup>  
Un An 60<sup>f</sup>

**UN NUMÉRO**  
15<sup>c</sup> à Paris  
20<sup>c</sup> dans les Départem<sup>nts</sup>

Le Journal est adressé à l'essai  
à qui le demande par Carte Postale

CHEZ TOUS LES LIBRAIRES & RECEVEURS DES POSTES

ON S'ABONNE

**DIRECTEUR: A. DUMONT**

**COLLABORATEURS**  
PHILIBERT AUDEBRAND, ALPHONSE DAUDET, PIERRE ELZÉAR, GALA, PAUL GINISTY, JULES GUÉRIN  
EUGÈNE HUBERT, JEAN ALBIOT, P. DE KATOW, LOUIS LEROY, D<sup>r</sup> MAGNUS, JULES DE MARTHOLD, C. MONDON, D<sup>r</sup> E. MONIN  
EM<sup>e</sup> ROCHARD, QUATRELLES, LOUIS ULBACH, ARM<sup>e</sup> SYLVESTRE, CHR<sup>AN</sup> DE TROGOFF, VRIGNAULT, DENÉCHEAU, DE BANVILLE, BERTALL, ETC

IMP. EMILE LEVY, RUE DE LA JUSSIEUNE, 13, PARIS

Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

Figura 2: Afiche promocional del Gil Blas donde se puede ver la firma de varios de sus colaboradores, todos ligados al mundo artístico. Fuente: Gallica

# LA PRESSE

DIRECTEUR POLITIQUE

**5<sup>C.</sup>** le numéro **GEORGES LAGUERRE** **5<sup>C.</sup>** le numéro

Membre du Comité Republicain National

**LA PRESSE**  
organe du  
*Parti Republicain National*  
défend la  
politique  
du  
**GENERAL BOULANGER**



**LIRE**  
tous  
les jours dans  
**LA PRESSE**  
nos  
*Renseignements*  
très complets  
sur  
**L'EXPOSITION**  
**LA PRESSE**  
*publie*

## LES TRIPOTEURS

PAR **JULES DE GASTYNE**

**PRINCIPAUX COLLABORATEURS**

Rédacteurs Politiques : **ALFRED NAQUET**, Sénateur  
**LAISANT, FRANCIS LAUR, GASTON LAPORTE**, Députés.  
*Membres du Comité Republicain National*

**MERMEIX, LAUZE, MASSARD, CRIÉ.**

Rédacteurs Littéraires : **ÉMILE ZOLA, ALPHONSE DAUDET**  
**JEAN RICHEPIN, PAUL BOURGET**  
**JOSEPH GAYDA, BARRÉS, CHEVASSU**

**5** Cent. **LE NUMERO** Cent. **5**

Paris — Imprimerie des Arts et Manufactures, 11, rue Paul-Lelong, M. Barnagaud.

Figura 3: Portada de La Presse de 1889. Como principales colaboradores aparecen figuras del mundo político francés, senadores, diputados y miembros del Comité Republicano Nacional. Abajo, en los redactores literarios, vemos a Émile Zola y Alphonse Daudet. Fuente: Gallica

Todos estos colaboradores que figuran en el afiche se dedicaron no sólo a la producción literaria, sino también teatral. Algunos son también pintores o caricaturistas, otros se dedicaron exclusivamente a la crítica literaria. La cantidad de nombres que aparecen y el “ETC” del final nos da un indicio de la cantidad de personas que colaboraban en un solo periódico. La situación se repetiría a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX: escritores y personalidades importantes del mundo político colaborarían continuamente en la prensa (Véase Figura 2).

Esto demuestra la importancia de ésta no tan solo como medio de comunicación, sino más bien como difusor de ideas. En la Figura 3, que corresponde a una portada de *La Presse* de 1889, podemos ver como principales colaboradores a miembros del mundo político: Alfred Naquet fue un senador de la extrema izquierda y, a su vez, fue un químico destacado. Gaston Laporte fue un diputado de la izquierda radical. Sólo con estos dos nombres podemos tener una idea de la inclinación política del periódico. Émile Zola también aparece como colaborador literario, por lo que también podemos sacar una conclusión sobre su afinidad política.

Así es como el panorama político se dejaba entrever fácilmente en la prensa. Si participaban miembros de la política en un periódico, no era muy difícil concluir su inclinación. El hecho de que literatos participaran en tal periódico, entonces, nos decía implícitamente la afinidad del intelectual y las ideas que defendía. Por lo tanto, podemos sacar las siguientes conclusiones:

1. La prensa estuvo muy involucrada con los asuntos políticos durante la II República y hasta finales del siglo XIX, por ello podemos encontrar a políticos como colaboradores de algunos diarios.

2. La transformación de la prensa desde la década de 1830 en la cual se comienza a publicar literatura como folletines es la responsable de vincular a literatos con la política por el hecho de que éstos publicaban sus novelas en diarios con los que sentían una afinidad política y, en casos más “extremos”, publicaban artículos de tal temática, alejándose de su quehacer literario, pero vinculando su postura como productores culturales al contexto sociopolítico.

3. El hecho de vincular su posición de productores culturales al contexto sociopolítico nos demuestra que la tarea del intelectual en el siglo XIX no estaba limitada al mundo de las artes, sino que, como dijo François Dosse es *“Esta conjunción entre la popularidad conquistada por una*

*escritura inspirada y un compromiso político es, antes del caso Dreyfus, la referencia matricial para la definición del intelectual moderno” (Dosse, 2007:27).*

El siglo XIX, desde la segunda mitad en adelante, es la consagración del literato como artista y pensador político, pero esto no se puede entender sin tener en cuenta los puntos álgidos del contexto histórico francés y la diversificación y evolución de la prensa: “El medio intelectual evoluciona muy claramente de acuerdo con las mutaciones sociales de cada época” (Dosse, 2007, 28).

### **III. L'Événement (1848-1851): Literatura como asociación fraterna, literatura como asociación política**

El 1 de agosto de 1848, el diario parisino L'Événement, en su sección Bulletin Parlementaire, publicaba información sobre una propuesta aprobada por unanimidad por el Comité del Interior, hecha por el sr. Victor Hugo, que tenía por objetivo solicitar al Ministerio del Interior destinar la suma de 25.000 francos de los fondos utilizados para el apoyo de las letras y las artes, a cinco asociaciones literarias existentes en París. Tales asociaciones se harían responsable de la distribución de dicha suma (L'Événement, 1848: 2). La idea era dejar que las asociaciones se encargaran del apoyo a las artes y las letras a partir de las propias asociaciones artísticas, en vez de dejar tal ayuda únicamente en las manos de la administración.

Esta propuesta nacida por Victor Hugo y tan bien recibida por los parlamentarios tiene su sustento en la fraternidad existente entre los artistas parisinos de la época. Tal propuesta anunciaba apoyo monetario a toda esta comunidad de artistas hacia sus fondos de previsión, pues sería una ayuda monetaria otorgada por el Estado a modo de caridad. Los fondos de previsión entre las asociaciones literarias ya existían. Todo esto se da a entender en el mismo artículo:

*“El Sr. Victor Hugo desarrolló detalladamente la difícil situación de los escritores y artistas, lo cual despertó un gran interés en el comité. Ante estas conmovedoras dificultades, resaltó la importancia de las asociaciones que abarcan a toda la comunidad de escritores y artistas, las cuales han establecido fondos de previsión y asistencia con el objetivo de brindar ayuda solidaria” (L'Événement, 1848:2)*

Pero lo que propone Victor Hugo es institucionalizar dichos fondos; que tengan un apoyo estatal. De esta forma podemos entender que las asociaciones cumplían un rol fundamental en apoyar al artista, tanto a la hora de consolidar su carrera como a enfrentar situaciones de dificultad económica. Tal hermandad entre asociaciones se venía dando hace ya varios años, pues estas asociaciones, según describe el mismo artículo, *“eran como repúblicas que existían antes de la República misma y contaban con una amplia experiencia en la caridad fraterna y poseían información antigua y útil sobre cada artista y escritor” (L'Événement, 1848:2)*. Y tomando en cuenta que la República francesa fue proclamada en 1792 con la creación de la Asamblea Nacional,

estaríamos hablando de al menos medio siglo de asistencia fraterna entre los artistas a través de organizaciones de sociabilidad.

Para ello debemos remontarnos a las formas de asociación y sociabilidad y los cambios que estas estructuras tuvieron desde la Revolución Francesa en adelante. Aunque sucede que no se mencionan las asociaciones literarias a las que se hace referencia, resulta obvio que estas asociaciones son, en realidad, los círculos que se desarrollaron desde inicios del siglo XIX y que fueron al mismo tiempo y de cierta forma, tanto el símil como el reemplazo de la sociabilidad que la aristocracia practicaba en los salones. Ahondar en ellos se hace necesario para comprender el alcance de esta organización sociopolítica y la base de su fraternidad.

Maurice Agulhon publicaba en 1977 su obra “Le cercle dans la France bourgeoise. 1810-1848<sup>1</sup>”, un estudio que se proponía trazar las formas de sociabilidad de la burguesía durante la primera mitad del siglo XIX, proponiendo que estos círculos fueron la forma típica de tal interacción. Para Agulhon, círculo, es el equivalente al “club” inglés y, *“se trata (...) de una asociación de hombres organizados para practicar juntos una actividad desinteresada (no lucrativa) o incluso para vivir juntos la no actividad o el ocio”* (Agulhon, 2009:47). Estos hombres que conformaban los círculos en donde se sociabilizaba eran pertenecientes a la burguesía de la época, pero hay que tener cierto cuidado para esta clasificación, pues, se hace referencia a la burguesía que pertenece a la clase media, diferenciada de la aristocracia y de las clases populares; de los primeros, por no pertenecer, bajo ninguna circunstancia, a las elites, de los segundos por no estar vinculados al trabajo manual y estar beneficiados con el acceso a la cultura, causa directa del aumento de la escolarización en la primera mitad del siglo XIX. Todo esto antes de que surgiera la Gran Burguesía como la clase dominante del sistema político-económico con el aumento y desarrollo de la industrialización.

En este sentido, debemos volver a tomar en cuenta el análisis del historiador Maurice Agulhon por cuanto identifica a los círculos como la forma típica de sociabilidad de la burguesía durante la primera mitad del siglo XIX, y que identifica un sistema de sociabilidad tripartito, dándole identidad a las tres grandes clases sociales. Mientras la aristocracia se reunía en los salones

---

<sup>1</sup> (Agulhon, 2009) La obra citada en esta tesis corresponde a la primera edición en español, a cargo de la Dra. Pilar González Bernaldo y traducida por Margarita Polo en 2009.

a realizar una lectura de libros, beber finos licores y, en ocasiones, organizar bailes elegantes, la burguesía, es decir, la clase media, se reunía en los círculos en torno a cafés y casas particulares a hacer actividades de sociabilidad de “orden inferior” como leer periódicos y jugar naipes, billar o dominó. Se denominó “orden inferior” debido a que, en la realidad, sólo la aristocracia tenía acceso a la compra de libros como tal debido a sus altos costos de producción. La masificación de los libros aún no se daba a gran escala. Para las clases medias y populares la opción para acceder a la literatura era la lectura de los folletines publicados en los diarios de la época, donde las novelas — como ya se ha dicho— se publicaban por partes o, en algunos casos, las bibliotecas públicas que recién comenzaban a expandirse.

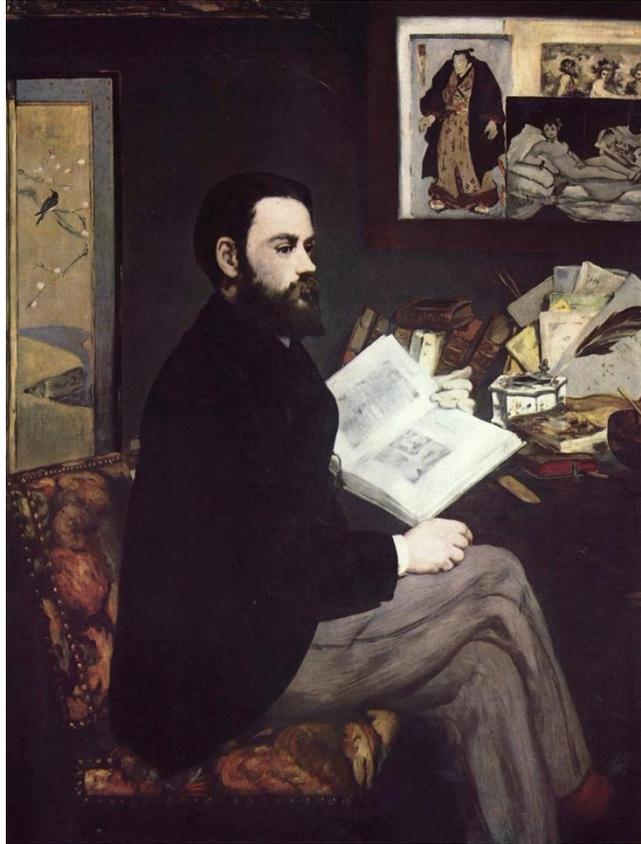
Más abajo teníamos a los sectores populares, cuya sociabilidad no se trataba de actividades culturales, sino a beber vinos en cantinas y cabarés. Esto puesto que, para Agulhon, *“los estados de la sociabilidad no remitían solo a niveles sociales, sino también a niveles culturales”* (Agulhon, 2009:144). El acceso a la cultura era directamente proporcional al poderío económico. Entonces, resulta claro que, para los burgueses, cuya posición cultural se había conseguido con el esfuerzo del desarrollo estatal a través del violento entierro del Antiguo Régimen e instauración de los ideales liberales del siglo XIX, las reuniones realizadas a través del intercambio cultural en actividades sociales tenían, por supuesto, un componente de ayuda mutua expresado, primeramente, en el intercambio cultural y expresión de ideas. Por esto mismo es que de estos círculos salieron representantes en la Asamblea Constituyente de 1848, siendo Tocqueville y Victor Hugo, dos ejemplos.

Ahora bien, esta fraternidad se daba en el campo intelectual en general, no sólo en el ámbito literario. Esto porque nos resulta evidente con el hecho de que el periódico haya detallado que se proponía una suma de dinero destinada hacia “las asociaciones que abarcan a toda la comunidad de escritores y artistas, las cuales han establecido fondos de previsión y asistencia con el objetivo de brindar ayuda solidaria”, y porque existía una solidaridad que se prestaba no sólo para ayudas económicas, sino para apoyo transversal en la obra de los artistas. Un ejemplo en que se refleja esta fraternidad entre intelectuales, transversal al campo literario y que analizaremos para demostrar este punto, corresponde a un retrato de Émile Zola pintado en 1968 por Édouard Manet como una forma de agradecimiento hacia el escritor.

La crítica oficial rechazaba la obra de Manet debido a que éste, pintor impresionista, rompía con los cánones de la belleza de la academia de bellas artes de su época. El realismo era la tendencia que dominaba la pintura y a lo que se aspiraba como parte de la realización del artista. El impresionismo, por su lado, era rechazado por su estética alejada de la precisión, dominada por trazos indefinidos e imprecisos, así como también por la yuxtaposición de colores puros, entre otras razones ligadas a la composición y captación de la luz. El mismo origen del término “impresionismo” surge como una forma despectiva de calificar a las obras de estos artistas a raíz de un cuadro de Claude Monet titulado *Impresión, sol naciente*. Émile Zola, sin embargo, se interesó por aquellos artistas rechazados por la academia y las formas de rescatar sus obras era a través de la publicación de críticas y reseñas de tales en las revistas y periódicos en los que participaba. Émile Zola escribiría un artículo apoyando la obra de Manet en 1866 en la *Revue du XIXe siècle*, y que un año después publicaría como un folleto aparte.

“Es necesario ver en mi obra sólo el simple análisis de una personalidad vigorosa y original, a quien la simpatía me hizo amar instintivamente” (Zola, 1867:6), escribía Zola en su prefacio hacia la edición en folletín de su estudio crítico sobre Manet. Así, por el resto del artículo, no hace sino elogiar el trabajo del pintor hasta rayar la idolatría, pues, se vuelve cuidadoso a la hora de juzgarlo argumentando la juventud de su vida y de su desarrollo artístico, defendiéndolo así de las críticas que le atacaban por su falta de técnica y mediocridad:

“No me atrevería a juzgarlo de manera absoluta en los treinta o cuarenta lienzos suyos que me han permitido ver y apreciar. Aquí, no hay un conjunto de bordes; el pintor está en esa edad febril en que se desarrolla y crece el talento; probablemente sólo ha revelado hasta ahora un rincón de su personalidad...” (Zola, 1867:9)



*Figura 4: Retrato de Émile Zola hecho por Édouard Manet en 1868. En su escritorio, detrás de la pluma, Manet pintó el folleto en el que Zola defiende al artista, publicado independiente a la Revue du XIXe siècle en 1867 junto a otros cuadros del mismo Manet, coincidentemente, los más polémicos.*

*Fuente: Gallica*

Zola daba una explicación contundente a las críticas hacia Manet, demostrando que, en realidad, lo que perturbaba a los críticos y a la academia era que Manet se salía de los cánones de esta institución. Por supuesto que Manet intentó orientar su pintura al realismo, el lienzo que le regala a Zola es una prueba. Podemos ver en la Figura 3 un claro elemento realista por cuanto a pintar con fidelidad el retrato de su —ahora— amigo que le brindó apoyo y le tendió una mano, pintando detalladamente su semblante con todas sus facciones, así como el entorno en el que el escritor posa para él, pero su obra “Olympia”, que podemos ver reproducida en el mismo retrato de Zola (aquella obra de una mujer recostada desnuda en la esquina superior derecha), ya rompía los cánones de la Escuela de Bellas Artes debido a la falta de precisión en las proporciones, en usar paletas de colores pálidas y una técnica poco definida. La presentación de tal obra en el Salón de

1865 causó un escándalo que promovió la defensa del artista por parte de Zola, sobre la cual estamos hablando y, por ello, el pintor la reproduce como parte de la oficina del escritor.

Estamos, entonces, en efecto, ante una fraternidad entre artistas inspirada por la defensa del “más débil”, o en su defecto, por aquel cuya carrera no estaba consolidada o no se terminaba de consolidar por altercados con la crítica y la opinión pública. Por eso, de los párrafos más contundentes escritos por Zola en su reseña crítica de Manet, se podría considerar la siguiente:

“Un joven pintor obedeció muy ingenuamente a tendencias personales de vista y entendimiento; comenzó a pintar fuera de las reglas sagradas enseñadas en las escuelas; produjo así obras particulares, de sabor amargo y fuerte, que hieren los ojos de gente acostumbrada a otros aspectos. Y ahora la gente, sin tratar de explicar por qué le dolían los ojos, insultaba al joven pintor, insultaba su buena fe y su talento, lo convertía en una especie de títere grotesco sacando la lengua para divertir a los espectadores”. (Zola, 1867:10)

Es evidente, y siempre será lógico, que los cambios que un país atraviesa tras una coyuntura implican un cambio de estructura en todos los ámbitos sociales. Francia atravesó desde la Revolución Francesa hasta comienzos de la segunda mitad del siglo XIX una ruptura que no sólo significó una transformación en su sistema político o en sus estructuras de clases, sino también en los comportamientos sociales que se trasladaron hasta el ámbito artístico-cultural. La idea de que existieran pintores que rompieran con la idea —hasta el momento irrompible— del arte y cómo debe ser concebido desencadenó movimientos vanguardistas. Sólo en el caso francés de la época tenemos: en la literatura, el ya estudiado Émile Zola, Balzac, Stendhal o Flaubert; en la poesía, Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud o Paul Verlaine, en la música, Debussy o Erik Satie; en la pintura, Monet, Manet y toda la camada impresionista.

Tales vanguardias, nacidas como una crítica misma a un sistema, se esparcirían por toda Europa hasta consolidarlas como un movimiento que perduraría hasta bien entrado el siglo siguiente. Fuera de Francia podemos nombrar, en el mismo orden de ramas artísticas a James Joyce, Franz Kafka, Virginia Woolf, los escritores eslavos: Tolstói, Dostoievski; Stravinsky, Schoenberg; Van Gogh o Mondrian.

Considerando entonces a los círculos y su complejidad estructural en cuanto a permitir instancias de sociabilización entre artistas, su rol fundamental en la difusión de ideas vanguardistas y su papel en la consolidación de artistas y movimientos artísticos, debemos volver a la primera fuente citada, con respecto a la idea de Victor Hugo de institucionalizar una ayuda monetaria a las asociaciones literarias para considerarla como una forma de oficializar la difusión de ideas y la cultura. Tomando esto en cuenta, Francia, entonces, no deja de ser “El Faro del Mundo” tras la Revolución, pues implica un compromiso institucional aún más hondo con la intelectualidad. Una diferencia con respecto al Siglo de las Luces podría ser que, ahora, las clases dominantes en cuanto al mundo intelectual son las clases medias, instruidas y escolarizadas gracias a un desarrollo prominente, directamente relacionado con el ascenso de ideologías liberales y rupturistas y ya no figuras aristocráticas o acomodadas como lo fueron Voltaire o Rousseau en el siglo XVIII.

Este artículo del Bulletin Parlementaire, de L'Événement del 1 de agosto de 1848 nos da indicios, además, de la influencia política que recaía sobre la figura de Victor Hugo más allá de ser una figura importante en el mundo literario. Que existiera un consorcio unánime entre parlamentarios, algunos conservadores, otros liberales, no era fácil. Esta influencia que tenía sobre los parlamentarios bien podría tener una directa relación con dotes oratorias bien pulidos por la pluma. Y es que el mismo artículo nos revela en cierta parte, que el compromiso con la cultura no era una cuestión que se daba exclusivamente entre artistas, sino también entre los Parlamentarios, quienes accedieron a proponer dar una buena cantidad monetaria a los círculos literarios. El artículo no nos revela a qué círculos literarios hace referencia. Podemos considerar a los mismos editores de L'Événement como una sociedad literaria, o parte de una más grande. Aun así, su último párrafo nos revela una situación interesante en la población para con la administración de Luis Felipe de Orleans y la Monarquía de Julio:

“El dinero distribuido por estas asociaciones llega a su destino de manera segura y suave. Una donación que, si proviniera de la administración, sería rechazada con indignación, es recibida con agradecimiento cuando proviene de estas asociaciones. Sería muy positivo que la administración apoyara estos fondos de ayuda que alivian tantas penurias, y que les entregara, a cambio de un informe detallado, una parte de la generosa subvención aprobada por la Asamblea Nacional. Todos los oradores que tomaron la palabra después del Sr. Victor Hugo respaldaron la propuesta y se sumaron fervientemente a ella”. (L'Événement, agosto 1848:2)

Con este párrafo podemos dar cuenta entonces, en primer lugar, que la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX, aún con el convulso clima político que le envolvía, seguía adoptando de lleno los principios de la Revolución, de la libertad, igualdad y fraternidad, así como también un rechazo al sistema monárquico en todas sus facetas. En efecto, creemos que el hecho de haber escrito que, “una donación (...), si proviniera de la administración, sería rechazada con indignación” revela el disgusto de los círculos literarios y de la población parisina para con la figura misma de Luis Felipe de Orleans y su sistema de gobierno. Recordemos que nos situamos a finales de la época de las revoluciones liberales que dieron paso en Europa a transformaciones sociales tales como la aparición de una clase burguesa dirigente o la de una clase política trabajadora independiente, así como la aparición de tres tendencias políticas principales como la liberal moderada, la radical-democrática y la socialista; las tres gestadas con un rechazo tajante a la monarquía (Hobsbawm, 2015:119).

En segundo lugar, nos da a entender en profundidad que los círculos literarios eran, en cierta forma, autogestionados y tenían por objetivo ayudar a los escritores en situación de pobreza y que tal ayuda era bien recibida por ambas partes, tanto por las asociaciones que generaban el apoyo económico, como por los escritores que lo recibían. Por último, revela también de forma implícita un compromiso sociopolítico importante entre los escritores y artistas de la década de 1840 y que cumplían su misión con una idea política centrada, en este caso, antimonárquica, mas no antiestatal, pues, Victor Hugo propone para estos efectos una ayuda política que puede provenir de una parte de Estado, como es el Ministerio del Interior, y que se da dentro de la misma institucionalidad, esto es, la figura de Victor Hugo como diputado.

Esto nos obliga a considerar que el quehacer literario se fue transformando durante el siglo XIX para que, aproximadamente en la mitad de éste, las figuras intelectuales parisinas asumieran una postura política con respecto a la situación social que atravesaba Francia, y que no se hizo sólo a través de la administración de órganos de prensa, sino a través de la institucionalidad misma, teniendo a representantes intelectuales entre la cámara de diputados como Victor Hugo. Porque éste trata de institucionalizar esta ayuda desde el Estado. Esto se produce porque existe una concepción de dignidad entre los intelectuales, un estándar que se debe cumplir para tales efectos, que en este caso sería la de un salario mínimo para el oficio del arte. La importancia de

ver esta forma de solventar el arte radica en ver también que el Estado debe ver también a los artistas como los productores de capital cultural en la ciudad de París y a nivel nacional.

De cierta forma, tener a Victor Hugo en la Cámara implicaba que los escritores creían que el cambio esperado hacia una sociedad digna e igualitaria en cuanto a participación política y acceso a derechos básicos podía realizarse desde la institucionalidad misma y, por ende, la misión principal del diario fundado por Victor Hugo y sus colegas era mantener al tanto a la población sobre todo lo que ocurría en el mundo Parlamentario y los proyectos que se sometían a debate.

La línea editorial de L'Événement, entonces, era clara: informar a la población sobre las decisiones políticas a través de hacer circular libremente la información sobre lo que ocurría en la Cámara de Diputados. La razón para hacer esto no puede ser elitista ni pretenciosa, sino más bien se acerca a la idea de fomentar la opinión pública por considerarla elemento fundamental para la creación de un punto de vista crítico y, con ello, participación política a través de la opinión. De esta manera educaba a todo aquel que leía los boletines parlamentarios sobre el rumbo que emprendía el país a través de sus representantes y transparentaba el poder político. Es más, el diario buscaba educar a la población bajo estas ideas para, por decirlo de algún modo, hacer retroceder el avance de la anarquía y la violencia que reinó en las calles parisinas durante la primera mitad del siglo XIX. En febrero habría sido la última revolución.

Desde el primer número, L'Événement tenía un claro lema, que acompañó al título del diario durante sus tres años de vida: “Haine vigoureuse de l'anarchie, tendre et profond amour du peuple” (Odio vigoroso a la anarquía, tierno y profundo amor al pueblo), frase acuñada por Victor Hugo y que nos da un esquema general de las ideas políticas plasmadas en el journal. Existía una especie de rencor hacia la revolución de febrero de 1848 y se le tildó de ser un movimiento de anarquía. Dentro de este marco, debemos percatarnos de que denominar como “anárquico” se hizo recurrente no sólo para los sucesos de febrero singularmente, sino también a todos los periodos de desorden sociopolítico que sufrió Francia en la primera mitad del siglo XIX. Así queda demostrado desde antes de que saliera a la venta el primer número de L'Événement, el 1 de agosto de 1848, pues dos días antes se había publicado un “Número Specimen” donde los primeros párrafos, que corresponden al artículo titulado “Lo que somos, lo que queremos”, son un claro *manifeste* de los literatos detrás de sus páginas:

“Ahora podemos vislumbrar lo que somos; el epígrafe escogido por este periódico dice bastante lo que queremos: Dos cosas primero, —combatir la anarquía que es la muerte de la sociedad, y defender al pueblo que es su vida. Todo está ahí. En el punto en que Dios y la historia han llevado a la humanidad, no entendemos más a quienes piensan en el orden sin libertad que a quienes piensan en la libertad sin orden. ¡Orden y libertad! dos fuerzas que son una sola, como el alma y el cuerpo; separarlos sería un suicidio. Creemos, por nuestra parte, que es nuestro deber tanto conservar la civilización, es decir, la obra acabada del pasado, como amar a los pueblos, es decir, la obra viva del futuro” (L’Événement, julio 1848:1).

Esto nos reafirma la confianza que los literatos tenían en la institucionalidad como la única vía para resolver los problemas que afectaban al pueblo y el camino correcto hacia una sociedad más igualitaria, hacia un Estado de Derecho. La idea de acabar con las divisiones políticas más radicales que promovían también una enemistad entre ciudadanos era lo principal para tener una nación en paz, esto es, el respeto entre ciudadanos. Todo aquello es una clara herencia del lema de la Revolución, la que se hace ver más explícitamente en las siguientes líneas:

“Hoy lo que hace falta para que el país sane, consuele y sonría son palabras de unión y fraternidad. Ella debe escuchar a todos sus hijos decir:

*“¡Basta de disensiones y antagonismos entre nosotros! ¡No busquemos más una fecha donde hay una idea: ni republicanos de ayer, ni republicanos de mañana, —¡sino una república! No busquemos más la vestimenta donde está el corazón: ni obreros ni burgueses, —¡sino el pueblo! Y cuando gobierna el sufragio universal, cuando el pueblo es el poder, atacar al pueblo es defender la anarquía. La política de la monarquía tenía como principio: ¡Dividir para reinar! Que el lema de la democracia sea, por tanto: ¡Reconciliar para vivir!”* (L’Événement, julio 1848:1).

De la idea del sufragio universal y esta igualdad de derechos sin importar el escalafón en la pirámide social, son cosas que, claramente se vienen arrastrando desde la Ilustración, con las ideas de Rousseau y Montesquieu y que transformaron también el pensamiento liberal del siglo XIX hacia una idea totalmente democrática. Esto quiere decir que los intelectuales de la época tenían una tendencia política en común a seguir. Detrás de este periódico, recordemos, estaban los hijos de Victor Hugo: Charles Hugo y François Hugo, junto a amigos del escritor:

Auguste Vacquerie, Alejandro Dumas y Alejandro Dumas hijo, Champfleury, Alphonse Karr, entre otros, más, existe también cierta influencia jacobina entre algunos párrafos, para bien y para mal: Tanto la idea del estado de derecho, como el sufragio universal, la confianza plena en el sistema republicano, se fusionan de pronto con ideas supremacistas basadas en el moralismo de los editores del journal, o del simple egocentrismo de los artistas y esa arrogancia que determinó lo peyorativo del término “jacobinismo” referente a la adjudicación de la representación popular en su absoluto alero:

*“Llegamos a la prensa seria y convencidos, llenos de buena fe y buena voluntad, y nos dirigimos aquí a nuestros amigos conocidos y desconocidos, a nuestros lectores y a nuestros colegas, a todos, en definitiva, con un saludo fraternal. Nuestra benevolencia no va sin orgullo: tenemos una conciencia tan clara de la pureza de nuestras intenciones que desconfiaremos, si hay que admitirlo, de aquellos que desconfíen de nosotros. No reconocemos a nadie el derecho de expresar ideas más avanzadas que las nuestras en libertad y amor. En fin, nos importa sobre todo mantenernos fieles a nosotros mismos y conservar nuestra franca imparcialidad frente a los partidos y los hombres” (L’Événement, julio de 1848:2).*

Curiosamente, la intención de “conservar nuestra franca imparcialidad frente a los partidos y los hombres” alegando la imparcialidad de su línea editorial como personajes desligados al mundo político, se veía contrapuesta en las mismas primeras ediciones si tomamos en cuenta la condena a los movimientos violentos, tildándolos peyorativamente de anárquicos, además muy prontamente, el contexto político del año 1848 les hizo ser partidarios de Luis Napoleón Bonaparte y apoyar férreamente su candidatura tras la proclamación de la constitución de la II República en noviembre de ese año, frente a su adversario más próximo, Louis-Eugène Cavaignac. En los siguientes tres años de publicación del diario, los editores sufrirían una transformación cada vez más radical de sus ideas, llegando a desestimar al candidato que tanto proclamaron para el establecimiento de la II República, siendo incluso censurados por dicha administración y los editores enviados a la cárcel debido a la Ley de Prensa de julio de 1850. Por esta razón, al año siguiente, la publicación cesaría, y aunque un par de intentos por resucitar el diario vieron la luz, la misma ley que les obligó a cesar la publicación del primer periódico, repetiría su haber con tales intentos.

L'Événement, sin duda, fue un periódico que rompía la norma —si es que existió una establecida para tener un journal de éxito— en el sentido de establecer sus propios modos de escribir. Reunió literatura, política y comentario crítico en una serie de columnas, siempre dispuestas más o menos de la misma forma: los primeros “eventos” de los que se escribían, eran un comentario sobre el acontecer más relevante, del último cuarto de hoja hacia abajo se publicaron extractos o capítulos de novelas, la segunda hoja se dedicaba a sucesos importantes del extranjero y la última a los boletines parlamentarios donde se daba cuenta de la labor de los políticos. Pero fácilmente podían variar esta disposición según el nivel de importancia de los artículos escritos, pues, el equipo editorial establecería ciertos paradigmas hacia el periodismo, como los deberes de la prensa por discriminar el valor de los eventos de mayor a menor.

Esta forma de configurar el diario se describe detalladamente en el número espécimen publicado el 31 de julio de 1848, en un artículo titulado “Unas palabras sobre nuestro título”, donde se explicaba, de primera mano, la relevancia del ordenar los artículos según importancia, y no destinar única y exclusivamente las primeras planas a eventos políticos, dándole así la misma consideración a eventos culturales, muchas veces destinados a perecer en las últimas páginas en diarios contemporáneos:

“En general, creemos que la prensa comete un grave error. En todo momento, tanto en días tranquilos como en días revolucionarios, la política ocupa el primer lugar. En la época en la que nos encontramos, es comprensible que la política sea central; sin embargo, incluso cuando su papel disminuye y los trastornos se calman, cuando los hechos callan y escuchan el pensamiento, la política sigue dominando la primera página. (...)

Esto, repetimos, es un grave error. Las columnas son los pilares del periódico: la idea debe brillar en la cabecera. No es indiferente si el pensamiento se aloja en la cabeza o en los pies; debe dominar, elevarse sobre el horizonte y, desde su posición de superioridad, imponer su unidad al resto del cuerpo” (L'Événement, julio de 1848:2)

Lo que propuso L'Événement fue una metodología del quehacer periodístico. Esto nace con un revisionismo directo hacia la labor de sus contemporáneos. Identifican una problemática y plantean solucionarla en las páginas de su periódico. Se alzan, como figuras intelectuales —literatos—, buscando llevar a la población una información más balanceada. Por

ello es por lo que proclaman también generar una unión entre ciudadanos. Identifican que el problema de tener a la política siempre por encima de cualquier otro evento genera un mundo polarizado. Implícitamente culpan a la prensa del momento por generar la escalada de violencia que azotaba el contexto de la época. Esto es un precedente que no se identifica en diarios de la época, y refuerza también el compromiso con el desarrollo del ser humano en cuanto a abrirse traer a la primera plana información relevante del mundo cultural.

Seguido de esto, se plantean también generar una información global. Es un efecto directo de la revolución tecnológica de la creciente industrialización y los avances que permitieron a la información circular de mejor forma. No claramente con la velocidad de nuestros días, pero sí poder saber qué ocurre en la península itálica en un tiempo no mayor a un mes, como solía serlo sólo a finales del siglo XVIII, demostraba el interés por ofrecer un periódico que destacara por sobre cualquier otro:

*“Cumpliremos con este deber de la prensa. Otorgaremos el lugar más destacado al evento del día, sea cual sea, provenga de cualquier región del alma o del mundo; porque no nos limitaremos solo a Francia. Ya no estamos en siglos estrechos y egoístas, donde la vida se limitaba a un río o una montaña; la inteligencia no conoce fronteras y ahora todos los hombres pertenecen a la misma nación: ¡la humanidad! Por lo tanto, comenzaremos nuestro periódico con el acto más importante para la humanidad”*  
(L'Événement, julio de 1848:2).

Estos propósitos transforman a L'Événement en un diario pionero y único en su tipo. A eso se le suma la rapidez con que la información política era publicada debido a que Victor Hugo era miembro de la Asamblea Legislativa, como diputado. El hecho de que intelectuales vinculados al área literaria se hayan hecho cargo del periódico también hizo que la literatura ocupara un lugar favorable en sus páginas. Pero todo esto ¿Transforma a la literatura en noticia? A esta pregunta debemos responderla parcialmente con la idea de que, al estar la literatura tan ligada al pensamiento político de sus autores, no debemos negar que aporta ideas que, al mismo tiempo, son verdaderas en los artículos de prensa. Esto se da porque la literatura publicada en L'Événement tiene una carga realista. Está basada en los sucesos políticos del momento. No por nada se le permitió a Jules Michelet publicar folletines como Légendes de là démocratie.

Durante la II República, la literatura tiene un desarrollo intelectual complejo. El naturalismo que desarrolla Émile Zola dieciséis años después es la prueba concluyente de eso. Al mismo tiempo, el hecho de que Victor Hugo sea el representante de la literatura en el Congreso, elegido por votación popular, es también la prueba de que la literatura es popular, y que ésta se convirtió tangiblemente en política.

La literatura y su trasfondo evoluciona tan radicalmente desde el romanticismo inicial hasta el naturalismo concluyente en el siglo XIX, así como en L'Événement los escritores escribían que

*“Ya estamos convencidos de que el Sr. Louis Bonaparte podrá mantener el compromiso que asumió en la tribuna: hacer el bien. El nuevo gobierno podrá, creemos, con la ayuda solidaria de la prensa imparcial salvaguardar los principales intereses, tantas veces comprometidos desde febrero, de la sociedad y del país” (L'Événement, diciembre de 1848:1).*

Para luego terminar declarando

*“Finalmente lo admitimos.*

*Los ministros actuales de la República Francesa se consideran solidarios con todos los gobiernos monárquicos de Europa: ¡solidarios con el Emperador de Rusia, solidarios con el Emperador de Austria, solidarios con el Rey de Prusia, solidarios con el Rey de Nápoles! ¡El actual ministerio de la República Francesa, responsable de asegurar el mantenimiento de nuestra Constitución democrática, es aliado del ministro Nesselrode que violó la Constitución polaca, del ministro Schwartzenberg que violó la Constitución austriaca, del ministro Manteuffel que violó la Constitución prusiana! ¡El señor Luis Bonaparte, que ha jurado lealtad a la República única e indivisible, es el auxiliar de la Santa Alianza!” (L'Événement, septiembre de 1851:2).*

## **IV. La literatura y lo real, ¿literatura como fuente? La protesta de Zola desde la literatura hasta la prensa**

Como hemos visto, la literatura sufrió una serie de transformaciones importantes durante todo el siglo XIX, pero, desde la mitad de éste, comienza a jugar con lo real. Los intelectuales, deseosos por esparcir su pensamiento político, inspirados también por la compleja situación sociopolítica que sufría Francia debido a inestabilidad en sus formas de gobierno, buscaron en la literatura una forma de difundir ideas y, con ello, también se vinculó la literatura con problemáticas reales. Así nace el realismo en la generación de 1830 y que posteriormente se complejizará aún más, con el desarrollo del determinismo. Tal complejidad significó entender cómo el contexto histórico influenció al pensamiento de la población francesa para así crear personajes que también eran presa de su entorno. Émile Zola desarrolló esto minuciosamente y así es como le dio, sin querer, una declaración de principios al movimiento.

### **Émile Zola y el nacimiento del naturalismo**

Émile Zola en su papel de escritor tuvo varias facetas. Desde novelista hasta periodista, pasando por experimentaciones en la dramaturgia. Desde su etapa temprana como escritor asumió un compromiso con la verdad, cuyo principal hito fue la creación de todo un movimiento literario, que también supo trasladar al Teatro, y que para la literatura significaría un cambio tan profundo que incluso definiría la literatura de escritores de generaciones más contemporáneas como Franz Kafka o Albert Camus. Sin embargo, su recepción, en un inicio, no fue bien recibida. Una de sus obras más controversiales, *Thérèse Raquin*, escrita en 1867, tuvo una difamación entre la crítica literaria de la época, la cual la tachaba de repugnante y, a su autor, de ser una persona obscena.

En *Thérèse Raquin*, Zola presenta un análisis penetrante de la condición humana y de las fuerzas que lo moldean. La trama se desarrolla en la sociedad parisina de la época y está centrada en los personajes de Thérèse, una niña que es otorgada a su tía por parte de su padre luego de que volviera de Argelia, y Laurent, un amigo de la infancia de Thérèse con el que despierta sus pasiones y la lleva a cometer adulterio luego de toda una vida privada de emociones al haberse visto

obligada a casarse con su primo Camille, hijo de su tía, con el que vivió siempre para cuidarlo. Thérèse y Laurent terminan asesinando a Camille para consolidar su amor y casarse. Esto los llevará a sufrir un cargo de conciencia que afectará a todas las partes de su vida y de su condición humana, dándoles tensión.

Uno de los aspectos más destacados de la novela es cómo Zola retrata las pasiones humanas desenfadadas y los instintos más oscuros. Thérèse y Laurent están atrapados en un matrimonio sin amor, y su relación adúltera representa una búsqueda desesperada de pasión y libertad en una sociedad que los reprime. Zola muestra cómo estos personajes, impulsados por el deseo y la lujuria, se convierten en víctimas de sus propias acciones y de la sociedad misma.

La controversia fue tal, que Zola tuvo que escribir un prefacio para su segunda edición, donde respondía a sus detractores de la siguiente forma:

“Nada es más irritante que escuchar a escritores honestos gritar sobre depravación cuando uno está convencido de que lo hacen sin saber de qué están gritando.

Por lo tanto, debo presentar mi obra a mis jueces yo mismo. Lo haré en pocas líneas, únicamente para evitar futuros malentendidos” (Zola, 1868:II)

Para Zola, las críticas a su obra derivaron directamente de una malinterpretación de esta; de un malentendido. Podemos concluir que tal desagrado surge de una costumbre del lector de la época a la lectura romántica. El romanticismo, tenía a la sociedad lectora acostumbrada a obras de una estética idealista. El elemento “belleza”, otorgado a todas las dimensiones del ser, desde su existencia hasta sus dudas, era parte fundamental de las obras. Tal estética llegaba al público lector a través de los periódicos más influyentes en sus folletines, como ya hemos visto.

De tal forma, cada semana salía un capítulo nuevo de una novela, lo que fomentaba también la suscripción de los lectores. Arnold Hauser, en su *Historia social de la literatura y el Arte* (1993), ponía en evidencia que, si bien novelas no era lo único que se difundía en los periódicos, constituían la mayor atracción y su masividad fue transversal a todo el espectro social. Es más, tomando en cuenta lo que significó el éxito comercial de Alejandro Dumas, y por sobre todo de *Los tres mosqueteros*, podemos dar cuenta de las características del tipo de novela a las cuales el

lector de la época estaba acostumbrado. Para que la novela publicada por folletines alcanzara éxito, los autores más prolijos —Dumas en este caso— escribían novelas cargadas de crímenes o aventuras donde la acción llevada a cabo por personajes estereotipados iba en ascenso, con tal que, al final de cada entrega, el lector quedara imbuido de curiosidad por saber qué ocurriría (Hauser, 1993:20).

Cuando las novelas de los folletines alcanzaron su masificación y éxito comercial, el movimiento romántico ya tenía su desarrollo claro. Para Raymond Bayer (1984), el romanticismo tenía características que se dieron principalmente por las consecuencias de la Revolución. Ésta *“había producido un cambio radical en el movimiento literario debido al cierre de los salones y al abandono de las reglas tradicionales, sustituidas progresivamente por una cierta libertad”* (Bayer, 1984:271).

No resulta intrigante, entonces, con los antecedentes propuestos, el rechazo a la obra de Zola en un principio. *Thérèse Raquin* es un drama que cuenta con personajes que no salen del común. No son aventureros, ni héroes, ni mucho menos productos de alguna fantasía en la cual prime alguna noción de belleza propia del romanticismo, sino unos que pueden identificarse dentro de la realidad de la sociedad, pueden reconocerse como parte de una sociedad tangente. Son personajes complejos, pensados no desde las acciones, sino desde la psicología y que sufren con sus propios pensamientos; son personajes que cometen adulterio, algo que resultaba tabú para la época, y que, luego de ese adulterio, cometen asesinato. Dos acciones condenables e insólitas para un público lector de novelas donde la moral prevalecía por sobre cualquier cosa. El mismo Zola en su prólogo debe dar cuenta de la humanidad con la que creó a sus personajes:

“En ‘Thérèse Raquin’, he querido estudiar temperamentos en lugar de caracteres. Ahí radica el libro completo. He elegido personajes soberanamente dominados por sus nervios y su sangre, desprovistos de libre albedrío, arrastrados en cada acto de su vida por las fatalidades de su carne. Thérèse y Laurent son brutos humanos, nada más. He buscado seguir paso a paso en estas bestias el trabajo sordo de las pasiones, los impulsos del instinto, los trastornos cerebrales surgidos a raíz de una crisis nerviosa. Los amores de mis dos héroes son la satisfacción de una necesidad; el asesinato que cometen es una consecuencia de su adulterio, una consecuencia que aceptan como los lobos aceptan el asesinato de las ovejas; finalmente, lo que he tenido que llamar sus remordimientos

consiste en un simple desorden orgánico, en una rebelión del sistema nervioso al borde del colapso”. (Zola, 1868:II)

Analizando la retórica de estas palabras, resulta interesante que Zola denomine a sus personajes como “*brutes humaines*” (brutos humanos) y les considere “*dominados por sus nervios y su sangre*”. Estamos ante la concepción del ser humano a los ojos de Zola, la cual nos revela que el factor psicológico es una parte importante a la hora de construir a los personajes, apegándose a lo que ocurriría en la realidad. Pocos autores hasta el momento habían otorgado tal densidad a sus personajes. Esto puede bien ser un reflejo de su niñez. Recordemos que, Zola, a corta edad, presencié uno de los puntos más álgidos de la historia francesa del siglo XIX: los altercados ocurridos en París durante la revolución de 1848. Este elemento irracional o impulsivo en la conducta del ser humano siempre fue temática para Zola, lo que reflejó incluso en el título de su obra *La Bête humaine* (La bestia humana), publicada en 1890.

Ahora bien, lo más importante en cuanto al prólogo de *Thérèse Raquin* es que Zola, en sus propias palabras, definió lo que vendría siendo el paradigma de su obra desde entonces y que daría los cimientos del género literario denominado naturalismo, dándole a la novela un corte social que la aproximaría a las bases del periodismo y que, autores contemporáneos también la vincularían a la labor histórica: retratar la realidad tal como es.

Para empezar, Zola establece en su novela y su quehacer, una labor científica: “*Espero que se esté comenzando a comprender que mi objetivo ha sido principalmente científico*” (Zola, 1868, III), por lo que, aunque sea literatura y no se tenga método histórico alguno, sí existe cierta metodología que el autor estableció tanto en la creación como en el desarrollo de sus personajes. En la elaboración de la obra, Zola se propone plantear una problemática: personajes con temperamento, impulsivos, sometidos a sus propios instintos y necesidades; y resolverla de diferentes formas en cada capítulo. Existe análisis del mecanismo humano “*Mientras escribía ‘Thérèse Raquin’, olvidé el mundo, me perdí en la copia exacta y minuciosa de la vida, entregándome por completo al análisis del mecanismo humano*”. (Zola, 1868:III-IV)

Otros comentarios que Émile Zola agrega a su prefacio son dignos sino de analizar; al menos de tomar en cuenta. Argumenta que el análisis científico que da a sus personajes surge “*avec la seule curiosité du savant*” (con la sola curiosidad del científico). Tal curiosidad puede — y, de hecho, debe— interpretarse como la fundamentación de la problemática, porque, en esencia,

los problemas que Zola intenta retratar en sus obras son los problemas que derivan de la llamada cuestión social y que afectan tanto a Francia como el resto de Europa.

El personaje de Thérèse existe en un mundo de desdicha, y sometida a las costumbres que son identificables en cierto grupo social: el de pequeños comerciantes. Las descripciones lo dicen, que, por cierto, se caracterizaron por ser con minucioso detalle, buscando un alto grado de precisión. Esto, porque la curiosidad del autor por explicar los vicios sociales le lleva a concluir que la conducta humana se basa en sus necesidades —que, en el caso de la novela, son por sobre todo sexuales—. Zola denomina entonces a su obra como una especie de estudio sociológico. A sus críticos les tacha de hipócritas, tal como en su obra intentó retratar la hipocresía de la sociedad, ya que aquellos que bien tacharon de obscena e incluso de pornográfica a su obra, andan *“Aplaudiendo los pasos de una actriz empolvada y luego gritando inmoralidad en relación a un estudio fisiológico”* (Zola, 1868:VI).

Zola en Thérèse Raquin no sólo intenta esbozar una sociedad de acorde con la realidad, sino que lo hace comprendiendo que sus personajes, así como los humanos, están influenciados por sus propios contextos. Zola es consciente de que los críticos de los que es víctima carecen de este punto de vista y que, de tenerlo, la apreciación de su obra sería más adecuado. Esto es lo que causa el motivo de su decepción y su necesidad de escribir un prólogo donde descarga con gran ironía su cuestionamiento hacia sus adversarios literarios. Por ello escribe *“Ellos admitirían mi punto de partida, el estudio del temperamento y las modificaciones profundas del organismo bajo la presión del entorno y las circunstancias”* (Zola, 1868:VII). Por ello él da a entender que está haciendo una labor científica en su literatura, en la configuración de los personajes. Según las coyunturas que Francia vivió desde la Revolución y buena parte del siglo XIX, Zola estudia al ser humano desde su parte instintiva, irracional, que obedece a impulsos.

En suma, el prólogo que nos dispusimos a analizar es considerada, junto con la novela, una de las primeras obras importantes del autor, cuyo reconocimiento —negativo para sus contemporáneos— se da por el retrato crudo y realista de los vicios de la sociedad. Zola presenta un análisis penetrante de la condición humana y las fuerzas que interfieren en el moldeamiento de las personas a través de sus personajes. Es una novela profundamente contraria al romanticismo y su prólogo refleja una ironía y una fundamentación por la que es considerado como el manifiesto del movimiento literario naturalista.

La descripción del entorno es tan detallada, que se explica por sí misma la influencia de éste en los personajes. Esto es: un ambiente opresivo, triste, oscuro y claustrofóbico. Deja en claro entonces la falta de libertad y la ausencia de opciones de los personajes. Se entiende que carecen de opciones más allá de las decisiones que toman, por lo que el impulso de lo que se entendería como el ello, es lo que prevalece.

La hipocresía social, la moralidad y la represión sexual son las temáticas principales. El cuestionamiento a los modos de vida de la pequeña burguesía y los comerciantes menores se desprende de las acciones de Madame Raquin, personaje arribista, que busca dejar en alto su orgullo. Esto se ve, sobre todo, al arreglar un matrimonio entre su hijo y su hijastra para que ésta le cuide de por vida ante la debilidad de su ser, por lo que busca mantener las apariencias de una familia feliz ante los demás, ocultando la situación real; y en los personajes de Thérèse y Laurent aparentan actuar con normalidad y felicidad ocultando su adulterio y que son los autores de un crimen.

*“El ojo de Zola, o su pluma, deforma o amplía todos los objetos. En lugar de limitarse a describir la realidad, nos hace asistir a un sueño monstruoso”* (Sainz de Robles, 1998:11) escribía Federico Carlos Sainz de Robles en su introducción a la novela traducida en español por el Club Internacional del Libro en 1998. Federico nos habla de la importancia de la descripción de los escenarios en la obra de Zola, ya que “su fantasía desenfrenada anima todas las formas inertes” (Sainz de Robles, 1998, 11). Por lo que la descripción detallada de escenarios, a raíz del naturalismo, empezó a ser parte de la evolución del componente estético en la literatura, es decir, el retrato de la realidad, tal como es, porque ahora, el componente sociológico que rodea al naturalismo hace ver que el entorno tiene importancia en la toma de decisiones y en la psicología de los personajes. Sainz de Robles lo decía: *“Se ha podido calificar la obra de Zola de realismo épico. Lo que nos ha legado, en efecto, son epopeyas sociológicas”* (Zola, 1998:12).

El movimiento naturalista no tenía rostro sino hasta que llegó Émile Zola. El prólogo analizado es el fruto de un estudio literario que el autor diseñó para dar pautas. Guy de Maupassant también se adheriría a esta corriente y pronto se exportaría fuera de Francia. Tal divulgación sucede sólo cuando una corriente literaria ha alcanzado cierta madurez. Es evidente que el realismo fue el antecedente de esta corriente, y sin Balzac ni Stendhal no existiría. El naturalismo es el perfeccionamiento de una forma de hacer literatura que se concibió gracias a un contexto político

igualmente denso. La idea de hacer que la literatura plasme una realidad es el fruto de una necesidad intelectual por divulgar entre las personas una problemática, de una forma inteligente, pero fácil de captar.

## La Comuna de París de 1871 y las cartas a Le Sémaphore

Debemos situarnos en 1871, el año en que el imperio francés cayó definitivamente a raíz de una sucesión de malas decisiones administrativas que terminarían aumentando el descontento en la población para finalmente desatar un hecho que marcaría la historia del movimiento obrero.

Un año antes, Napoleón III le declaró la guerra a Prusia en un afán imperialista por demostrar el poderío militar francés y consolidarlo como una hegemonía político-militar. Al mismo tiempo, se trató de un intento de Napoleón por demostrar que su imperio seguía en condiciones de subsistir y, con ello, salvar tanto su modelo de gobierno, como a sí mismo en calidad de gobernante.

A partir de 1860, la oposición al imperio se hacía cada vez mayor por parte de los republicanos. Para intentar frenar esta oposición, Napoleón había tomado una serie de medidas que vulneraban las libertades individuales: censuró la prensa opositora y autorizó sólo algunas formas de huelga y reuniones públicas que seleccionó meticulosamente. Esta maniobra le permitió ejercer un control sobre la fuerza política opositora y, asimismo, limitarla considerablemente. Sin embargo, el descontento popular contra el Imperio crecía no sólo por sus represiones políticas, sino también por su inacción frente a la crisis económica que su mismo gobierno no supo manejar.

El punto álgido llegó tras haber Napoleón declarado la guerra a Prusia en 1870. Tal guerra saldría muy mal para los franceses y en poco tiempo, el canciller prusiano, Otto Von Bismark, había tomado París frente a una Guardia Nacional devastada, en su mayoría conformada por civiles y que configuraron el último bastión de la resistencia en la guerra. Aun así, la rendición no tardó en llegar, en enero de 1871, tras varios meses bajo asedio y el emperador Napoleón III capturado por los prusianos.

La vergüenza que acaecía sobre los franceses los llevó a organizarse en un levantamiento masivo contra la figura de Napoleón III en marzo de 1871, avivando el sentimiento republicano que caracterizó al siglo XIX, pero, en esta ocasión, proclamando la idea de instaurar una administración política autónoma. Principalmente ideologías de izquierda estuvieron detrás de este

cometido: clases trabajadoras descontentas con la administración imperialista y socialistas, anarquistas, y así se proclamó la llamada Comuna de París. El 18 de marzo de 1871, el Comité Central de la Comuna proclamada decía lo siguiente:

*“Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder”* (Journal officiel de la République, marzo de 1871 N°80:21).

Esto fue, en suma, el resultado —y mayor fruto a nuestro parecer— de todo un proceso de “intelectualización” de las clases proletarias a partir de las ideas y movimientos Republicanos surgidos en la década de 1830 y que fue también un movimiento protagonista en la insurrección de junio de 1832 en París. El hecho de que las clases desposeídas se hayan percatado de tener un “derecho indiscutible [de] hacerse dueños de sus propios destinos” implica un trabajo de conciencia y educación notables en el seno de la clase obrera explotada sobre su propia posición dentro de la sociedad y lo que implica también la suma de las fuerzas de su trabajo. Claramente las ideas marxistas habían penetrado completamente en la Francia de la segunda mitad del siglo XIX.

En los dos meses de vida de La Comuna se implementaron una serie de reformas sociales y políticas que incluían la adopción de medidas de igualdad salarial, la creación de talleres cooperativos y la separación de la Iglesia y el Estado. También se intentó establecer una forma de gobierno más directa y participativa, en la que los ciudadanos podían tomar decisiones a través de asambleas. Es decir, medidas que implicaron ciertas ideas progresivas que no se pueden explicar sin tener en cuenta los efectos de la Revolución Francesa. Son ideas que configuraron la noción del Estado tal y como lo conocemos hoy.

Sin embargo, la Comuna enfrentó fuertes oposiciones tanto internas como externas. El gobierno francés central y las fuerzas conservadoras se mostraron hostiles, claramente ante el pavor que producían en tal sector las ideas izquierdistas bajo el alero del marxismo y, finalmente, el 21 de mayo de 1871, las tropas del gobierno recuperaron París y pusieron fin a la Comuna de París. Durante la represión de la insurrección, miles de comuneros fueron ejecutados o encarcelados.

Aunque la Comuna de París fue rápidamente aplastada, tuvo un impacto duradero en la conciencia política y social, y se convirtió en un símbolo de la lucha por la justicia social y la participación ciudadana en la toma de decisiones políticas. Su legado inspiró movimientos y luchas posteriores en todo el mundo, influyendo en el desarrollo del socialismo y otras corrientes políticas progresistas.

Karl Marx se pronunció al respecto en su obra “La guerra civil en Francia”. En ella, hace una serie de acusaciones contra Adolphe Tiers, acusando su complot político para dar de baja a La Comuna mientras él fue proclamado presidente provisional una vez que Luis Napoleón fue capturado por las fuerzas prusianas. Sobre la Comuna realizó un estudio exhaustivo a través de la prensa francesa y otras manifestaciones escritas emanadas desde su misma organización política:

*“La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera”* (Marx, 2003:67).

Para Marx, la Comuna representaba el primer gobierno proletario del mundo, organizado de manera autónoma bajo un sistema profundamente democrático basado en el sufragio universal y una toma de decisiones a través de la colectividad:

*“La Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo”* (Marx, 2003:71).

Si Karl Marx miró con tales ojos a La Comuna desde su estadía en Londres, pues, en tal ciudad fue publicada por primera vez su obra “La guerra civil en Francia”, es porque, a nuestro parecer, son secuelas del afrancesamiento de Europa (Réau, 1961) y la influencia de la política de Francia como modelo para el resto del mundo desde los hechos de la Revolución Francesa. Los aportes de los análisis de Marx sobre la Comuna son notables, tanto para la historia social como económica.

Émile Zola también tuvo su postura y su análisis a la situación. Lo hizo a través de la prensa, como no podía ser de otra forma, y entre 1871 y 1877, escribió una serie de cartas al

periódico marsellés Le Sémaphore. La tendencia anticomunista del escritor es clara y con ello nace su afán por tomar la pluma y dirigirla hacia la prensa:

*“Acabo de regresar de un largo y desgarrador paseo. Sabía que se había librado una lucha encarnizada en el cementerio del Père-Lachaise. Daban detalles atroces. La horrorosa escena me tentó y quise ver si aún había emoción y compasión en mí después de los terribles cuadros que ya he visto pasar ante mis ojos”* (Zola, 1871:1).

Escribía en su primera carta a la prensa sobre la Comuna el 28 de mayo de 1871. En ella describió cómo veía a París cuando quedaban las últimas barricadas en la ciudad, una vez ya comenzada la represión del movimiento comunal por parte de las tropas de Versalles:

*“Los bulevares exteriores están tristes y desiertos. En cada cruce de caminos, yacían los escombros de las barricadas. Ninguno fue atacado de frente. En todas partes, el famoso movimiento de giro de los prusianos entregó a los soldados, en pocas horas, los reductos más formidables. Esta guerra callejera se llevó a cabo con notable habilidad. Los insurgentes se encontraron atrapados en sus atrincheramientos como en trampas para ratones. Los que confiaban en sus barricadas, por las que tanto ruido hacían, se enredaban en sus propias líneas de defensa, que a menudo solo servían para hacer imposible su huida”* (Zola, 1871:1).

Podemos reconocer en el trabajo de Zola a la hora de escribir estas cartas informativas un componente sensacionalista importante. Quizás como una forma de enganche hacia un público lector, o quizás porque quería retratar de manera fiel la crueldad de lo que él mismo veía con sus propios ojos. La verdad es que existe cierto componente de morbo en algunos de sus párrafos:

*“¡Pero qué terrible contraste hoy! Las tumbas están rotas, las flores magulladas bajo los talones de los combatientes. Parece que un huracán pasó por este campo de descanso y logró matar a los muertos por segunda vez. Sobre este sacrílego desastre, el cielo gris era como un crespón de luto.*

*“Aquí y allá, charcos de sangre, cadáveres que nadie se ha molestado siquiera en recoger. Vi a un niño de diecisiete años, tendido sobre una piedra blanca, con los brazos cruzados, como una de esas frías estatuas que la Edad Media depositaba en los mausoleos”* (Zola, 1871:1).

Debido a este sensacionalismo, la objetividad de los hechos narrados es más bien confusa. Sin embargo, corresponde a los primeros intentos de Zola por realizar un trabajo periodístico que irá perfeccionando a lo largo de su carrera como escritor para que, finalmente, alcanzara la cúspide de tal a finales de siglo en 1898, cuando publica su famoso alegato en el contexto del Caso Dreyfus.

### J'Accuse: El caso Dreyfus y la configuración del intelectual contemporáneo.

El caso Dreyfus se desarrolló en Francia durante un momento crítico a fines del siglo XIX y principios del XX. En ese periodo, la nación estaba polarizada políticamente y enfrentaba tensiones sociales. El antisemitismo estaba en aumento, y el nacionalismo extremo influía en la vida pública. Este último alimentado por la idea colectiva de que Francia estaba bajo una constante amenaza externa, especialmente por parte de Alemania.

A esto se le sumaba una serie de rivalidades políticas, pues el país se encontraba dividido entre diversas facciones y partidos políticos que buscaron sacar provecho del Caso Dreyfus, politizándolo para sus propios fines, involucrando también una influencia del ejército francés, que mantenía un poderío importante sobre la sociedad y la política de la época, considerándola como una institución intachable. Esto hacía difícil cuestionarla, pues, ante la revelación de la turbiedad del caso, éstos siguieron encubriendo la verdad para no manchar su imagen.

La cosa resultó ser así: en diciembre de 1894, se encontró una carta en la papelería de la oficina militar alemana en París, lo que llevó a la detención de Alfred Dreyfus, un oficial de ascendencia judía que servía en el servicio de inteligencia del ejército francés. Dreyfus fue acusado de ser el responsable de filtrar información confidencial a los alemanes, agravando la crisis diplomática con Alemania.

El juicio de Dreyfus fue un proceso profundamente injusto y viciado. Las pruebas en su contra fueron manipuladas y los testimonios falsos, lo que reflejaba la creciente ola de antisemitismo en Francia. El tribunal militar que llevó el caso se negó a considerar cualquier evidencia que pudiera haberlo exculpado. En enero de 1895, Dreyfus fue declarado culpable de traición y condenado a cadena perpetua en la notoria prisión de la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa.

Sin embargo, la verdad comenzó a salir a la luz cuando el comandante Marie-Georges Picquart asumió el mando de la unidad de inteligencia en 1896. Durante su investigación, descubrió pruebas que apuntaban a otro oficial del ejército francés, el mayor Ferdinand Walsin Esterhazy, como el verdadero traidor. Picquart intentó presentar estas pruebas a la jerarquía militar, pero fue ignorado y, en lugar de eso, fue reasignado a una posición lejana y se le impidió continuar con su investigación.

En este contexto, Émile Zola publicó en enero de 1898, en el diario “L’Aurore”, su famoso artículo titulado “J'accuse” (“Yo acuso”), en el que denunciaba la conspiración para encubrir la inocencia de Dreyfus y exponía las injusticias del sistema judicial francés y el antisemitismo arraigado en la sociedad. Esta carta abierta, publicada extensamente en la primera plana del periódico, generó una profunda indignación en la opinión pública, dividiendo a la sociedad entre dreyfusards (defensores de Dreyfus) y antidreyfusards (opositores).

La campaña liderada por Zola y otros intelectuales y políticos a favor de la revisión del caso ganó fuerza. Finalmente, en 1899, se llevó a cabo un segundo juicio a Dreyfus. Aunque el oficial fue condenado nuevamente, el presidente de Francia, Émile Loubet, le concedió el perdón en septiembre de 1899 y lo liberó de la prisión.

No obstante, la lucha por la justicia no terminó ahí. En 1906, una comisión de revisión revisó nuevamente el caso y finalmente exoneró a Dreyfus, reconociendo oficialmente su inocencia. El caso Dreyfus tuvo un impacto profundo en la sociedad francesa y en la conciencia internacional. Sirvió como un símbolo de la lucha por la justicia, la igualdad y los derechos humanos, así como una advertencia sobre los peligros del prejuicio y el fanatismo.

Su carta abierta, dirigida al presidente de la República Francesa de aquel tiempo, Félix Faure, comenzaba de la siguiente forma:

*“Señor Presidente: ¿Me permitirá usted, en agradecimiento por la benévola acogida que me dispensó un día, que me preocupe por su merecida gloria y que le diga que su estrella, tan afortunada hasta ahora, se ve amenazada por la más vergonzosa e imborrable de las manchas?” (Zola, 1898:1).*

Zola destinó su carta al presidente principalmente debido a que reconocía en él la única persona con la importancia suficiente para conseguir que el caso tomara el revuelo necesario para

que existiera una justicia real. Es más, en los primeros párrafos, el escritor agregaba “En su honor, quiero suponer que usted ignora esa verdad” (Zola, 1898:1), estableciendo con ello el principio de inocencia, para no declarar cómplice al poder ejecutivo, pero también definiendo una posible desconexión entre los poderes el Estado: el ejecutivo y el judicial, así como también entre las fuerzas armadas y el Estado. Por ello reconoce la importancia de declarar también “¿Y a quién pues, iba yo a denunciar esa pandilla malsana de verdaderos culpables sino a usted, el primer magistrado del país?” (Zola, 1898:1). Todo apunta a que Zola ya reconocía corrupción en los poderes del Estado, exceptuando —posiblemente— el ejecutivo.

En suma, el escritor realiza las siguientes acusaciones de forma textual, denunciando las irregularidades del proceso judicial de inicio a fin:

*“Declaro sencillamente que el comandante Du Paty de Clam, encargado de instruir el sumario del caso Dreyfus en calidad de oficial judicial, es, en lo relativo a fechas y responsabilidades, el primer culpable del espantoso error judicial que se cometió.*

*“El comandante Du Paty de Clam detiene a Dreyfus, lo incomunica. Corre a ver a Madame Dreyfus, la aterroriza, le dice que, si habla, su marido está perdido. Entretanto, el infeliz se mesa los cabellos, clama su inocencia. Y así se procedió al sumario, como en una crónica del siglo XV, rodeado de misterio, en medio de la confusión de informes crueles, y basándose en una única acusación infantil, ese estúpido escrito que equivale a una traición vulgar (...)*

*“Yo acuso al teniente coronel Du Paty de Clam de haber sido el diabólico artífice del error judicial (...)*

*“Acuso al general Mercier de haberse hecho cómplice, cuando menos por debilidad de carácter, de una de las mayores iniquidades del siglo.*

*“Acuso al general Billot de haber tenido en sus manos las pruebas evidentes de la inocencia de Dreyfus y de haber echado tierra sobre el asunto, de ser culpable de ese delito de lesa humanidad y de lesa justicia con fines políticos y para salvar al Estado Mayor, que se veía comprometido en el caso.*

*“Acuso al general De Boisdeffre y al general Gonse de ser cómplices del mismo delito (...)*

*“Acuso al general De Pellieux y al comandante Ravary de haber realizado una investigación perversa (...)*

*“Acuso a los tres expertos en escrituras, los caballeros Belhomme, Varinard y Couard, de haber redactado informes mendaces y fraudulentos (...)*

*“Acuso a los servicios del Ministerio de la Guerra de haber promovido en la prensa, particularmente en L'Éclair y en L'Écho de Paris, una abominable campaña a fin de desorientar a la opinión pública y encubrir sus propios errores.*

*“Acuso, por último, al primer consejo de guerra de haber violado el derecho al condenar a un acusado basándose en una prueba que permaneció secreta, y acuso al segundo consejo de guerra de haber ocultado esa ilegalidad, por decreto, cometiendo a su vez el delito jurídico de absolver conscientemente a un culpable” (Zola, 1898:1).*

Las declaraciones de Zola fueron motivo de controversia en la sociedad francesa de la época, y sus declaraciones estuvieron bien fundamentadas, lo que empeoró las cosas tanto para el Estado Mayor, para el poder judicial y para las fuerzas armadas, cuya reputación de “intachables” ahora se había puesto en duda, pues acusaba directamente al alto mando militar de haber cometido una conspiración por proteger a los verdaderos culpables de traición a la patria. La víctima, el capitán Dreyfus, fue inculpado directamente por su ascendencia semita, cosa que Zola también alude en su carta: *“También este lamentable caso Dreyfus es obra suya: el antisemitismo ha provocado por sí solo un error judicial, enloquece a la masa e impide que se reconozca noble y serenamente tal error” (Zola, 1898:1).*

Esta inusitada controversia polarizó aún más a la sociedad, y la fraternidad que los intelectuales habían construido durante el siglo XIX, como vimos en el capítulo anterior, también se vio dividida. Muchos intelectuales salieron a defender a Dreyfus y a apoyar el trabajo periodístico hecho por Zola tras su publicación. Algunos de ellos fueron Georges Clemenceau, futuro Primer Ministro de Francia; Anatole France, quien se pronunció a favor de la revisión del caso o Marcel Proust, quien incluso participó en manifestaciones públicas. Por el otro lado, aquellos que siguieron en contra de Dreyfus fueron intelectuales de un claro corte conservador y/o

nacionalista, incluso partidarios de la derecha: Charles Maurras, fundador del movimiento nacionalista Action Française, de corte antisemita; Henri Rochefort, también nacionalista y antirrepublicano o Edouard Drumont, periodista autor de “La France Juive”, libro que propagó ideas antisemitas.

Para la historiografía contemporánea, el Caso Dreyfus supone el comienzo del intelectual comprometido y, con ello la emergencia del intelectual, pues éste gana un estatuto según su posición en una cuestión de debate público (Dosse, 2007:43). Para nosotros, está claro que con su carta “J’Accuse”, Zola se consolidó ya no solo como escritor o novelista, sino también como periodista. Claramente adoptó un compromiso de posición política, promovido por una noción de moral. Se alienó con una causa que creyó justa en su momento, y, con ello, utilizó un método para defender su postura. Estamos ante un intelectual que hace frente a las injusticias del poder y eso es lo que lo define y diferencia de otros intelectuales como Victor Hugo, por ejemplo. Victor Hugo se pronunció, mas, nunca en contra de un aparato tan grande como el estatal. Zola sí, y acusa a distintas fuerzas que están por encima tanto de él mismo como de cualquier ciudadano común eso configura la noción del intelectual contemporáneo que se mantendrá hasta nuestros días.

## Conclusión

En 1897, Benito Pérez Galdós, escritor español, era nombrado miembro de la Real Academia Española. Su obra estuvo dedicada a reemplazar la esencia del romanticismo en la novela española para buscar lo que Émile Zola había logrado en Francia con el naturalismo. Que un autor con este propósito haya sido nombrado miembro de la RAE implica un triunfo más de la transformación sociopolítica literaria que partió en Francia —una vez más Francia es el faro del mundo—. El discurso de Pérez Galdós, luego de una introducción de honor, iniciaba así:

*“¿Qué he de deciros de la Novela, sin apuntar alguna observación crítica sobre los ejemplos de este soberano arte en los tiempos pasados y presentes, de los grandes ingenios que lo cultivaron en España y fuera de ella, de su desarrollo en nuestros días, del inmenso favor alcanzado por este encantador género en Francia e Inglaterra, nacionalidades maestras en ésta como en otras cosas del humano saber? Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, (...) todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción” (Pérez Galdós, 1897).*

Y es que no puede existir mejor forma de describir la evolución de la literatura durante el siglo XIX. Que la haga un español nos confirma que fue un proceso que se extendió fuera de Francia con dirección a la península Ibérica. Tales consecuencias se explican porque Europa, en gran medida, sufrió consecuencias similares tanto con la oleada de revoluciones liberales en la década de 1840, como con la cuestión social que apareció por desarrollos económicos desiguales producto de la Revolución Industrial.

El hecho de que Benito Pérez Galdós reconozca que la novela debe reproducir fisonomías nos llama profundamente la atención, ya que es un concepto que se repite en el discurso de Émile Zola en su prólogo de *Thérèse Raquin* y en obras de otros autores de la misma corriente. La etimología de esta palabra está compuesta por el griego *phýsis*, que significa ‘naturaleza’ y *gnomon*, que equivale a ‘conocedor’. Todo cobra sentido: el novelista pasa a ser un conocedor de la naturaleza, cuyo conocimiento alcanza luego de estudiarla y, por ende, no puede escribir sin

haber analizado los efectos del entorno en sus personajes. Es el análisis fisiológico el que le da la profundidad a la novela.

Esta investigación concluye tras haber estudiado, en primer lugar, la complejidad de los procesos históricos vividos en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX, específicamente la Revolución de 1848 y que depuso a la monarquía de Luis Felipe de Orleans. Tal Revolución sucede en el marco del auge de las ideologías liberales y, por tanto, es un contexto que atañe no solo a Francia, sino también al resto de Europa. Asimismo, se debe entender los efectos de la Revolución Industrial, que llegaron a Europa varias décadas después de su desarrollo en el archipiélago británico. El desarrollo industrial trajo consigo, indudablemente, un desarrollo económico, pero agudizó una crisis social que Europa vivió entre 1846 a 1848.

Tanto el desarrollo como la crisis trajeron un cambio interesante en la figura del intelectual, que modificó su perfil hasta nuestros días. Sin dudas nuestros intelectuales de hoy se parecen mucho más a nosotros que los del siglo de Las Luces y esta es también la razón por la que la literatura asume un compromiso social mucho más profundo a nuestro parecer. La conciencia de clase que desarrollaron los literatos está directamente relacionada con su posición en la pirámide social. Dicha conciencia se evidencia tempranamente en la obra Rojo y Negro de Stendhal, quien la escribe retratando y burlándose de la nueva clase dirigente.

En segundo lugar, analizamos la relación entre literatura y prensa con la convicción de que tal análisis no se pudo haber hecho separándolas. Ambas tuvieron un desarrollo constante, a la par que difundían ideas con la misma intensidad, pero sin prensa, la literatura hubiese seguido siendo un producto de consumo elitista y, en tal caso, la realidad que retrataría se alejaría bastante de aquella vivida por la gran mayoría de la población. Desmenuzar el discurso de los editores de L'Événement y que reunía a los intelectuales más influyentes reflejado en los primeros artículos del diario a modo de manifiesto nos da a entender que los procesos coyunturales de Francia provocaron un cambio en el pensamiento político de éstos, volcándolos hacia un progresismo moderado. Sin dudas, la Revolución Francesa tuvo mucho que ver en tal progresismo democrático, pues, la idea de una sociedad mejor que concibieron estos intelectuales está familiarizada totalmente con la libertad, igualdad y fraternidad. La opinión pública nunca abandonó estos ideales. Eso explica el descontento con la II República apenas comenzó a adoptar un modelo de

gobierno represivo para finalmente transformarse en un nuevo intento de Imperio que se sostuvo —a duras penas con fuerza bruta, hay que decir— hasta 1871, con la Comuna de París.

En última instancia, analizamos la evolución del realismo y, lo que, a nuestro parecer, es el punto culmine de la evolución literaria generada durante la II República: La obra de Émile Zola y el desarrollo del naturalismo a través de su propia forma de ver la realidad para ser retratada en sus novelas y en el prólogo de su obra, *Thérèse Raquin*, que escribió básicamente como una necesidad de explicarse a sí mismo luego de un revés con la opinión pública.

Con ello, detallamos el quehacer del escritor Émile Zola y cómo su postura dentro de la literatura y de la prensa, transformó el quehacer del intelectual hasta nuestros días, dando con su trabajo las pautas que regirían la noción que hoy tenemos sobre la figura del productor cultural a raíz de su posición en el Caso Dreyfus y su manifestación contra el poder más grande al que se somete el ser humano: el estatal. Si tenemos que explicar la relación entre literatura y política a finales del siglo XIX, por supuesto que queda entrevisto en Zola, con su labor literaria y periodística, pues encontraron una fusión. El Caso Dreyfus es la consolidación final de aquello, pero tal fusión ya lo vimos con las cartas que redactó a *Le Sémaphore*, donde contaba a la prensa lo que él veía en los hechos de La Comuna con los ojos de un escritor naturalista.

Podemos decir que la evolución de la literatura fue constante y obedeció tanto a sus problemáticas sociales como a sus demandas políticas y, por ende, el realismo, una vez adoptado como corriente literaria, no abandonó su progresismo hasta convertirse en naturalismo y en un producto que pareció ser útil a la camada de escritores españoles de finales del siglo XIX. Asimismo, dentro del mismo territorio francés, la maduración de este movimiento literario implicó una fuente de inspiración para filósofos del siglo XX como Jean Paul Sartre o Simone de Beauvoir. Todo parte por intentar dar un “porqué” a la sociedad.

Comprobamos que la difusión de ideas era el componente esencial tanto de la literatura como de la prensa. Si bien es una transformación que surge desde la década de 1830, durante la II República es un proceso que se agudiza debido a la sucesión de revoluciones: la de 1830 que instaura la Monarquía de Julio, y la de 1848 que derroca a la misma debido a la ineficiencia a la hora de dar una respuesta resolutive a los problemas que la sociedad francesa enfrentaba: La seguridad, el temor a un nuevo Terror, las precarias condiciones laborales que daban paso a una

politización radical de los sectores obreros, la pobreza que se agudizaba por la hambruna y la baja participación política que transformaba el intento de sistema democrático en una oligarquía.

Ahora bien, futuras investigaciones deberían tener un punto de partida basado en qué tan profundos fueron los efectos de esta masificación de la prensa y de la difusión de ideas. Cabe preguntarse ¿Qué tanto leía la población francesa de la época? ¿Eran los índices de alfabetismo un indicio esperanzador? Poco a poco, con la estabilidad del sistema político desde la III República instaurada en 1871 luego de la Comuna de París, la prensa disminuyó su contenido político. ¿Obedece entonces, la densidad política de la producción cultural —o intelectual— cuando existen periodos de paz relativa o de estabilidad, tal como lo planteamos en el capítulo II<sup>2</sup>?

La doctora en periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, Ruth Rodríguez, escribió el año 2006 un artículo titulado “Maupassant y la prensa francesa de la segunda mitad del siglo XIX” (Rodríguez, 2006), en el cual dedica un análisis profundo sobre la transformación de la prensa en dicho periodo, que, para aquel momento, fue adoptando los parámetros de lo que hoy llamaríamos “prensa rosa”.

Esta transformación tuvo un propósito claro: llegar y conquistar a las masas (Rodríguez, 2006, 148). El auge económico producido por la modernización de París, y de Francia en general, hacia un país cada vez más industrializado a finales de siglo XIX, permitió que la prensa también gozara de dicha bonanza económica gracias a que, los artículos descritos, estaban esencialmente dirigidos a un público que buscaba digerir noticias de lectura simple y que produjeran un efecto de impacto relacionado al morbo.

Vendría siendo esto, para Ruth Rodríguez, entonces, una debacle de la especialización de la prensa, puesto que la tradición pasaría a ser crear artículos —muchas veces sin pruebas contundentes sobre un hecho— con el fin de entretener a la población y eso, por supuesto, involucraba la dispersión de chismes y difamar a algún personaje importante de la vida parisina en particular (Rodríguez, 2006, 149). ¿Qué rol cumple Maupassant y el resto de los literatos, en este contexto de transformación, no tanto de la labor periodística, sino más bien de la función de la

---

<sup>2</sup> Véase página 23.

información? Para adentrarnos en la respuesta, es necesario analizar y comparar algunos artículos escritos por la intelectualidad y aquellos escritos por figuras que bien pueden considerarse banales.

La investigación de Ruth Rodríguez nos plantea las siguientes interrogantes:

¿Pasa la literatura, entonces, a ocupar el lugar del artículo periodístico, y, en cierto aspecto, el artículo periodístico, el lugar de la literatura? Esto se puede ver en cuanto a la evolución del periodismo en la prensa francesa, y el auge de noticias creadas en base a chismes que mantuvieran a la población entretenida y a gusto con la diversidad de periódicos que se consumía en aquel momento.

Entonces, si las sociedades más politizadas se desarrollan en un contexto en que la densidad de la producción cultural está estrechamente relacionada con sus propias problemáticas sociales ¿Significa esto que el ser humano puede, en su propio contexto, darse cuenta de que su sociedad está atravesando por un periodo coyuntural? Es decir, vivir un proceso en un momento determinado, inserto en una sociedad determinada y verlo con la perspectiva y densidad suficientes para decir “esto transformará la estructura en la que vivo”. Eso explicaría las intenciones de ciertas personalidades por escribir un diario de vida a lo largo de la historia, y que es, al mismo tiempo, el motor que mueve la intención de escribir literatura: dejar un testimonio para la posteridad, y buscar plasmar una historia vivida. Toda obra literaria nace de una experiencia vivida. Lo que lo difiere a la literatura de la historia es que ésta última tiene un compromiso con la verdad que no puede faltar. “La literatura está dotada de una aptitud histórica, sociológica, antropológica” (Jablonka, 2016, 11).

Para ejemplificar tales cuestionamientos y orientar posibles respuestas, podemos remontarnos al caso de Louise Michel, escritora y poeta que escribió sus vivencias durante la Comuna de París de 1871 treinta años después, en el ocaso de su vida. Michel vio cierto cambio estructural entre la Francia que la envolvió durante su adolescencia y de la cual fue desterrada por diez años, y la que visitó nuevamente para dar conferencias a los trabajadores de su patria. ¿Qué estructuras cambiaron en ese periodo? ¿Habría Michel previsto esos cambios? De aquellas preguntas podemos concluir lo siguiente: se necesita la perspectiva de tiempo para confirmar, la coyuntura.

Queda abierta, entonces, la temática para futuras investigaciones que cuestionen el quehacer del literato y los efectos de la literatura en sociedades que están atravesando procesos de crisis social. El ser humano escribe literatura desde que tiene uso de razón y, por ende, creemos que puede ser fácilmente una fuente histórica que, con una metodología interpretativa, puede llegar a entregarnos grandes indicios sobre la evolución del pensamiento humano, tanto directa como indirectamente —a través de la misma crítica literaria que, desde nuestro punto de vista, construye la historia de la literatura—. La historiografía debería sumirse más en la historia intelectual para desentrañar las mentes de los productores culturales de cada época, después de todo, no han pasado siquiera doscientos años desde que Heinrich Schliemann descubrió Troya con un ejemplar de La *Ilíada* bajo el brazo.

Es necesario una investigación con orientación de género hacia la literatura francesa del siglo XIX y desentrañar la politización de estas a través de las diferentes coyunturas que transformaron el escenario político de Francia y de Europa en dicho siglo. ¿Qué elementos del realismo-naturalismo existió en la literatura de Aurore Dupin, quien escribió la mayoría de su obra, sino su totalidad, bajo el seudónimo de George Sand? La poesía de Louise Michel, además de su obra “La Comuna de París”, podrían darnos una perspectiva más amplia y acertada sobre los intelectuales franceses tomando en cuenta la posición reprimida del género femenino y que en el siglo siguiente, se manifestaría en figuras como Simone de Beauvoir en su obra “El Segundo Sexo”. No conocemos por completo la relevancia política de la mujer durante las sucesivas revoluciones en Francia, pero se debe rescatar con el propósito de ser cada vez más fieles a la verdad. Verdad que es el compromiso eterno que la historia debe asumir.

## **Bibliografía**

### **Fuentes**

Hugo, Victor, 1832, 12 de junio. Carta a Sainte-Beuve en, Correspondance de Victor Hugo, tome I, 18. Fuente: Wikisource.

Hugo, Victor, 1848 La liberté de la presse, discurso parlamentario del 11 de septiembre, París.

Hugo, Victor. 1850. Discours de Victor Hugo dans la discussion du projet de loi sur l'enseignement. editado por E. De Soye et C.e, París.

Journal officiel de la République française N° 80, 21 de marzo de 1871

L'Événement, N° 1, martes 1 de agosto de 1848, París, disponible de forma digital en la página RetroNews.fr, dependiente de la plataforma digital de la Bibliothèque Nationale de France, Gallica.

L'Événement, Numéro Specimen, domingo 30 y lunes 31 de julio de 1848, París, disponible de forma digital en la página RetroNews.fr, dependiente de la plataforma digital de la Bibliothèque Nationale de France, Gallica.

L'Événement, N°144, sábado 23 de diciembre de 1848, París, disponible de forma digital en la página RetroNews.fr, dependiente de la plataforma digital de la Bibliothèque Nationale de France, Gallica.

L'Événement, miércoles 9 de septiembre de 1851. París, disponible de forma digital en la página RetroNews.fr, dependiente de la plataforma digital de la Bibliothèque Nationale de France, Gallica.

Marx, Karl. La guerra civil en Francia, 1a. ed. (Madrid: Fundación Federico Engels, 2003).

Pérez Galdós, Benito. La sociedad presente como materia novelable: discurso leído el día 7 de febrero de 1897 en el acto de su recepción pública en la Real Academia Española, y contestación de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ed. Marcelino Menéndez y Pelayo, Discursos

de ingreso en la Real Academia Española 3 (Madrid: Biblioteca Nueva: Real Academia Española, 2013).

Zola, Émile, 1867, ED. MANET ÉTUDE BIOGRAPHIQUE ET CRITIQUE, Librairie de la société des gens de lettres, París.

Zola, Émile. 1871, Lettres de Paris. 28 de mayo. En *Le Sémaphore*, Correspondances Particulières.

Zola, Émile (1868) Auteur du texte. Thérèse Raquin; suivi du Capitaine Burle / Émile Zola; Édition illustrée par Castelli. Editado por C Marpon y Flammarion, E. París, 1883.

Zola, Émile. 1898. *Yo Acuso*. Edición del Consejo de la Judicatura, Quito, 2014.

## **Bibliografía básica**

Agulhon, Maurice. 2009. *El círculo burgués: la sociabilidad en Francia, 1810-1848; seguido de una pequeña autobiografía intelectual*. editado por J. González Bernaldo de Quirós. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Bayer, Raymond. 1984. *Historia de la estética*. México: FCE.

Charle, Christophe. 2004. *Le siècle de la presse, 1830-1939*. Paris: Seuil.

Charle, Christophe. 2015. *Birth of the Intellectuals: 1880-1900*. English edition. Cambridge; Malden, MA: Polity.

Chartier, Roger. 2005. *El mundo como representación estudios sobre historia cultural*. Barcelona (España): Gedisa.

Di Pasquale, Mariano A. 2011. *De La Historia de Las Ideas a La Nueva Historia Intelectual: Retrospectivas y Perspectivas. Un Mapeo de La Cuestión*. *Universum (Talca)* 26(1):79-92. doi: 10.4067/S0718-23762011000100005.

Dosse, François. 2007. *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València.

Hauser, Arnold. 1993. *Historia social de la literatura y del arte*. 23a. ed., 3a. en colección Labor. Barcelona: Editorial Labor.

Hobsbawm, Eric J. 2015. *La era de la revolución, 1789-1848*. México, Barcelona: Crítica: Paidós.

Hugo, Victor. 1850. *Discours de Victor Hugo dans la discussion du projet de loi sur l'enseignement*. editado por E. De Soye et C.e.,... (Paris). Paris.

- Jablonka, Ivan. 2016. *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*. Primera edición en español. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Le Goff, Jacques. 2008. *Los intelectuales en la Edad Media*. 4a. ed. Barcelona: Gedisa.
- Melzer, Arthur M., Jerry Weinberger, y M. Richard Zinman, eds. 2003. *The public intellectual: between philosophy and politics*. Lanham, Md: Rowman & Littlefield.
- Pérez Galdós, Benito. 2013. *La sociedad presente como materia novelable: discurso leído el día 7 de febrero de 1897 en el acto de su recepción pública en la Real Academia Española, y contestación de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. editado por M. Menéndez y Pelayo. Madrid: Biblioteca Nueva: Real Academia Española.
- Price, Roger. 1998. *Historia de Francia*. 1a ed. Madrid: Cambridge University Press.
- Réau, Louis. 1961. *La Europa francesa en el Siglo de las luces*. México: UTEHA.
- Rodríguez, Ruth. 2006. «Maupassant y la prensa francesa de la segunda mitad del siglo XIX». *Tripodos*. Blanquerna School of Communication and International Relations-URL 0(19).
- Romero Tobar, Leonardo, ed. 2004. *Historia literaria: historia de la literatura*. 1. ed. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Sainte-Beuve, Charles Agustin. 1839. *De la Littérature industrielle*. *Revue des deux mondes* 675-91.
- Urteaga Olano, Eguzki. 2010. *Evoluciones, tensiones y complementariedad entre lo rural y lo urbano en Francia*. *Geographicalia* (58):141-53.
- Zola, Émile. 1998. *Teresa Raquin*. Madrid: Club Internacional del Libro, División Coleccionables. (Prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles).
- Zola, Émile (1840-1902) Auteur du texte. 1883. *Thérèse Raquin; suivi du Capitaine Burle* / Émile Zola; Édition illustrée par Castelli. editado por C. Marpon y Flammarion, E. París.